Table of Contents

Los años de la niebla

LA NIEBLA QUE ILUMINA

CAPÍTULO I. LA CORTINA DE NIEBLA

El cerro del Tren

El chaparro de las bellotas azules

La fiesta de los chozos

La voz de la pastora

La hora del catecismo

Las letras nocturnas

El sabor del erizo

CAPÍTULO II. LAS ESQUILAS DEL ALMA

El Quinto del Alambrao

La abuela ciega

El espantalobos

Historia de las cencerradas

Los juegos de la infancia

La matanza del cerdo ibérico

El tren de la niebla

La música de las esquilas

Las tinajas de San Pedro

CAPÍTULO III. LA VOZ DE LA NATURALEZA

La huerta de José Reyes

La voz de la Naturaleza

En la compañía del campo

Las tertulias del Fulano

El sueldo de los pastores

Table of Contents

Los años de la niebla

LA NIEBLA QUE ILUMINA

CAPÍTULO I. LA CORTINA DE NIEBLA

El cerro del Tren

El chaparro de las bellotas azules

La fiesta de los chozos

La voz de la pastora

La hora del catecismo

Las letras nocturnas

El sabor del erizo

CAPÍTULO II. LAS ESQUILAS DEL ALMA

El Quinto del Alambrao

La abuela ciega

El espantalobos

Historia de las cencerradas

Los juegos de la infancia

La matanza del cerdo ibérico

El tren de la niebla

La música de las esquilas

Las tinajas de San Pedro

CAPÍTULO III. LA VOZ DE LA NATURALEZA

La huerta de José Reyes

La voz de la Naturaleza

En la compañía del campo

Las tertulias del Fulano

El sueldo de los pastores

Table of Contents

Los años de la niebla

LA NIEBLA QUE ILUMINA

CAPÍTULO I. LA CORTINA DE NIEBLA

El cerro del Tren

El chaparro de las bellotas azules

La fiesta de los chozos

La voz de la pastora

La hora del catecismo

Las letras nocturnas

El sabor del erizo

CAPÍTULO II. LAS ESQUILAS DEL ALMA

El Quinto del Alambrao

La abuela ciega

El espantalobos

Historia de las cencerradas

Los juegos de la infancia

La matanza del cerdo ibérico

El tren de la niebla

La música de las esquilas

Las tinajas de San Pedro

CAPÍTULO III. LA VOZ DE LA NATURALEZA

La huerta de José Reyes

La voz de la Naturaleza

En la compañía del campo

Las tertulias del Fulano

El sueldo de los pastores

El vuelo de los patos

La tormenta

Los viajes

Los libros, la escuela

CAPÍTULO IV. LA EDAD DE LAS TORMENTAS

La orfandad de la sangre

Las alimañas del frío

El puchero de los pobres

De gatos y alacranes

La televisión del chozo

La tranquilidad del pueblo

El olor de la lana

Los fuegos artificiales

CAPÍTULO V. EL PASTOR EMIGRANTE

El Reino de las Retamas

La concha del río

El baile de los zapatos

El pan de los pobres

Los días del amor

Las bodas de Camacho

El país del frío

El Lote del Lanchar

Alejandro López Andrada

Los años de la niebla

Los últimos pastores

A Paco y Bibiana, pastores de mi infancia, por haberme enseñado
a amar lo más sencillo:

el viento, los árboles, los pájaros, lo azul.

Para Andrés Aranda, pastor de la alegría,

in memoriam.

LA NIEBLA QUE ILUMINA

Alejandro López Andrada ha emprendido una difícil y apasionante ruta literaria por su geografía nativa, esto es, por la comarca cordobesa de Los Pedroches. Lleva en su morral unos óptimos aparejos de escritor, regulados en todo momento por un lenguaje esmerado y una sensibilidad sin fisuras. No es la primera vez que el autor se interna por los fecundos caminos de la cultura popular en busca de datos y precisiones, sabiendo quizá que el hecho de conocer mejor a sus gentes también supone un mejor conocimiento de uno mismo. Su libro El viento derruido es un claro antecedente de este Los años de la niebla, en tanto que fervoroso y eficaz sondeo en una sociedad rural de la que ya solo quedan vestigios.

Confieso mi predilección por esta vertiente de la literatura referida a partes iguales a la ciencia de la antropología y al arte de la crónica viajera. Pero hay algo más en este caso: Alejandro López Andrada incorpora también a Los años de la niebla otra emocionante asignatura: la de su propia biografía, logrando así que este libro sea una especie de modélica conjugación de elementos literarios y antropológicos. Creo que el autor, nacido en el corazón de Los Pedroches, a un paso de la bucólica «vía del calatraveño», ha conseguido con Los años de la niebla un decisivo avance en su trayectoria literaria.

López Andrada es poeta de muy precisa raigambre cultural y eso se nota desde el mismo arranque reflexivo del presente libro. El autor ha sabido traspasar a su escritura una delicada manera de intervenir en la realidad, esto es, ha dotado a su prosa de esa sutileza que suele comparecer oportunamente en los modales expresivos de quien empezó siendo poeta. En efecto, se ha dicho muchas veces, y con razón sobrada, que el noviciado de la poesía supone a la larga un muy notable sistema de enriquecimiento léxico y sintáctico del escritor. En las páginas de esta obra abundan las pruebas que avalan esa suposición. A lo que habría que añadir un dato de veras elocuente: que una buena dosis temática de la poesía de López Andrada —desde El valle de los tristes (1985) a El vuelo de la bruma (2005)— aborda una y otra vez asuntos campesinos: paisajes y figuras, meditaciones y ensueños surgidos de su perseverante convivencia y preocupación por la

cultura rural.

En Los años de la niebla se fusionan llamativamente la pasión y el

conocimiento. El temario acotado —los «últimos pastores» de esa tierra andaluza fronteriza con La Mancha y Extremadura— ofrece un innegable atractivo humano y social. El autor realiza en este sentido un pormenorizado trabajo de campo. Por ahí habría que rastrear esa pasión a que me he referido. López Andrada interpreta la vida y milagros de los pastores de Los Pedroches con una efusiva voluntad indagatoria. Pero es que además lo hace a partir de un notorio conocimiento de sus circunstancias humanas y sociales, de sus costumbres y del paisaje circundante. Enseguida se advierte que el autor ha convivido con gentes cuyo viejísimo oficio no parece compadecerse con las demandas tecnológicas del siglo XXI. El autor conversa minuciosamente con esas familias de pastores, quienes van desgranando a través del recuento de sus peripecias una especie de tratado cultural sobre la llamativa e inmisericorde historia del pastoreo en

Los Pedroches.

La condición de relato vivido, de rememoración de episodios ligados a la propia experiencia vital del autor, constituye sin duda uno de los principales factores de cohesión de libro. López Andrada conoce bien a los lugareños con las que habla, comparte sus entusiasmos e infortunios, sus hábitos y afanes, ha aprendido el lenguaje de la flora y la fauna. El resultado ha sido este libro a la vez ameno y bien documentado, exigente y hermoso. Un motivo más que suficiente para celebrar que Los años de la niebla haya sido escrito y publicado.

J. M. Caballero Bonald

Yo vengo de una raza de pastores que perdió su libertad cuando perdió sus ganados y sus pastos.

Durante mucho tiempo mis antepasados cuidaron sus rebaños en la región donde se espesan el silencio y la retama.

Ahora apacientan ganados de viento en la región del olvido y algo muy hondo nos separa de ellos.

Algo tan hondo y desolado como una zanja abierta

en la mitad del corazón.

Julio Llamazares

CAPÍTULO I. LA CORTINA DE NIEBLA

El cerro del Tren

El día que salió de la finca El Fontanar, Rafael Arroyo tenía sólo once años y flotaba en sus ojos una película de niebla que le impedía observar con nitidez el paisaje que iba dejando a sus espaldas. Le habían dicho que no iba a volver ya nunca más a habitar aquel idílico rincón donde había pasado los años primeros de su vida protegido por una atmósfera silvestre. Se despidió de los cerros, de los árboles, de las piedras y el viento, de las golondrinas últimas que, lo mismo que él, se alejaban del lugar con sus alas de luto hasta la siguiente primavera.

Rafael las miró con un nudo en la garganta. Sabía que, meses después, regresarían cualquier tarde de marzo al refugio de sus nidos dibujando en el aire enlutado de las cuadras la cristalina fanfarria de su vuelo. Esa era la diferencia: ellas se iban para tornar más tarde a sus nidales; pero él, sin embargo, no iba a volver jamás. Se lo había explicado su madre la noche de antes, cuando un manto de estrellas temblaba sobre el chozo como una levísima bóveda de tul reverberando encima de los cerros, haciéndolo todo liviano y transparente.

—Esa noche —comenta ahora Rafael, medio siglo más tarde— había muchos luceros. Yo era entonces mu chico, pero no se me ha olvidao. Parecía de día, y había brillo en los árboles. Podías caminar por el campo mu ligero, sin miedo a que te pudieras tropezar. Esa noche la llevo clavá en el corazón y, por mucho que viva, no podré olvidarla.

Rozado por una brutal melancolía, el pastor va cosiendo en la luz de sus palabras, a un metro de mí, sentado en una piedra, pequeños detalles de aquel entorno mágico. Describe el ambiente con mucha sencillez, mezclando colores, olores y sonidos, para acabar trenzando finalmente un tapiz sensorial transido de emoción, cuajado de azules y hondas sinestesias. En la voz del pastor hay felicidad, ternura, y un sosiego sutil que roza la alegría cuando sumerge su alma en el pasado y vuelve reconfortado de aquel tiempo, como si hubiera vuelto a renacer ubicándose otra vez de nuevo allí entre cerros de musgo y pájaros celestes. Habla con el lenguaje sustancioso del que ha vivido en mitad de un paraíso rodeado de seres y objetos fabulosos. No obstante, en su corazón —según percibo— las últimas horas que pasó en El Fontanar debió haber soplado un viento turbio y gélido. Aún no había digerido, entonces, la noticia de que unas horas más tarde, con la aurora, había que cargar los trucos y cachivaches que tenían en el chozo sobre la burra y el burdégano, con el fin de viajar a Pedroche,

su pueblo natal, donde iban a establecer su residencia a partir de aquel día oscuro de septiembre.

Dejaban el campo, la finca el Fontanar, para encontrar una vida confortable, quizá menos dura y gris que la anterior; pero atrás quedaban fragmentos de sus almas, emotivas vivencias, recuerdos prodigiosos ligados siempre a la luz de la pobreza. Alfonso, el pastor, abría la comitiva. Su mujer y sus hijos iban meditabundos. Debajo del amanecer, en la brisa malva, sus ojos resplandecían como peces: llenos de esperanza y húmeda tristeza.

Sus siluetas se desmoronaban en el camino, atravesando el alma de los cerros.

Rafael lo recuerda, cinco décadas después, inyectando en su voz un acento pudoroso:

—Salimos del chozo —dice— amaneciendo y tardamos en llegar al pueblo más de dos horas. Recuerdo mu bien que era el día de San Miguel, a últimos de septiembre. No lo olvido. Ahora cierro los ojos y parece que estoy viéndolo. Se me saltan las lágrimas sólo de pensarlo.

A un metro de mí, junto a un camino soñoliento donde la luz de la tarde se desploma, Rafael tiende la vista en derredor mostrándome sus recuerdos con la inercia de un niño infinito que nunca acaba de alejarse del lugar donde fue feliz durante un tiempo. Toca los días lejanos con su voz y el pasado se yergue como un mastín de una honda siesta donde la luz permanece yerta e inmóvil. Habla de su niñez como si ésta hubiera ocurrido hace aún pocas semanas y los espliegos y tomillos que ahora observa fueran los mismos de entonces, cuando el viento pastoreaba en invierno la quietud de estos cerros habitados por el vértigo del frío y la melancolía de la escarcha. Recuerda a su padre, Alfonso Arroyo, un hombre bueno, un pastor campechano, sabio y optimista, del que aprendió, cuando niño, a ser sencillo, y, mientras lo evoca, tiende su mirada y se deja arrastrar hacia aquellos días en que el otoño hilaba los montes con su voz de tilo y muérdago. Por entonces, la vida era un cuenco de almidón: los carboneros hacían fuego en la dehesa y el viento era un vagabundo fantasmal que arrastraba en sus barbas la niebla de los montes y la tendía, perezoso, sobre el valle borrando despacio árboles y arbustos, deshaciendo caminos, trochas y veredas.

—La niebla era traicionera, mu traidora —dice Rafael con la voz llena de sombras—. Había que andarse con ella con cuidao, porque, cuando se espesaba entre los chaparros, las ovejas se desorientaban

por entre el monte y después las pasabas putas pa encontrarlas. Se juntaban en piaras y ca una tiraba pa su sitio, y luego te volvías loco pa reunirlas. La niebla no le ha gustao nunca a los pastores.

Esta tarde de abril, mientras paseamos entre retamas, no hay ni rastro de niebla y el día es azul, sereno, limpio, y, sin embargo, en los ojos del pastor, cuando mira los montes cercanos de Ciudad Real (las sierras agrestes de San Benito y Fuencaliente), hay un vapor neblinoso, transversal, que separa aquel tiempo invernal, áspero y hosco, de este presente más cálido tal vez, aunque también menos fraternal, menos familiar y amable que aquel otro que, como él asegura, entre múltiples carencias tenía a la vez ventajas insoslayables:

—La gente de entoces —dice— era sencilla, y mu campechana. Es verdad que éramos pobres y, también, que pasábamos muchas estrecheces; sin embargo, tos nos llevábamos mu bien y nos ayudábamos los unos a los otros. Hoy la gente ha cambiao, y ca uno va a lo suyo.

Mientras habla conmigo, el niño-pastor, hoy jardinero contratado por el Ayuntamiento de Pedroche, mira hacia el oeste, por donde el sol se trastabilla y camina beodo hacia la tumba del crepúsculo, dejando una luz dorada en las encinas, un resplandor macerado de azafrán y diminutos pellizcos de canela.

A la izquierda del caminillo que pisamos, una alambrada saja la nostalgia de Rafael Arroyo, mientras me habla de cuando estos campos hoy vacíos eran más libres y los cerros se entrelazaban unos con otros sin ninguna barrera que desangrara su latido y acotara las lindes de su natural belleza. Las ovejas de ahora no se cuidan como entonces, ni siquiera la niebla puede ya desorientarlas y extraviar su paseo, pues lo impiden los alambres acerados de espino que forman patéticas fronteras donde algunas ovejas dejan su pellejo cuando intentan correr y escapar de algún peligro. En el mismo lugar donde hace años estaba el chozo, ahora queda un manojo de palitroques desperdigados y las encinas lloran tibiamente como delicadas estatuas de ceniza. Todo el campo parece llorar bajo la luz y las ovejas chocan contra la alambrada intentando escapar en un barullo estrepitoso cuando, a su lado, cruzamos a paso ligero. Hay dos hombres tensando una malla de espino inexpugnable; uno de ellos apenas nos habla. Es de Rumanía. Su compañero, en cambio, sí lo hace. Reconoce inmediatamente a Rafael y, enseguida, pregunta a qué lugar nos dirigimos.

—Vamos al cerro de arriba —dice afable y campechano el antiguo pastor, con un timbre de voz grávido—; aquí estuve viviendo cuando era un chavalillo y hace ya muchísimos años que no vengo. Ahora quiero enseñarle a éste onde estuvo el chozo.

***

Brotan de entre las encinas dos torcaces, y el gris de su vuelo brilla un instante en el verdor que la hierba destila a un paso del sendero. Caminamos a campo través, bajo el fulgor que la tarde de oro dibuja sobre los chaparros y las elegantes retamas florecidas: siluetas de arroz encendido sobre el monte en el que dormita un silencio azul de siglos. Recuerdo, de pronto, una imagen de mi infancia: cuando en la primavera, a finales ya de abril, iba con mi familia al Lentiscar, propiedad de mi abuelo materno, Pepe Andrada, donde veraneábamos (o primavereábamos) en una casita humilde, no muy grande, en la que, al mediodía, resonaba la penumbra azorada por un zumbido de abejorros que cruzaban veloces el aire del corral, colándose a veces vez dentro de la estancia inoculada, a esa hora, de sosiego. Toco el aire encendido, igual que entonces, de murmullos, y en mi alma penetra el aroma del poleo y el pentagrama celeste de los mirlos que solían anidar en el espesor de los chaparros, dentro del corazón de algún arbusto, donde las sombras eran inexpugnables. Al pie de la casa, estaba el chozo del pastor y, en alguna ocasión, iba a jugar con sus dos hijos, de mi edad más o menos, Enrique y Araceli. Buscábamos ranas, sapos, lagartijas y, también, renacuajos en las orillas de un arroyo que cruzaba, famélico, bajo las vías del tren, por un puentecillo hecho de mampostería en el que solía guarecerme algunas veces, cuando al atardecer jugábamos al escondite.

Me llamaba mi madre para tomar la merendilla, inmediatamente después de que cruzara el automotor de Peñarroya a Pozoblanco. Y, al anochecer, cuando el campo se encogía y quedaba como adormecido entre murmullos aterciopelados, volvía al chozo del pastor con los hijos de éste, y aguardábamos expectantes a que él regresara poco después de la majada donde se demoraba guardando las ovejas. Al hacerse de noche, los grillos tensaban la penumbra y vibraban las notas lúgubres del autillo invocando un misterio ancestral indescriptible, un misterio que aún sigue sonando en la dehesa y a mí me eriza las venas cuando lo oigo: en su sonido descifro algunas claves que invocan la extraña poesía de una edad cruzada por la lejanía y la desgracia. También se me erizan las venas en esta hora, mientras suena en mi sangre la voz de Rafael invocando la luz de aquel tiempo derrumbado donde la dignidad era la moneda con la que los humildes cubrían la escasez, la pobreza endémica que, entonces, soportaban:

—Ya te he dicho que éramos pobres y había poco, pero sí te aseguro —exclama emocionado— que sabíamos vivir con mucha dignidad y con más alegría que hoy vive alguna gente. Lo que pasa es que ahora hay más comodidades y no valoramos ya la vida de antes. Hoy, por ejemplo, en muchísimos cortijos tienen ya frigorífico, pero antes no había na y en el chozo pa conservar un peazo de carne mi madre la echaba en adobo y, algotras veces, la preparaba en sal como podía pa ponerla después al aire pa que se secara. Y no había ningún otro remedio por entoces. Era el único modo que había de conservarla. Hoy nos hemos vuelto tos mu delicaos.

Rafael habla de la dignidad que había en los pobres, en las gentes sencillas, humildes, trabajadoras y, mientras lo hace, brilla en sus ojos un dolor limpio, lejano y agreste, que el tiempo ha ido transformando en serenidad, en paciencia milenaria. Pero Rafael no olvida, sólo evoca con una emoción contenida, con sosiego, despertando los viejos sonidos de este campo ahora ya solitario, huérfano de pastores, porque hoy las ovejas se guardan solas, como él dice, custodiadas por los kilómetros de alambre que, ahora, siegan la imagen de un paisaje antes más libre, mucho más hermoso y humano, más poético. Duele tender la mirada allá, en la hondura, donde yacen los montes de Sierra Madrona, y ver centenares de hoscas alambradas cercenando la luz de una antigua libertad cultivada por los porqueros y los pastores: habitantes felices de estas dehesas en otro tiempo. Hoy, por supuesto, no vemos ningún chozo; lo cual, ciertamente, es algo positivo, ya que es la señal de que no hay marginación y vivimos un presente más justo e igualitario; pero se han borrado huellas intemporales, recuerdos y melancolías indestructibles, como Rafael Arroyo reconoce:

—Sé que te vas a extrañar —musita impávido—, pero echo aquel tiempo de menos por muchas cosas. Y me quedaría sobre to con un recuerdo, un recuerdo pa mí por lo menos mu bonito, y es cómo nos respetábamos y nos queríamos tos los hermanos y mis padres. Éramos cinco, una hembra y cuatro varones. Soy el cuarto; y mi hermano Pedro, el más chico. Y no he olvidao de cómo cuidábamos tos unos de otros. Y a veces en el chozo también vivían nuestros abuelos, los cuatro juntitos, y nos reuníamos once personas. Aun así, éramos más felices que ahora somos.

La pobreza unía, no cabe duda, a las familias, y la dignidad era la argamasa prodigiosa que entrelazaba las almas de los pobres y las iba fundiendo en una sustancia indestructible que no podían deshacer los poderosos, los dueños de los cortijos, los hacendados. Los pastores, sin rechistar, aun sin humillarse, debían soportar, además del peso de las nieblas o la furia de las tormentas y los aguaceros, las decisiones del

dueño de la finca, muchas veces injustas, absurdas y caprichosas. Mientras ellos vivían en rudimentarios chozos, los caseros lo hacían dentro del cortijo, libres de las ventiscas y las escarchas.

Ser pastor, por entonces, debió de ser muy duro; Rafael, sin embargo, no lo recuerda amargamente, ni lo hace tampoco con resignación, o con resentimiento. Justifica aquel mundo perdido con naturalidad, como el alfarero que necesita hacer vasijas y carece de un torno para moldearlas, pero las hace, no obstante, a pesar de ello, con el barro pobre y humilde de un camino: modelando la tierra roja con sus dedos y secándola al sol, de un modo gris, rudimentario. Rafael, con los dedos invisibles del silencio, modela rincones de su melancolía y ahora evoca ante mí las siluetas de los chozos:

—Normalmente se hacían —me dice— en primavera, o, como mucho, a principios del verano, cuando el tiempo favorecía dormir al raso. Luego había que cambiarlos, pasao un año, pa otro sitio, y eso sí era mu duro, y lo hacía mi padre solo. Él era quien se ocupaba de esa parte.

Se calla un momento, mira alrededor, como si temiera que un amo repelente estuviera escondido oyendo lo que hablamos. Después, carraspea, tose muy nervioso, y, algo más relajado, prosigue su discurso reviviendo la edad perdida de los chozos en el cerro del Tren, un armónico lugar que, ahora, vamos pisando con telúrico respeto, como si hubiera en nuestro entorno lava y tuviéramos miedo de que ésta nos quemase:

—Es verdad que vivir en el chozo no era cómodo; sobre to en el invierno —apunta emocionado, con una tristeza líquida en la voz que humedece el aire y lo llena de reliquias—. Por entonces eran mucho más largos los inviernos, y hacía muchísimo frío más que ahora. Yo me acuerdo mu bien de cuando amanecía y veías to el campo blanco. Era terrible; escarchaba más fuerte que hoy, y había más nieblas, nieblas que cuando salías a caminar más de una vez no sabías por onde ibas, y hasta las ovejas solían desorientarse. Por entoces vivir en el chozo era molesto. Mi padre hacía la candela toas las noches y, de vez en cuando, se levantaba de la cama pa avivarla un poco y echarle algún leñillo. La candela siempre se hacía en mitad del chozo, en una lancha mu lisa de granito, porque éste estaba empedrao con piedrecillas igual que los patios o los pasillos de las casas. Pa que tú me comprendas mejor, de alguna forma el chozo en el que vivíamos era una casa, aunque mucho más chico y menos confortable.

Según Rafael en la construcción del habitáculo su padre utilizaba,

primordialmente, gruesos palos de encina para la estructura del armazón y, después, los iba cubriendo con retamas, támaras de encina, y paja de los cercados.

—Se empezaba a hacer —relata— por arriba. Mi padre lo iba tejiendo pieza a pieza, atándolo bien con paja, mu despacio. Después, a la altura de un metro más o menos, por la parte de abajo, se solía abrigar con tierra apelmazá, pa que de esa forma tuviera consistencia. Mi padre hacía el chozo solito en una semana. Sin ayuda ninguna empedraba el suelo y hacía el techo lo mejor que sabía pa que no filtrase el agua. De toas formas, me acuerdo que yo era chiquinino y más de una noche de invierno, con la lluvia, me solía despertar un goterón de agua mu fría; pero eso solía pasar mu pocas veces. Tenía que hacer aire pa que el chozo se calara y, además, tenía que llover con mucha fuerza. Lo normal era que los chozos estuvieran secos y no se calasen ni aunque diluviara.

***

La finca El Fontanar se ondula y tiende entre colinas suaves de dehesa. La luz de la tarde roza el verde de los campos y los hace resplandecer bajo el silencio, cubriendo el mapa sinuoso de un paisaje que, por el norte, se pierde en Castilla-La Mancha, en la línea celeste de Sierra Madrona. Detrás de estos montes, se abre el campo prodigioso del Valle de Alcudia, una interminable estepa donde al atardecer la luz retumba levantando el silbar azul de las alondras y el dorado vuelo feliz de los sisones. Rafael me dice que estamos en el cerro del Tren, una loma agradable cubierta de encinar desde la que se contempla un territorio salpicado de hermosos y sublimes caseríos tendidos sobre la quietud de un horizonte cuajado de grises, verdes y granates.

—Aquí, en el cerro del Tren —dice el pastor, mientras tiende la vista en la tierra iluminada—, antes de yo nacer hubo muchos lobos. Mi padre, que en paz descanse, comentaba que más de una noche tenía que salir fuera del chozo pa espantar como fuera los que se acercaban a la majá. Por lo visto esto estaba infestaíto de alimañas y había que andar con muchísimo cuidao pa que no te liaran ninguna judía. Los lobos estaban to el rato escondíos, al acecho.

Rafael se acuerda también de los mastines cruzando al anochecer, con mansedumbre, la dehesa en penumbra hacia la majada. Llevaban carlancas, collares de púas de hierro, rodeando sus cuellos, y, aunque ya no existían lobos (los últimos se habían refugiado en Sierra Madrona), aún latía el temor de que regresaran en el ambiente y el

eco de sus aullidos tenebrosos reverberaba en el aire y se dormía entre los chozos cargados de misterio. Ahora, en este momento, no queda ni un rastro de los cánidos, y en el cerro del Tren sólo se oye el gorjear de algún mirlo romántico escondido en un arbusto. Hace ya muchos años, me asegura Rafael, a este cerro llegaba el pitido de los trenes que cruzaban el espeso encinar de la dehesa por la vía fantasmal que iba a Puertollano. El pastor no ha olvidado aquel silbo transparente que indicaba a los habitantes de estos pagos, porqueros y pastores, la hora del almuerzo:

—Cuando llegaba al cerro el pitío del tren —dice, sonriendo—, tos los pastores se alegraban y entendían que era la hora de ir al chozo pa tomarse el almuerzo. El pitío no fallaba. El cerro del Tren hacía la función de un reloj grande, y tos solíamos guiarnos por la hora del silbío del tren que iba pa Puertollano.

El chaparro de las bellotas azules

Bajamos del cerro sin prisas, lentamente. La tarde se despereza y se acuclilla en la sagrada paz de este paisaje como una ancianita devota ante un sagrario adornado de flores y aromas casi místicos que, ahora, la primavera jubilosa extiende líricamente por los campos. Pronto se irá la luz y se dormirán las montañas azules que adornan Santa Eufemia. El aire arrastra un olor de margaritas. Una tórtola turca brota de un chaparro: en los últimos años han ido ocupando poco a poco el lugar de las otras, las autóctonas, aquellas que, en nuestra niñez, cosían la dehesa de aleteos y murmullos inundando nuestra sangre de un sosiego violeta que cauterizaba. Rafael Arroyo, de pronto, se detiene para mostrarme un reguero de guijarros donde estuvo, según me comenta, ubicado el chozo en el que residió la noche última antes de dejar la finca e irse al pueblo.

—¿No ves estas piedrecillas esperdigás? —comenta muy emocionado, en un susurro—. ¡Parece mentira, después de tantos años...! Aquí, en este mismo lugar, estuvo el chozo donde pasé de chaval mi última noche, antes de irnos al otro día pal pueblo. Me acuerdo mu bien de to, aunque hace años que no venía por aquí. Nunca he olvidao que el chozo era grande y tenía forma de túnel. Medía cuatro metros de anchura por nueve de largo. Y dentro de él cabían bastantes cosas: las camas, la cantarera y muchos arruches, como, por ejemplo, las aguaeras de los burros, aunque pa ellos también había otro chozo, bastante más chico que el nuestro, de forma reonda. Me da mucha pena ahora al recordarlo.

Rafael se agacha y toma un guijarrillo. Lo veo arrebujarse un segundo en su memoria, como si tuviera el tiempo entre sus dedos y modelara los viejos días de arcilla poniéndolos en las vitrinas de su alma con serenidad casi pudorosa. Perdido en el bosque añil de su nostalgia no siente siquiera que un abejaruco taladra la luz vespertina con sus alas y planea sobre nuestras cabezas majestuoso, como una grácil cometa de oro y fieltro. Rafael sale al final de su abstracción, vuelve a la realidad reconfortado, y se acerca despacio a tocar el tronco de una encina.

—Cuando nos fuimos de aquí —dice muy serio—, me acuerdo que este chaparro era más chico. Aquí yo cogí un nido de jilguero y lo fuimos acercando, día tras día, despacio al chozo. Y los padres de los pajarillos no se iban y fueron criando a sus hijos sin espantos. Me acuerdo de aquello mu bien. Fue mu bonito. En este cerro me siento como en casa; ahora mismo, puedo cerrar fuerte los ojos y guiarme

entre toas las encinas a cualquier sitio, y tú queda tranquilo: no voy a equivocarme. Puedo andar por aquí con una venda en la cabeza. Con los ojos cerraos te llevo despacio de encina en encina y, al tocar sus troncos, puedo reconocerlos, porque, aunque no te lo creas, ca encina de éstas conserva toavía la forma de hace años.

Caminamos de nuevo despacio cerro abajo y, mientras lo hacemos, vuelan de golpe un par de urracas. Rafael las maldice y, al rato, escupe al suelo, ya que, en su opinión, son pájaros dañinos que diezman la caza y destruyen lo que encuentran. Las urracas se alejan graznando amargamente y la luz de la tarde proyecta sus sombras espectrales sobre la hierba dorada por un sol que fermenta gozoso entre los montes del cansancio. Miro a mi compañero y veo en su rostro un aura feliz mientras toca, con ternura, los delicados ramajes de una encina cargada de hojas y sámaras ya ocres. De los ojos del niño-pastor brota una lágrima mientras diseca el tiempo ya lejano y lo presenta intacto ante mi oído, pronunciando un nombre de un resplandor poético:

—Concéntrate un poco y mira este chaparro —dice en un tono malva, casi absorto, como si fuese la luz quien está hablándome encendiendo la atmósfera de un recogimiento que se queda flotando en el aire azafranado—. Aquí sigue el chaparro de las bellotas azules; es único en toa la finca y en estos contornos. Ya no puedes ver las bellotas. Es una lástima —y se agacha, de pronto, buscando alguna en la hojarasca—. Ahora ya no es el tiempo, pero si estuviésemos en diciembre ibas a comprobar lo que te digo. Le pusimos ese nombre al chaparro por entoces, cuando vivíamos aquí siendo chavales, y es que daba bellotas con la cáscara mu azul, que yo no he vuelto a ver eso en mi vida. Además las bellotas eran dulces como azúcar. Mis hermanos y yo veníamos a cogerlas muchas veces; sobre to el año último, que tuvimos aquí hecho el chozo.

***

La tarde se pliega de un modo definitivo y tiende su cabellera suave y malva sobre los montes lejanos de San Benito. Hacia el norte, donde se ayuntan suavemente las tierras de Andalucía y Castilla-La Mancha, hay un resplandor cerúleo, fantasmal, que irisa los picos de Sierra Madrona y los va deshaciendo en un licor naranja, un licor que embriaga el color de la dehesa y la línea del tren bucólico, hoy borrosa, que iba de Peñarroya a Puertollano. Pero el tren ya no existe y el tiempo se encoge y se dilata como un chicle de luz que se adhiere a las pupilas desconcertando al reloj de la memoria, cuyas manecillas de nieve hoy ya no sirven para marcar los días de la infancia. Rafael lo

sabe muy bien, mas se resiste a dejar que se pudran los hilos del crepúsculo que atan la voz de aquel tiempo a este paisaje. Ahora evoca la luz agrisada de los chozos donde, por entonces, vivían los porqueros y me acerca a su lado, ya entre dos luces, a contemplar las paredes derruidas donde estaban las zahúrdas, separadas del Cerro del Tren en la actualidad por alambres de espino. Justo al pie de la alambrada, Rafael Arroyo me habla de los porqueros con un respeto muy grande hacia su oficio:

—Los porqueros vivían al laíto de nosotros, en la misma finca, y sus chozos eran distintos, diferentes a los nuestros, mucho más redondos, y tenían hasta un metro, o así, de pared de piedra. Eso les daba bastante consistencia, y también los hacía más fuertes que los nuestros. De toas las maneras, por dentro eran parecíos. Y tenían tos lo mismo, las camas de palo, las cantareras, los alambres donde se ponían tos los platos... Mis padres tenían amistad con los porqueros, y más de una vez nos juntábamos en el chozo pa comer o pa celebrar alguna fiesta. Otras veces mis padres también invitaban a los caseros pa dar cuenta de un guiso con un par de liebres o de conejos que habíamos cazao ese día por la mañana. La verdad es que entre tos había buena convivencia. Y eso es lo más bonito que hoy recuerdo. Era extraordinario compartir con los porqueros allí, en nuestro chozo, lo poco que teníamos. Muchas veces, cuando me acuerdo, me emociono. Me da mucha pena de to lo que he perdío.

Aquellas reuniones, según comenta Rafael, solían crear lazos consanguíneos y fundían sentimientos entre unas familias y otras, soldando en los corazones una hermandad que venía de lejos, desde siglos inmemoriales, y, a través de la sangre, fluía como un río que arrastraba recuerdos, palabras, tradiciones que todos sabían compartir en esos encuentros de unas connotaciones milenarias. Era aquélla una vida marcada por el viento, basada en el pulso de la Naturaleza, donde siempre influía el ritmo de las estaciones, muy ásperas y duras en cualquier rincón de la comarca. La lluvia, la escarcha, el viento, el calor y el frío tejían la espiritualidad de la dehesa en aquellos años difíciles y sombríos. A veces la luz bajaba enlutada de la sierra cuando en el aire crujían las culebrillas y en el interior de los chozos entraba el miedo, sentándose a dos o tres pasos de las brasas, llenando la estancia de un denso escalofrío cada vez que vibraba el zumbido de los truenos y el chozo se iluminaba unos segundos cubierto por un resplandor incandescente.

En su lucha perpetua con la Naturaleza se solían jugar su existencia los pastores; sin embargo, la madre Tierra los cubría con sus maternales dedos de agua y barro, y, en las purísimas noches del estío,

la bóveda del espacio los besaba e inyectaba en sus almas un silencio milenario emparentado con la felicidad y la alegría ancestral de los humildes. El pastor se sentía en las noches de verano, en mitad de los campos, el rey del universo: nada le faltaba y todo lo tenía, aunque viviera inmerso en la pobreza y el amo de turno le pagara un sueldo mísero. Los pastores eran parte de la Naturaleza. Allí estaban los grillos poblando el aire de quietud y el trino del ruiseñor entre los zarzales combatiendo la pena, la endémica escasez que cubría sus vidas y destellaba en las miradas de sus retoños frágiles e inocentes. Rafael Arroyo vivió años de escasez, pero los recuerda, extrañamente, con nostalgia, habitado por una inocencia que conmueve: una inocencia bañada en la ternura y la sencillez de los desposeídos. Evoca con emoción a su madre, aún joven, condimentando despacio la comida, preparando la cena para compartirla luego con los porqueros y, a veces, los caseros que estaban a cargo de la cortijada. Lo relata como si hubiera sucedido hace sólo unas horas, o acaso algunos días, y el tiempo siguiera en su lengua embalsamado:

—Mi madre —confiesa— era buena cocinera y preparaba unos platos extraordinarios. Cocinaba la liebre de muchísimas maneras: en arroz, con tomate, en guiso, o como fuese; pero siempre estaba la liebre de maravilla. Me acuerdo que cuando venía otra gente al chozo y nos poníamos a cenar varias personas, si mi madre era quien preparaba el plato fuerte (liebre con arroz, conejo en salsa, o lo que fuera), había otra mujer, que se llamaba Mariquita, y traía preparás unas gachas con tostones. Aquella mujer les sabía dar buen punto. De manera que echábamos un rato inolvidable comiendo y charlando en el chozo, en armonía. Es verdad que éramos mu pobres, como he dicho, pero, a pesar de que hubiera pocas cosas, nos sabíamos tomar la vida sin tristezas. No me puedo olvidar de lo bien que lo pasábamos.

***

En la finca del Fontanar hubo mucha caza en aquellos difíciles años de posguerra. Alfonso, el pastor, padre de Rafael, cazaba, no obstante, sin escopeta ni cartuchos. No necesitaba otra arma que un garrote, con el que tumbaba conejos y liebres a diario. Aquellos, sin duda alguna, eran otros tiempos, y las perdices anidaban junto al chozo, o a sólo unos metros de la casa de los amos: una cortijada grande y de aire armónico que aún conserva el olor de aquellos años en su estructura. La luz del atardecer, dardo de ópalo, ahora vibra en la cal de la romántica casona, mientras vuelan sobre su tejado las palomas y una bandada ruidosa de estorninos que tejen las redes del aire con sus silbos, con su algarabía desesperanzada. Uno se imagina

la casa en los sesenta, cuando Rafael era un chavalín y corría ante el chaparro de las bellotas más azules persiguiendo, azorado, un bando de perdigones. Pero ahora no quedan perdices en este cerro y los rabilargos y urracas sobrevuelan, de un lugar para otro, los contornos de estos pagos buscando sin prisa la pollada de algún nido para darse un festín. El campo está lleno de alimañas; sin embargo, escasean las perdices y las liebres. Sólo permanece el equilibrio de los frutos: las bellotas, en invierno, y, en la primavera, los espárragos, las collejas, los berros y las fantásticas criadillas, de un sabor delicioso, parecido al de las trufas. Rafael las buscaba de niño con sus padres; y aquí, junto al Cerro del Tren, siguen naciendo siempre que la primavera sea propicia y haya llovido bien durante el otoño.

—Este año ha sío seco —se queja mi compadre, mientras se agacha y escarba con un dedo en la tierra sequiza, terriblemente dura —. La primavera pasá hubo bastantes, y por aquí las cogieron mucha gente. Eso es lo que a mí me han dicho, por lo menos.

—¿Cómo puedes saber —le pregunto— dónde nacen? ¿Hay alguna manera de ver dónde se encuentran?

—Las criadillas, na más nacer, se ven mu bien, porque suelen salir de un resalte en el terreno. Se ve una grieta en la tierra y están debajito. Pero, como te digo, este año se han visto pocas —y se agacha, de nuevo, para tomar la brizna de un yerbajo—. ¿No ves este tallo seco? Pues, junto a esta hierba, suelen crecer las criadillas. Y eso no falla; lo que pasa es que ahora el terreno está sequerón, que si no ya verías tú si no encontrábamos. A mí me ha gustao muchísimo buscarlas. Sabiéndolas cocinar, están estupendas. Se pueden además preparar de varias formas: en salsa, en tortilla, o en una buena sartén de arroz. La verdad es que están ricas y tienen un sabor bastante fino, parecío al de las setas, pero todavía mejor. Las criadillas tienen un gustillo extraordinario; aunque a mí este año se me ha ido sin catarlas.

La fiesta de los chozos

El camino se pierde en la vasta lejanía, en la espesura añil de la dehesa. Las colinas se ondulan como metáforas de sol, como olas de luz tintadas de esmeralda, mientras regresamos charlando hasta mi coche. Rafael Arroyo, sajando el silencio de la hora, va nombrando los montes, las casas pequeñas, los riachuelos, las vaguadas, los nombres bellísimos de las fincas que, hacia el norte, el oeste, y el sur, limitan con ésta que, ahora, sin prisa alguna, vamos pisando. Uno piensa, observando la arena del camino, en las miles de huellas que dejarían los pastores mientras cruzaban la finca de un lado a otro cuidando un rebaño fundido con la niebla.

El tiempo es como una neblinosa lámina posada sobre nuestras almas y nuestros ojos, una lámina gris donde se arrugan los recuerdos y los viejos momentos que un día disfrutamos, instantes que son triturados sin piedad y regurgitados, después, por el olvido. El pasado está ahí, diluido entre las piedras y el corazón infeliz de las encinas, pero el futuro no existe aquí, a esta hora, cuando el sol se derrumba como una piedra amarillenta en la pared de los montes. Ni un sonido, fuera de nuestras voces, rompe el aire. Parece como si el campo adormecido se hubiera quedado mudo de repente y no se atreviera a mover sus labios de oro. Pero mi acompañante habla sin parar, y en su voz se concentran todos los recuerdos, todas las lejanías de una memoria cuajada de mirlos, pinzones y rabilargos. Y ahora empieza a narrarme las reuniones que tenían en los chozos cuando llegaban los porqueros. Sus palabras son piedras o guijarros transparentes que caen en mi alma de un modo persuasivo, produciendo un blando murmullo de emociones que arrastra el riachuelo del tiempo hacia la nada, porque aquellos días no existen sino en él, dentro de su cabeza y en su alma de niño—pastor que un día de mayo, abandonando el temblor de su inocencia, decidió refugiarse en la melancolía.

—Como te he comentao —dice ahora en un susurro—, había muchas noches que nos juntábamos en el chozo tos los vecinos pa confraternizar y festejar lo que viniese a cuento. Y si no era en el nuestro, visitábamos otro chozo, o íbamos a otra casilla de los alredeores. Había muchas fiestas y santos que celebrar, y también cumpleaños. Estábamos mu uníos. Y en aquellas reuniones nos divertíamos muchísimo. Se comía y se cantaba, y había muchas veces que, entre tanto, los más jovencillos se enamoriscaban. Era mu bonito. Mientras que los grandes disfrutaban cantanto o bailando, si la noche estaba buena, los nenes salíamos del chozo a corretear o a jugar a la Zorra, que era entretenío. Se trataba de que uno hiciese el papel de

zorra y los demás se escondieran en cualquier lao: detrás de una encina, entre los juncos del arroyo, tras una pared, o en otro sitio que pilláramos. Y el que hacía de zorra tenía que salir en busca nuestra. Había veces que nos escondíamos en el chozo y el que hacía de zorra, jartito de dar vueltas, volvía cansaíto y al vernos se enfadaba.

—¿Y ese era el único juego que teníais? ¿No jugabais a otra cosa distinta allí en el chozo? —Le espeto de sopetón a mi acompañante, que, curiosamente, se extraña de la pregunta.

—¿¡Que si teníamos otros juegos por entonces!? —responde asombrado—. ¡Pues claro! Lo que no teníamos entoces eran juguetes. Nuestros padres eran pobres y el sueldo no daba pa caprichos; pero los chiquillos sabíamos ingeniárnoslas pa jugar sin tener juguetes a lo que fuese. Me acuerdo que hacíamos un balón con telas viejas de sacos ya rotos, reliándolas mu bien hasta que lo poníamos redondito. Luego, cuando teníamos el balón hecho, buscábamos un roal de tierra llana y empezábamos a dar patadas y a correr mucho pa ver quién marcaba más goles en la portería. La portería la hacíamos con dos piedras. No se me olvida lo bien que lo pasábamos. Lo único malo es que el balón pesaba mucho, sobre to si llovía un poquillo y se mojaba. Por entoces solía llover mucho en el invierno. Pero de toas las maneras daba igual y jugábamos al fútbol aunque estuviera diluviando. No nos faltaba nunca entretenimiento.

Lo imagino jugando y dando patadas a la pelota, corriendo y sudando bajo el velo de la lluvia, en el cerro del Tren, a sólo unos pasos del chaparro de las bellotas azules, cualquier tarde deliciosamente gélida de otoño. Rafael era un niño ágil y bullicioso, como los niños de entonces echados al campo, sin ir al colegio, aunque sabiendo descifrar los signos sagrados del viento en las encinas. Al escuchar el relato de su vida, me acuerdo al instante de los amigos de mi infancia: Lolo, Caco y Antonio, hijos de Paco y de Bibiana, con los que compartí muchas travesuras. Paco y Bibiana eran dos personas mágicas, genuinas, y educaron a sus hijos en el amor a lo sencillo, a las cosas del campo más elementales. Yo, de alguna manera, era como de su familia, porque pasaba en su casa muchas horas y, en aquella estancia minúscula, entrañable, aprendí a entender la voz del arco iris sobre los olmos después de la tormenta, y también aprendí a buscar hierbas sanadoras, y a descifrar los trinos de los pájaros y el inaudible murmullo del silencio en las románticas noches del verano, cuando se apaga el chiflido de los cárabos y calla el rumor de los grillos en la espesura. Lo que yo sé del campo lo aprendí en aquella época. No puedo olvidar los sonidos, los colores, los olores tan esenciales de aquel tiempo; los llevo guardados en el cofre de mi alma

envueltos en la luz romántica del frío.

***

Llegamos al coche cuando empieza a oscurecer y queda en el encinar un fulgor naranja, un resplandor de rosas machacadas posado en la línea frágil de la tierra que, en el vasto horizonte, se va tornando lila. La casa de los patronos, o de los amos —como aún le sigue llamando Rafael—, llena de recovecos y claroscuros, como una ancianita gime en la penumbra y, a su puerta, aún erguida, permanece una mujer que nos dice adiós con un deje de tristeza. Antes de subir al coche, junto al camino, nos detenemos a observar la entrañable escena de una mastina cuidando a sus cachorros. La perra, muy mansa, ni se inmuta a nuestro paso. Los mastinillos parecen de gamuza: tres bolas de chocolate y de vainilla que las sombras del anochecer van despojando de su tierna vivez. La mastina ni nos ladra, cuando pasamos a apenas un metro de ella. Permanece en su sitio, tranquila, sosegada. Rafael Arroyo me habla de los mastines que él tenía en esta finca hace ya cincuenta años; pero yo no le oigo, voy en el coche embelesado, pendiente de la tortuosa carretera (un eslizón de plata enmohecida) hundida entre las retamas y las paredes que delimitan las fincas de un paisaje devorado, en este momento, por las sombras y una penumbra añil que me consuela y, de alguna manera, también me purifica.

La voz de la pastora

El anochecer nos lleva hacia Pedroche, un pueblo bellísimo de calles recoletas donde la tarde es piedra en equilibrio, un guante de luz que abraza a las cigüeñas que crotoran felices en la cumbre de la torre, donde también zurean las palomas revueltas con varias decenas de estorninos que chillan enfebrecidos prolongando el hundimiento del sol tras las esquinas. En el aire se yerguen cernícalos, vencejos, y riela sobre los tejados un resplandor de anises mojados en una taza de vainilla. Huele a tierra de huerto labrado, a estiércol y humo, y la santidad de la brisa me estremece cuando bajo del coche y me dirijo hacia la casa de la hermana de Rafael, donde me espera la familia de éste: su madre, su hermana y su cuñado.

Al entrar en la estancia tengo la extraña sensación de haber traspasado el tiempo en un segundo, y me hallo de pronto en un decorado del ayer, pues las miradas y las voces que me acogen me van envolviendo en una gasa de vapor que me hace recuperar sueños perdidos, imágenes ya desvaídas en la memoria. La madre de Rafael rompe el silencio e inicia el diálogo casi por sorpresa.

—Me llamo Manuela Moreno Román —dice la anciana— y voy a cumplir prontito ochenta años, el día 4 de julio. Lo tengo casi encima. Los años han volao, parece que fue ayer cuando estaba en el chozo cuidando de

mis hijos.

—¿Qué le parecía a usted aquel tiempo? ¿Le gustaba? —pregunto a Manuela—. ¿Pasó usted necesidades?

—La verdad es que sí. Había poco dinero

—me dice tranquila, mientras caen de su memoria migajas de pena, guijarros y murmullos, sombras adheridas a un lento bisbiseo—. Pero la vida de entoces era mu sana. Hoy se vive mu bien, está claro, pero antes, aunque solíamos pasar muchas fatigas, vivíamos más juntos y tos nos ayudábamos. Recuerdo de entoces muchísimos detalles, como que en invierno almorzábamos las migas, buenas migas tostás, y, luego, en verano, de mañana, hacíamos el ajo, que comíamos en la sartén cuando volvía mi marío ya cansaíto de poner las ovejas a la siesta. Era mu duro, y es verdad que solíamos pasar calamidades, pero estábamos juntos y era una alegría. Por eso me acuerdo mucho de aquel tiempo. Por lo juntos que estábamos tos. Era bonito.

La voz de Manuela recoge la escasez y la macera despacio en sus palabras para que en éstas fermente el resplandor de la inocencia abrazada a la ternura. En la estancia se mezclan las voces femeninas de Manuela y su hija Josefa con la de Juan, el marido de ésta, y la voz de Rafael, que tiene el sonido feliz de un manantial en mitad de un verano de alondras y herrerillos. Escucho asombrado, arrobado por la atmósfera, los recuerdos que brotan como tímidos jilgueros entre los labios mullidos de Manuela. Se va abriendo su alma como la brisa matinal en un bosque de chopos rozados por el céfiro. Mientras la escucho hablar, viajo en el tiempo y me alimento del zumo de las horas y del licor de los plácidos minutos que, alrededor del chozo, transcurrían como globos colgados del techo de un tiovivo en el que giraban niñas con cintillo y chiquillos muy pobres con ojos de centeno.

Manuela es una mujer que sabe narrar con excepcional talento sus vivencias: una vida olorosa al humo gris de la candela y al borboteo del puchero entre las ascuas de leña de jara. Su voz parece mijo. Ella habla de los sabores de aquel tiempo y en sus palabras reencuentro los aromas de las comidas que, entonces, cocinaba de una manera paciente y exquisita.

—Yo solía preparar la comía dentro el chozo, sobre to en el invierno, cuando hacía tanto frío —me explica, mientras se remueve en el sillón—. Pero, al entrar el verano, la hacía afuera, en un hogarín que alzábamos con tablones. Siempre tenía cuidaíto con el fuego, porque había mucho pasto por los alrededores. Pero nunca pasaba na. Además, en verano, casi tos los días comíamos un gazpacho, y pa eso no necesitaba la candela. Pa beber, bebíamos agua mis hijos y yo, y pa mi marío traía del pueblo vino que solía tomarse a la hora del almuerzo. Por entonces no había bebidas como ahora, ni cervezas ni na. Y había que conformarse.

***

Habla de los alimentos naturales, de los frutos que daba la tierra, de las aves que, según el refrán, caían en la cazuela sin hacer distinción de la belleza de sus plumas. En la voz de Manuela hay un recogimiento sacro, una especie de venerable mansedumbre que convoca a todas las fuerzas de la Tierra, y en ella cabe el silencio de los montes, el tenue murmullo del agua en los arroyos, la luz del relámpago en el oro de las cumbres. Es como si al escucharla hallara en mí multitud de colores y aromas ya perdidos. Hay una sencillez conmovedora en todo cuanto pronuncia mansamente, como si el campo aletease en sus palabras igual que un milano de seda entre la

bruma de un amanecer cosido por la nieve. Habla de una vida impregnada de pobreza, donde lo poco que había se intercambiaba, como cuando llegaban al chozo los recoveros recogiendo huevos y pregonando otros artículos.

—Los recoveros venían al mediodía, por la carreterilla de Villanueva de Córdoba —apunta Manuela hilando la añoranza—. Los pastores salíamos enseguía a intercambiar cosas, comida y cualquier otro chisme que tuviéramos. Yo les cambiaba huevos por pescao o cualquier otro arruche que me interesase. También les cambiaba huevos por carburo, que era mu necesario pa alumbrarnos, o un poquillo de bacalao, de unas corvinas que había más malas que na. Eran tiempos duros y teníamos que aguantarnos con lo que había.

Siempre acaba sus frases de un modo parecido, aferrada al recurso de la conformidad que, como un pararrayos, amparaba a los pastores de las penurias que antaño soportaban, ya que en su vida no había comodidades; aunque ni siquiera quizá las añoraban. Sencillamente las desconocían. Por entonces, a mitad de la década de los sesenta, en muy pocos hogares de cualquier pueblo de la zona se podía disfrutar de un televisor, o de un frigorífico u otro electrodoméstico. Recuerdo que en muchas casas de mi pueblo, aunque cueste creerlo, había sólo una luz para alumbrar las estancias diminutas —solía estar la bombilla en el comedor—, y esa luz venía siempre junto al anochecer con la certeza amorosa de un milagro que a los niños de entonces nos sobrecogía. Si eso ocurría en hogares de aquel tiempo, en los chozos de los pastores era aún peor. La luz era un privilegio de aire urbano.

—Por la noche, en el chozo nos alumbrábamos con carburo —comenta Manuela en un tono resignado, mientras Rafael, su hijo, lo reafirma con un movimiento insistente de cabeza—. Al carburo le echábamos unas gotillas de agua hasta que se encendía y salía la llama. Había que arreglarlo, noche tras noche, pa encenderlo, pero siempre alumbraba más que un candilillo y, si echabas las cuentas, salía más económico.

De la luz del carburo Manuela salta a otros asuntos y me habla, otra vez, de los humildes recoveros que solían cambiar, me dice, bolsas de arroz, lo que, por entonces, era un lujo gastronómico, pues en los Pedroches no se cultivaba. Para ella el arroz era algo imprescindible. Se le daba muy bien cocinarlo con criadillas, con trocitos de liebre y conejo, o con espárragos. Cuando preparaba arroz era todo un festejo para el marido y los hijos de Manuela. Pero eso solía ocurrir de tarde en tarde; lo habitual era cocinar otros productos

naturales del campo, autóctonos de allí, lo cual daba a sus guisos un sabor singularísimo.

—De toas las hierbas del campo, las mejores, las que a mí me gustaban más eran las fieras, porque eran mu finas y daban buen gusto a cualquier plato —Manuela mira a su hija mientras habla y ésta confirma el relato de su madre con un decidido gesto afirmativo—. Las fieras casan bien con el conejo, al que le dan un sabor mu jugosito. Luego hay también otras hierbas mu sabrosas, como, por ejemplo, los berros o las collejas. Pero ninguna es como

las fieras.

Las fieras crecían al pie de los arroyos, igual que los berros, según cuenta la pastora, y eran por aquel tiempo muy abundantes. También abundaban romazas y collejas. No era demasiado difícil dar con ellas. Las hierbas silvestres, en los años de mi infancia, tenían un valor culinario muy esencial. Junto a mis compañeros, los hijos de Bibiana, yo salía a buscar las collejas en los ejidos y en los campos cercanos al pueblo en que nací. Mi madre las cocinaba del mismo modo que las espinacas, fritas con aceite, ajillos picados y una pizca de vinagre. Antes de freírlas, las cocía en el infiernillo, porque en aquellos años, aunque había gas, las cocinas de butano eran infrecuentes.

Si cierro los ojos, toco aquella cocina, el poyete de china donde estaba el fregadero y los humildes vasares de madera de cerezo donde los vasos y los platos chorreaban como liebres decapitadas sobre el ángelus. Recuerdo la luz del patio tamizada por el verdor de la gigantesca higuera en la que solían danzar los estorninos mientras picoteaban brevas dulces. En el patio emparrado, a la hora de la siesta, como dardos de cera zumbaban las avispas, y los azulencos, pesados abejorros llenaban la hora de un monótono zumbido que te amodorraba el alma y te invitaba a beber del frescor latente en la penumbra. El rumor del verano aún tiembla dentro de mi sangre y esta tarde abrileña, de repente, lo he vivido, asistido por la voz limpia de Manuela, una mujer generosa y de alma fértil que encierra en sus ojos toda la luz del mundo.

—En aquellos entoces —relata la pastora—, había la costumbre también de salar carne. Era trabajoso, pero merecía la pena. Se mataba la oveja y, una vez se desollaba y se le sacaban las tripas, ya limpita, se curaba la carne al aire estirazándola y entablillándola con unos palitroques. Luego se cortaba en laminitas finas y se le echaba aceite y mucha sal pa que, de esa manera, no le cagase la moscarda. El salao de la carne se preparaba entrao el calor, al final de la primavera

o ya en verano, porque en el invierno no lo podías hacer ya que la carne, debido a la humedad, solía ponerse siempre mu mojosa.

La hora del catecismo

El piso en el que ahora estamos conversando es una estancia sencilla, acogedora. Hay un periquito dentro de una jaula y, a cada momento, chilla con estrépito, picoteando en las frases que decimos de una manera insidiosa e irreverente. Rafael le chista indicándole que calle; pero el pájaro sigue trinando con más fuerza. De improviso, los silbos cesan y la penumbra ilumina el sótano azul de mi interior de un modo tan lúcido que me sobrecoge. Durante unos segundos, se expande un gran silencio y se abre ante mí el dibujo de la iglesia. Por una ventana abierta al suroeste, se enmarca la grácil silueta de la torre, ubicada a trescientos metros o así del piso. El campanario fornido de Pedroche es, por méritos propios, uno de los monumentos más emblemáticos y bellos de la zona. Pedroche es un pueblo histórico, con raigambre, y en su día fue cuna de toda la comarca: de ahí viene el simbólico nombre de esta tierra en la que destacan las piedras del granito y la presencia inmortal de las encinas dibujando un paisaje de gris dorado y bronce.

Tendido sobre una colina como un galgo con la piel de canela y nata, el pueblo de ahora ha sabido sortear la destrucción del tiempo conservando el aroma sabroso de la historia que guardan sus piedras labradas por los siglos. El perfil de Pedroche es el de un galán de piedra con la capa tendida debajo de las nubes —cuando surge la luna, el campanario resplandece—. Pocos lugares hay más sobrios y más poéticos para sostener el tiempo en su medida que las calles profundas y estrechas de este pueblo, por donde la luz se cuela en el crepúsculo como una lírica cierva de cuarcita.

En una de esas callejas acogedoras, ubicada hacia el este, vive Josefa Arroyo, hija de Manuela, una mujer de alma sencilla que habla de los quehaceres de otra época con un sutil desparpajo que emociona. Su voz me conduce por trochas y veredas, alumbrando emociones, hasta el interior del chozo, donde, como ella dice con soltura, había que barrer a diario y trajinar, además de hacer la comida y fregar platos.

—Las sartenes y los platos se ponían con cuidaito en un camarín que había dentro el chozo hecho con tablas y palos de giniesta. Por entonces, es verdad, los platos escaseaban, pero había que lavar los pocos que teníamos. Y había muchas otras tareas, como hacer pan. El pan lo amasábamos y cocíamos en el cortijo, en ca los patrones, porque había en la casa un horno. Preparábamos, no se me olvida, doce panes pa pasar la semana y con eso nos bastaba. Eran panes mu

grandes, quizá de un par de kilos. Estaba mu bueno; eso era pan y no el de ahora. Se cocía con leña de jara, y es verdad que así adquiría un sabor inconfundible.

Rafael me comenta que aquel pan era extraordinario y que nunca ha vuelto a probar otro parecido. Su madre y su hermana también me lo aseguran. Manuela Moreno, la esposa del pastor, confiesa que, cuando vuelve su hijo mayor —que reside en Francia— todos los veranos, éste recuerda aquel pan que se horneaba con leña de jara, y, según afirma ella, cada vez que lo evoca suele emocionarse mucho. Al hablar de su hijo mayor, de nombre Alfonso, como su marido, la voz de la pastora se llena de frágiles ecos y resonancias, de una lejanía invisible, candeal, que le hace cruzar los límites del frío para alcanzar la tierra del sosiego, donde guarda semillas de una ternura fresca. La imagen del hijo conduce a la del padre, del que Manuela guarda un buen recuerdo.

—Me casé con Alfonso, mi marío, siendo joven. Él tenía veintiocho años, y yo, veinte. Y siempre estuvimos viviendo de pastores; yo no he conocío otro trabajo en toa mi vida. De primeras, tuvimos seis años a unos patrones, en una finca llamá Puertorrodeo. Después ya nos fuimos a la finca El Fontanar, la de Guadamora, y allí estuvimos dieciocho. Al final, acabamos viniéndonos a Pedroche, pero mi marío siguió estando de pastor e iba tos los días, sin falta, a su faena, aunque después volvía a casa por la noche.

—¿Se acuerda usted aún de la finca El Fontanar? —le digo de pronto, sin que ella se lo espere.

—La vida que tuve allí fue fatigosa —responde Manuela al instante, sin pensarlo—; pero tenía también su parte buena. Ten en cuenta que allí fui criando a tos mis hijos y los fui sacando adelante como mejor pude. Como creo que te dije, tengo cinco hijos; el mayor de ellos, Alfonso, se llama como el padre; luego vienen Miguel, Josefa, Rafael, y el más chico, mi Pedro. Mi mayor lleva viviendo muchísimos años en Francia, la verdad, pero tos los veranos suele venir al pueblo y, cuando lo hace, va siempre al río Guamora, donde él vivió y se crió cuando era chico. Él me suele decir que el Guamora le da vida y le ayuda a vivir en Francia con más ánimo. Viene a Pedroche siempre con sus hijos, pero ellos no sienten ná por esta tierra. Ellos han nacío ya en Francia, son de allí. Mi Alfonso les cuenta cosas del Guamora y de lo que él disfrutaba cuando era un chavalín; pero a sus hijos eso les da igual. Ellos son de otra parte y no pueden comprenderlo. Pa sentir cualquier cosa, primero hay que vivirla.

***

Cuando hace más de una década, un día otoñal, entrevisté a Alfonso, marido de Manuela (lleva ya fallecido muchos años), recuerdo cómo me hablaba emocionado de las hondas raíces y de las tradiciones que hemos ido perdiendo en los pueblos lentamente, a medida que el mundo y la vida evolucionan. Decía que a los jóvenes de hoy no les motivan los asuntos arraigados, atados a la memoria. Me acuerdo cómo comentaba amargamente que ya no existía el sentido de la entrega, ni del sacrificio que había en otros tiempos, y se quejaba también, por otro lado, del mal uso que hoy hace en ciertas ocasiones la sociedad de consumo en que vivimos, tan banal, superflua y vacía, del tema del folclore. En aquella entrevista, que luego publiqué en «Las voces antiguas», un ensayo antropológico, me habló entusiasmado de su oficio de pastor y, a través de su voz, descubrí muchos secretos y revelaciones propios de estos pagos. Ahora aquí, en esta estancia, rodeado por los suyos, me acuerdo de Alfonso y en su ausencia me emociono: fue un hombre muy puro, de alma cristalina, tan cercano y sencillo que en mi alma dejó huella. Al final, eso es lo que importa: dejar huella, ir dejando señales que nos aten a las raíces y a los seres queridos que desaparecieron. Me interesa tomar en la vida esa actitud de carácter sencillo, sobrio, franciscano, que, de alguna manera, nos unce hermosamente a una cultura humilde y campesina enraizada en lo mágico, invisible y esotérico. La vida en el campo, en ciertas ocasiones, te acerca al misterio de lo ultraterreno. Los pastores siempre han tenido sus creencias y han rozado el ángulo oculto de la vida, de una manera sencilla, pudorosa, que, al recordarlo Josefa, me conmueve.

—La gente de antes creía a su manera. Ten en cuenta que Dios estaba allí, en cualquier detalle. Las muchachas de entoces —cuenta casi estremecida—, recorríamos tos los contornos de la finca y de chozo en chozo íbamos a buscarnos unas a otras pa acudir toas juntitas a casa de los jefes, porque allí, muchas tardes, nos daban catecismo. Íbamos pa que nos dieran la doctrina; pero nosotras creíamos a nuestro modo. Estábamos allí por las circunstancias, pues la señorita que daba la doctrina, una vez terminaba, solía rifar algo: unos calcetines, cualquier cosa, un caramelo. Y nos hacían ilusión esos detalles. Ten en cuenta que entoces había escasez de to. Pero lo de creer era otra cosa. Me acuerdo de aquellos momentos muchas veces y de toas las amigas de allí, del Fontanar. Éramos unas muchachillas sin malicia que creíamos en cosas que no podíamos ver, pero creíamos en Dios a nuestra manera.

La fe del pastor era entonces como un árbol ramificando la

esencia de su espíritu en la tierra y el cielo, en la luz y la oscuridad. La visión que tenían de Dios era natural, de alguna manera sobria y panteísta. Su modo de estar en el mundo era sencilla: solían darlo todo a cambio de muy poco. Habitaban un espacio tosco y campesino con una pasión emotiva, extraordinaria, sin doblegarse nunca ante el fracaso. En sus almas, tan nobles, no cabía el desconsuelo: la armonía del campo estaba dentro de sus vísceras, la sentían igual que se siente en el estómago el cosquilleo feliz de un buen almuerzo en compañía de la persona amada. Los pastores sabían digerir luces y sombras. Amaban los frutos de todas las estaciones. Sólo tenían el temor de las tormentas que al Fontanar llegaban de improviso, según Rafael, por la abrupta cordillera de Fuencaliente y las sierras adyacentes, por donde cruza hoy la vía del AVE.

—Lo peor de vivir en los chozos, en mi opinión

—dice Manuela, la madre del pastor— era el miedo que le teníamos a la tormenta. Allí, por Guamora, cuando menos te lo esperabas se liaban unas tormentas exagerás. Cuando la troná llegaba, enseguiíta, nos juntábamos tos en la cama quietecitos. Si era por la noche, te acostabas sin cenar, esperando que se marchasen los relámpagos. Una vez cayó un rayo en el chozo de los burros y ardió enterito; y gracias a Dios que los animales en ese momento se encontraban no sé dónde, pero fuera, y no murieron achicharraos. Parece que se lo golieron las criaturas. En aquellos años las tormentas eran inmensas, se tiraba tronando varias horas. Nosotros en el chozo pasamos mucho miedo.

Le pregunto a Manuela por qué no vivían en una casita para así resguardarse de las inclemencias meteorológicas: los inviernos en El Fontanar eran muy duros, lo mismo que los otoños o los veranos. Y ella, sumida en su cálida humildad, enmudece y calla. No se atreve a responderme. Sí lo hace, en cambio, su yerno, quien se enerva y me da su opinión deprisa, como un tiro.

—En aquellos años eso era imposible y no te podía pasar por la cabeza. Lo peor de aquel tiempo era la desigualdad —comenta alterado Juan, con cierta rabia—. Las diferencias de clases eran grandísimas. Y eso se notaba en el pueblo y en los campos. Había diferencias entre los obreros de un cortijo. Por categorías, iban primero los caseros, que estaban al cuidao de la casa de los amos. Los caseros, como digo, iban en cabeza; detrás venían los gañanes, mandando algo. Y en tercer lugar, ya estaban los pastores, que no es que mandaran mucho, claro está; pero es que detrás del pastor había otro grado: iban los porqueros, los últimos de la lista, y esos sí que ya

no mandaban ni una pizca. Así estaba la vida en el campo por entonces. Y esto solía ser así en cualquier cortijo. Aunque mu duro, era así en la realidad.

***

La mujer de Juan baja un instante la mirada y, en la semipenumbra de la estancia, derrama despacio un fluido de tristeza; luego eleva sus ojos despacio, suavemente, mostrando el sigilo de la resignación y el agridulce temblor de una amargura que irisa la atmósfera y la llena de impotencia, de rabia también. Su silencio es dignidad. Ella entiende y acepta que el pasado queda lejos y no puede cambiar, aunque quiera, el sufrimiento, el continuo dolor de tantas familias de pastores en aquellos años terribles de posguerra, cuando la luz vestía un traje negro y el viento arrastraba las sombras de las nubes como lápidas grises dejándolas caer sobre la oscura piel de las encinas. Es mejor no cavar en la fosa de aquel tiempo para extraer de su fondo bolsas lúgubres. Recuerdo la edad de los piojos y los remiendos, los años de las katiuskas desgastadas y los mocos colgando bajo las pupilas tristes de los niños descalzos, zurcidos por el hambre, la edad de la ropa infeliz con lamparones. En mi tierra natal la niebla era una casa habitada por la desdicha de los pobres, aquellos que, apenas, tenían para comer un pedazo de pan untado con tocino.

Pero no todo, por fortuna, era aire negro. A veces, en aquella pobreza secular entre tanto amargor flotaba algo de azúcar. Mis mejores amigos eran hijos de pastores y con ellos buscaba lagartos y sabandijas, sapillos de espuela, culebras y alacranes, en la recóndita piel de una dehesa que nos acogía siempre maternal, igual que una madre con los ojos muy azules y el delantal zurcido de amapolas. El aire del campo puro, virginal, nos libraba de la tristeza de un ambiente adobado por una obsoleta Dictadura. Pero éramos niños y no entendíamos que la historia era un camino largo y muy tortuoso, en aquel tiempo gris, firme e inalterable, aunque no sintiéramos nunca en nuestros pies el acerado dolor de sus espinas.

—La vida de entoces era negra y mu canalla —comenta Josefa—. Había poco dinero y nos llegaba apenas pa comer, aunque no nos faltaba un cachillo de pan duro. Había que tirar palante como fuese. Mi padre, además de pastor, hacía otras cosas, como coser los zurrones y los zajones. Me acuerdo que yo le ayudaba muchas veces. Recortaba primero las figuritas de papel y mi padre después iba haciéndolas de verdad, cortando y cosiendo la piel con coseeros que él sacaba curtiendo el pellejo de los gatos. La piel de los gatos la echaba primero en la ceniza y, después, la ponía pa que ésta se oreara. La piel

terminaba quedándose blanquita. Luego ya la curtía y la iba cortando con cuidao en tiras finitas que iban a servir de coseeras pa coser los zurrones o pa el collar de las cencerras, que eran de piel también, aunque más duras.

Las letras nocturnas

En los años sesenta, ya en el tardofranquismo, mientras los niños bebían en el recreo la agraz leche en polvo y cantaban el «Cara al sol» en un tono marcial, con las manos bien abiertas, horadando en el frío el rastro de las sombras, los hijos de los pastores, normalmente, no tenían oportunidad de ir a la escuela. Aun así reconozco que yo los envidiaba: mi vagancia infantil sobrepasaba cualquier límite. Eran días de lluvia, de charcos gélidos y paraguas, de mañanas de viento que levantaban y arrastraban

—ocurrió una vez— los techos del colegio trenzados con varias planchas de uralita, para estrellarlos en los árboles del paseo que llevaba en mi pueblo, y aún lleva, hasta una ermita. Hacía mucho frío y las escarchas eran muy grandes, por lo que los niños íbamos al colegio embutidos en abrigos de fieltro o de gamuza. Algunos solíamos llevar gorros de lana. Sin embargo, los chicos más pobres del lugar iban sin abrigo y llegaban a clase tiritando, con los mocos colgando sobre sus labios desolados como columpios sutiles y ominosos donde bamboleaba la miseria, toda la marginación que había en sus casas, tan resignadas y humildes como ellos. En algunas casas no había ni brasero, ni siquiera luz, y hasta las velas tiritaban cuando el gélido viento traspasaba los postigos y entraba en los dormitorios a medianoche impidiendo el descanso de sus inquilinos. Eran días de luto y pantalones remendados, de zapatos roídos por el moho que germinaba en las viejas habitaciones donde olía a bolas de naftalina y a vinagre. Ahí, en ese sórdido ambiente de escasez, a veces brotaba, no obstante, la alegría. Los pobres de todos los sitios en cualquier tiempo siempre tuvieron la rara habilidad de transformar las penas en buen humor; la miseria, en charanga; la pobreza, en chascarrillos. En el barrio de mi niñez, curiosamente, mis amigos más pobres eran los más alegres y, además, compartían lo poco que tenían con una pasmosa naturalidad. Sabían dibujarle a la vida una sonrisa aunque estuvieran comiendo pan con mocos. Vestían pantalones de pana remendados, oscuros jerseys de lana, y solían calzar unas rudimentarias katiuskas con las que exploraban los charcos del ejido buscando sapos, tritones y renacuajos.

Regentaba mi padre, en aquellos años de escasez, una pequeña tienda de tejidos en la cual vendía retales variopintos, trozos muy económicos de fieltro, pana, tergal, franela, o muselina, con los que muchas mujeres confeccionaban pantalones, baberos, sábanas o camisas. Los chiquillos del barrio solían salir vestidos en serie: con los mismos colores en los pantalones y en las blusas. Algo así ocurriría,

supongo, aquí en Pedroche, como en cualquier pueblecito de la zona. La ropa nos mimetizaba en aquel tiempo. Y de esto no se libraban ni los pastores.

—La ropa de mi marío y la de mis hijos —me confiesa Manuela, evocando aquella edad donde una bufanda era un privilegio— las hacía yo con piezas de tela de un color. Por entoces, no te enterabas de las modas, y mucho menos viviendo en la dehesa. Yo le cosía a mi marío y a mis hijos los pantalones, camisas, o lo que fuese, con la tela del mismo color, y no se quejaban. En aquellos años no había tantos caprichos. Mis hijos vestían lo que su madre les pusiese. Salían desfilando del chozo tos juntitos con los pantalones y camisas tos iguales, y no los veía quejarse ni una vez. Hoy la gente se ha vuelto más delicá y mucho más exigente que era entoces.

Manuela respira luz después de hablar, y es como si acabara de expulsar de su alma sencilla panales de amargor y necesitase aspirar la miel silvestre, la tangible dulzura que impregna el aire limpio de la acogedora estancia donde estoy. En estos instantes, me envuelven los recuerdos y me rodean las palabras más humildes como delicadas e invisibles mariposas aleteando en medio de un gran bosque cruzado por un rumor de bruma cálida. Es una dulzura fría lo que siento, como si hubiera azúcar entre mis ojos y una luz de vinagre ardiera en mis pulmones mientras oigo a Manuela hablar de su experiencia. El dolor tiene forma de paja de centeno, de briznas de chozo, y aquí, en la luz, lo aspiro. Nos quedamos callados, mudos, unos segundos, como si volviéramos aún de confesar y hubiésemos abandonado para siempre la penumbra del alma en el confesionario. El cuñado de Rafael, Juan, se levanta y pregunta si me apetece beber vino o un botellín fresquito de cerveza. Le digo que no, que debo conducir y hay varios kilómetros desde Pedroche hasta mi pueblo. Insiste de nuevo, amablemente, en invitarme; pero, luego, al final, se acaba resignando ante mi negativa insoslayable y se aleja un instante para regresar muy pronto, a los pocos segundos, con un par de cervezas: una la toma él, la otra, el cuñado.

Rafael echa un trago despacio, ensimismado en algún recuerdo tal vez, cierra los ojos, y se concentra en la luz de la cerveza que va penetrando en su alma lentamente, como una frágil luciérnaga por su esófago, tras haber despertado en sus papilas gustativas sensaciones perdidas, sabores derruidos en la taberna azul de la memoria: el recuerdo, quizá, de aquella cerveza que bebió por primera vez cuando era un chavalín en la boda de algún familiar o de un vecino. No existe ninguna palabra que defina lo que siento mientras contemplo al jardinero hundido en el tiempo, en un lago de nostalgias. Sé que

quiere contarme algo. Y cuando lo hace presenta ante mí un fragmento de su vida con la sencillez aplastante del muchacho que recuerda algo dulce en mitad de un velatorio, donde la gente dialoga y cuchichea, a pocos metros del muerto, en un pasillo, ajena al dolor de los familiares:

—Mi madre tenía muchísima paciencia pa cuidar de sus cinco hijos —exclama enfático, aguzando la voz en las palabras que pronuncia, inundando la estancia de hojas de sigilo—. Llevar la vida en un chozo no era fácil. Pasábamos allí to el tiempo y veníamos al pueblo poquísimas veces, a lo sumo tres al año. Además hacíamos el viaje siempre en burra. Y lo más malo de to, es que, aunque quisiéramos, no podíamos acercarnos ni un solo día a la escuela. Mi padre se las apañaba toas las noches pa enseñarnos a leer en el chozo, y ponía muestras pa que de esa manera aprendiéramos a escribir. Él tenía mucho interés en que tos aprendiéramos. No quería que sus hijos fuesen analfabetos. Y nos dedicaba to el tiempo que podía. Nos enseñaba los números en un cuaderno y pa leer nos daba una cartilla de aquellas antiguas que había en los colegios. A mí me gustaba aprender, como a mis hermanos. Más de una vez me acuerdo de esas noches y recuerdo a mi padre con un hondo respeto.

***

Leer en el libro de la Naturaleza, aprender el murmullo del aire entre los olmos, sostener la niebla del monte en la mañana sin que la tristeza cuaje en las pupilas eran algunas lecciones prodigiosas que los zagalillos aprendían diariamente en mitad de los campos sin necesidad de escuela. Sin embargo, por lógica, esto era insuficiente para defenderse dentro de una sociedad donde ya, por entonces, había que saber leer, y sumar y restar para sobrevivir y no ser tratado de inútil o analfabeto. Había que tener unos mínimos estudios para luego gozar de un trabajo digno. Había que estudiar para no morir de hambre en un ambiente social competitivo donde, por entonces, había clases diferentes.

Rafael lo entendió muy pronto por fortuna y, cuando dejó la finca El Fontanar, donde había encontrado un pequeño paraíso, sabía que iba a tener oportunidad de ir al fin al colegio con niños de su edad que poco después se harían sus amigos y compañeros, también, de travesuras. Las lecturas en el chozo al final dieron su fruto: cuando el niño-pastor entró en la escuela de su pueblo, ya sabía leer, escribir y entendía de cuentas. A su lado, su hermana también lo había aprendido, aunque su aprendizaje fue más complicado, debido al ambiente de una sociedad machista donde a la mujer le prohibían la

cultura.

—Mi padre era bueno y quería lo mejor pa tos sus hijos —relata Josefa, abriendo una herida en el silencio—. Enseñó a leer en el chozo a tos mis hermanos. Pero no le gustaba mucho que yo aprendiera, porque, como él decía, era mujer y no me iba a hacer mucha falta en toa mi vida que supiese leer y escribir. Así pensaba. De toas las maneras, no fui capaz de resistirme y aprendí a leer fijándome en mis hermanos. La vida era sí, y no guardo rencor. Era la mentalidad de aquellos años, porque mi padre conmigo era buenísimo y to le parecía poco pa su niña. Mi padre era buena persona. Ya ves si lo era que, además de a sus hijos, enseñó a leer a un zagalejo que no tenía, el pobrecillo, ni una chica. Me acuerdo que toas las noches venía al chozo y mi padre se dedicaba a darle clases. Toavía cuando nos ve nos da las gracias, y aunque ha pasao mucho tiempo no lo olvida.

Manuela Moreno escucha atentísima a su hija y apostilla lo que ésta dice sin ambages. Según testimonios, Alfonso fue un pastor y padre ejemplar; y además hizo de maestro en un chozo pequeño, más humilde que una escuela. Yo que tuve la suerte, al final, de conocerlo durante los últimos años de su vida, aprendí junto a él canciones de trilla de hace siglos y varias jotillas típicas de la zona. Recuerdo que las sabía entonar muy bien con un timbre de voz que a mí me emocionaba. Además, era también por otro lado un lector avezado de relatos y novelas, algo que hoy me confirma su mujer, quien se emociona al hablarme del asunto.

—Mi hombre —dice Manuela— leía mu bien, y muchísimas noches nos entretenía en el chozo leyéndonos algunos trocillos de novelas. Me acuerdo de algunos títulos toavía. Nos leyó, por ejemplo, «Genoveva de Brabante», «Juan León», «Marieta», «El soldao desconocido»... Mi marío le sabía dar su entonación a toas las historias y cuentos que leía, y había muchas veces que me emocionaba tanto que terminaba llorando. Eso pasaba. Teníamos un vecino que se acercaba de otro chozo porque le encantaba oír esas lecturas, y me acuerdo que, mientras leía mi marío, él le solía alumbrar con un candil y se emocionaba muchísimo escuchándolo, hasta que se le saltaba alguna lágrima y, entonces, no le gustaba que lo viéramos. A veces, pa disimular que lagrimeaba, nos decía que los que salían en aquel libro parecían tontos perdíos de tan buenos y que él no podía entender cómo sufrían de aquella manera. Pero él bien que lloraba. Vaya que sí lloraba el pobrecillo. No le valía de na disimular. Mi hombre nos emocionaba, como digo, leyendo esos libros con mucho desparpajo. Más de una vez suelo acordarme de eso y ca vez que lo hago vuelvo a emocionarme.

***

En los chozos de los pastores por entonces solía ser común que convivieran en armonía personas de generaciones diferentes. Una regla fundamental que había en el clan era la de respetar a los mayores, a los abuelos y abuelas de la familia, a quienes se les trataba con cariño, con mucha delicadeza y gran respeto. El consejo del viejo, como entonces se decía, era muy tomado en cuenta por los jóvenes. Se le dejaba en el plato el mejor bocado, y, a la mesa, se le ofrecía el puesto más cómodo. Genéticamente, de generación en generación, se venía transmitiendo el respeto a los ancianos, y era para los pastores algo irrenunciable: quien no atendía a sus abuelos era mal visto, y solía ser tachado de ruin y de perverso. Los ancianos representaban allí, en el chozo, la sabiduría, la voz de la experiencia. Y los demás debían respetarlos.

—En nuestro chozo había muchas temporás —dice Josefa— que vivíamos con los abuelos. A mis hermanos y a mí nos agradaba que vinieran a quedarse con nosotros, pues los queríamos y les guardábamos respeto. En cambio, hoy no se respeta a los mayores y, encima, se les maltrata muchas veces. Antes no tenían paga, ni pensión, y, sin embargo, mirábamos por ellos. Hoy a muchos

abuelos los meten en el asilo. El amor y el cariño de entonces ya no existe. Me acuerdo mu bien de cuando aparecía mi abuelo por el camino del pueblo subío en la burra, y a mí, na más verlo, se me alegraban las pajarillas. Tos salíamos corriendo a por él pa darle abrazos. Luego de estar una temporá en el chozo sufríamos un disgusto ca vez que se marchaba. La verdad es que lo queríamos muchísimo y cuando se iba pal pueblo lo sentíamos.

Le pregunto a Josefa por qué quería a su abuelo tanto y si recibía de él algún regalo por el que mereciera aquel amor tan grande. Y se queda azorada. No esperaba mi pregunta.

—¡Ni mis hermanos ni yo —responde seria— queríamos a nuestro abuelo por interés! Mi abuelo era pobre, pero era mu agradable y nos quería muchísimo a los nietos. No era necesario que hiciera algún regalo. Nosotros lo queríamos tal como era. Con mis otros abuelos también pasaba igual. Las temporás que estaban con nosotros, nos peleábamos tos por dormir con ellos. A mí me gustaba dormir junto a mi abuelo, porque me contaba cuentos y leyendas. Yo era, por entoces, una niña mu chiquita. Y al escucharlo enseguía me embobaba. Después, me quedaba dormía al laíto suyo y, al día siguiente, el abuelo me decía que había estao en la cama toa la noche

hecha un ovillo, y yo le decía que era del frío que pasaba, porque entonces en los chozos solía colarse el aire cuando apretaba el invierno. Y era duro, más de lo que parece. Sin embargo, aunque hacía mucho frío, al final lo soportábamos. Dormir con mi abuelo era una delicia, una experiencia bonita, inolvidable.

El sabor del erizo

La conversación discurre mansamente. Aquí, en esta casa, las voces son caminos, piedras de luz, guijarros de un arroyo que, a medida que fluye y discurre por el tiempo, nos une cada vez más purificándonos.

Sigue hablando Josefa aún de su niñez y de lo feliz que fue junto a sus abuelos, y, mientras lo hace, un aire añil entra en mi alma levantando una íntima bóveda de imágenes bajo las que me guarezco unos segundos. Un frío subterráneo va escalando por mis venas. De repente, me aíslo de la conversación y centro mi vista de nuevo en el fulgor del campanario hercúleo de Pedroche donde aún, a esta hora, crotoran las cigüeñas rodeadas de oscuras palomas y estorninos que giran en torno a la torre como espectros. Permanezco así, concentrado, unos instantes. La voz de Manuela rasga mi ensimismamiento y me agarro al fresco rumor de sus palabras que, ahora, inundan la estancia con el vapor de los pucheros y el olor del aceite chispeando en la sartén pocos minutos antes de la cena.

—El frío del invierno lo combatíamos con candelas. La leña de jara —dice— olía mu bien, sobre to cuando yo preparaba cualquier guiso y subía el jumillo despacio de las ascuas. Mi marío y mis hijos no eran ninguno delicao. Y comíamos de to, que hasta me atreví una vez, aunque no te lo puedas creer, con los erizos —enmudece y se queda mirándome un instante, esperando, quizá, observar entre mis pupilas, hundido en su fondo, un halo de sorpresa—. Los erizos tienen también, aunque te soprenda, su cachillo bocao. Los probé de jovencilla. Los cogía, primero, y los echaba en la candela pa que se tostarán bien y se fueran abriendo. Después de un ratillo, los sacaba y los raspaba con una navaja deprisa, antes que se enfriasen, pa quitarles de esa manera toas las pugas. Luego, enseguía los abría con la navaja y, después de limpiarlos, los echaba en la sartén, y allí los tenía friendo unos minutos hasta que la carne estaba churrusquita. A mí me gustaba mucho la corteza, que, si estaba bien frita, se parecía a la de un lechón. La carne, aunque no estaba mal, no era tan fina como la del cochino; eso es verdad. Tenía otro sabor y era algo correosa. Había que saberla aliñar pa darle el punto; pero si lo lograbas estaba extraordinaria. Dependía de los aliños que le echases.

Se me revuelven los jugos del estómago al imaginarme el cuerpo del erizo abriéndose como un libro entre las ascuas. Me llega el olor de la carne chamuscada, la imagen brutal de la bola amarillenta, el sobrio escudo de pinchos doblegándose ante el fragor vivísimo del

fuego. Veo las frágiles púas, ya carbonizadas, abandonando la piel quemada, exánime, y después la carne rosada y los tripajos exhalando un vapor verdoso y vomitivo. Me vienen arcadas sólo de pensarlo. Pero logro, al final, recrearme en otra imagen bastante más grata que la del erizo: la de los lagartos bellísimos, ocelados, que, ahora, nombra Manuela con un litúrgico fervor, como si tocara su voz la piel tan suave del saurio tendido al sol del mediodía, dejando una nota esmeralda en la pared de cualquier camino olvidado y polvoriento.

Manuela evoca el sabor de los lagartos con una delectación casi sublime, con la nostalgia feliz de quien retiene el fulgor de un crepúsculo en las papilas gustativas, componiendo en su lengua una sinestesia antigua, una fusión de olores y de sonidos que acaban siendo lamidos por la luz del atardecer, detrás del horizonte, donde se borran todos los caminos y se difuminan todas las veredas.

—En aquellos años comíamos cosas raras, cosas que hoy no se comen —me confiesa la humilde pastora, como si se arrepintiese de la confidencia que va a comunicarme—. A muchísima gente le parecerá mentira, sobre to a los más jóvenes, que además de los lagartos había quien también se comía las culebras, incluso otros bichos más o menos del estilo. Pero yo sólo me atreví con los lagartos. Por aquí, en Pedroche, los lagartos se comían cuando yo era más joven, y se les buscaba mucho. Su carne era fina, parecía a la de la pescada. Lo primero que hacías era sollarlo y limpiarlo despacito. Luego lo hacías rodajas y lo adobabas con unos ajillos y un poco de vinagre. Preparándolos bien tenían un sabor mu bueno, mu parecío a las ancas de las ranas. La carne de los lagartos era finísima.

***

Después de sus confesiones culinarias, Manuela hace un giro en su conversación, y, envolviendo su voz en un tono cristalino, la tiende hacia el norte, para que gorjee y planee, como si fuera un minúsculo pinzón, entre las encinas del viejo Fontanar, donde un chozo fantasma sigue hundido en el silencio. Entre las ruinas azules de aquel chozo, emerge un muchacho menudo, vivaracho, y empieza a buscar collejas y criadillas, diversas hierbas silvestres, setas, espárragos, que acercará luego al regazo de su madre para preparar una cena suculenta. Ese muchacho, hoy hombre, es Rafael, que relata sus largos paseos por el campo en busca de hierbas, frutos o pajarillos, sin temerle a la lluvia, al frío o a la canícula.

—En el campo nunca faltaba la comía, sobre to en primavera —me confiesa el jardinero, el niño-pastor cargado de nostalgias—. Había

que saber las cosas pa no confundirse; por ejemplo, las setas yo nunca las cogía; aunque por otros laos sí se las comen. Pero las criadillas sí que las buscaba. Mi madre ha sío siempre mu buena cocinera y las criadillas las preparaba con arroz; estaban de rechupete, sabrosísimas. También sabía preparar mu bien, y lo hacía como nadie, las albóndigas de liebre. Le daba a ese guiso un punto extraordinario. No he probao otro bocao tan rico como aquél, cuando estaba en el chozo. El sabor no se me olvida.

Le pregunto por otros platos que preparase su madre con acierto y Rafael me habla de las gachas, otra comida genuina de Pedroche (a los pedrocheños les llaman los gacheros) que Manuela Moreno cocinaba en el otoño, en torno al Día de los Santos o los Difuntos, como es la costumbre en los pueblos de la zona. Finalmente evoca los pájaros fritos y su sabor crujiente, delicado, que el jardinero tanto echa de menos, pues hoy está perseguido cazar pájaros con cepos, trampas o «escopetas de plomillos», técnicas muy utilizadas por entonces por casi todos los chicos de la zona.

—A mí me guirraba comer pájaros fritos —dice Rafael—, sobre to los churruscosos. El pájaro frito es un plato extraordinario. Cuando yo era un chaval cogía muchos con los cepos. Pero también los cazaba con la losa, que preparaba poniendo una losilla, o una piedra lisita, incliná sobre la tierra. La losa se sujetaba con palitos, y uno de ellos, el más fuerte, iba hasta el murillo. Luego se echaba comida pa los pájaros, unos granillos de trigo esparramaos debajito la losa, con el fin de que entrara el pájaro y tropezara enseguía en los palitroques. Y apenas tocara el pájaro un palito la losa se le caía y lo aplastuchaba. Y eso no fallaba nunca, ni una vez, que así cacé yo muchísimas cujás, y también triguerillos, pinzanas, hasta perdices. Con la losa, ya digo, jamás faltaba carne. También es verdad que entoces había más pájaros. Yo veía a diario herrerillos, cavaones, trigueros y cujás, mirlos, abejarucos... Hoy en estos contornos es difícil ver un pájaro y to está silencioso, más triste que un entierro.

Los pájaros vuelan en la voz de Rafael que se emociona evocando aquellos días, cuando, junto a su padre, ponía losas en lugares secretos y umbríos de la finca. Uno se imagina al niño hoy jardinero colocando las trampas, las losas y los cepos, o cazando pinzanas y trigueros con el tirachinas dentro de una mañana intemporal donde cruje la luz bendita de un invierno recién desembarazado de la niebla. No cuesta volar con la imaginación para llegar hasta allí y estar tranquilo a la puerta del chozo esperando a Rafael, que baja del cerro aromado de tomillo, envuelto por el rumor de las esquilas y el silbo de las avefrías arrecidas bordando el cielo naranja de diciembre. Ahí en esa imagen

limpia, cristalina, de las avefrías sobrevolando el cielo de una infancia insepulta, amarro el resplandor, la luz que supura el sol de mi nostalgia, mientras el techo del tiempo cae en mi espíritu y todo se nubla en mi derredor.

***

Salgo feliz de la casa de Josefa, la hermana de Rafael. Ya ha anochecido. Al despedirme de ellos (de Manuela, de Rafael, de Josefa y su marido), siento una hilera de hormigas recorriendo los caminos de mi alma que llevan hacia aquel tiempo. De soslayo observo un instante a Rafael y veo en sus facciones el halo de aquel niño que antaño se despidió del Fontanar con una opresión de musgo en las entrañas. Ahora la noche se ha echado sobre el pueblo como una cálida bolsa de alquitrán con tintes violáceos en sus bordes de penumbra. No veo a nadie en la calle: Pedroche está meditabundo, rodeado por la soledad de las encinas y por el frescor rotundo de los huertos que, apacibles, se tienden a un lado de las casas. Paso junto al campanario en mi automóvil, y mi vista, ingrávida, asciende hasta la cúspide de la torre arropada en un bol de turmalina. En el aire de luto aún chillan los vencejos.

Con la luna en los ojos, regreso hacia mi casa, recordando otro mundo que el tiempo ha devastado. No queda ni un rastro siquiera de aquel tren que anunciaba el almuerzo feliz de los pastores. Una capa de niebla, densa como el barro, se tiende en el encinar de la memoria borrando el chaparro de las bellotas más azules. Sostengo, ahora mismo, esa niebla en mi interior para solidarizarme con la pena, con la escasez cerril y el aislamiento que la familia de Rafael Arroyo hubo de soportar en aquellos años. Si cierro los ojos, escuchó el borbotear de un puchero encendido, flotando entre las ascuas desconsoladas y grises de diciembre. Estoy dentro de un chozo. Fuera silba el frío, mientras dentro de mí aún sigue lloviendo.

CAPÍTULO II. LAS ESQUILAS DEL ALMA

El Quinto del Alambrao

La luz, tan azul, cae sobre el camino y reverbera apacible en las paredes. De Villanueva del Duque a la Tierra Abajo no hay más de un par de kilómetros. El paisaje, un hojaldre de paz, se va ondulando suavemente en un horizonte tibio, anaranjado, donde se conjugan encinas y retamas. Fuente la Lancha se ve en la lejanía como una línea blanca de silencio: el pueblo se tiende donde el sol se hace de ópalo (en una colina cercana a un bosque de álamos) hasta desvanecerse en la piel ocre de un puñado gaseoso de tejados y corralillos. Una red de caminos, veredas y senderos se entrecruzan de norte a sur con armonía y reptan, algunos, paralelos a la carretera que sale del pueblo y va a Hinojosa del Duque. Por esa red de veredas y caminillos, hace ya muchos años cruzaban los pastores subidos en sus borriquillas, o en sus bicicletas, camino de la majada. En la Tierra Abajo había numerosas fincas con rebaños de centenares de ovejas, cabras y chivos. Eran tiempos de chozos y esquilas soñolientas vibrando en la piel ya morada del crepúsculo. Hoy los pastores son pocos, y viajan en coche. Los caminos de antaño eran más blancos que los de hoy.

Esta mañana el aire es tan azul que uno siente el color del cielo en los pulmones. Cruzo el cerro los Pozos; paso al pie del huertecillo de mi buen amigo Antonio «Barberucho», un esquilador errático de ovejas que tiene dormida la luz bajo sus párpados y un millar de recuerdos paciendo en sus pupilas. Barberucho sabe de lana y de esquileo. Se encuentra sólo a unos metros del camino, oculto en las sombras gentiles de la huerta. Quizá en unos minutos regrese a hablar con él. Ahora, sin embargo, sigo hacia delante. Cruzo la carretera de Fuente la Lancha, y el camino se hace más curvo y pedregoso. A un lado y a otro, surgen alondras y abubillas. Las paredes, antaño encendidas de luciérnagas en los lentos anocheceres del verano, ahora están derrumbadas entre la maleza y ya ni siquiera se posa en los peñascos el delicado musgo de otro tiempo. Miro la lejanía y entra en mi alma un burbujeo de anécdotas felices que, en este instante, me cercan y aprisionan. Por este viejo camino, cuando niño, crucé muchas veces con Paco y con Bibiana, bajo el delicado temblor del novilunio, tras haber cerrado el rebaño en la majada. Intento alejar de mí viejas imágenes de una dulzura imposible de explicar, pero la nostalgia es fuerte y traicionera. Ahora siento sus garras de fuego en mi interior y me quema los ojos el aire de cristal que atraviesa al oeste la huerta de Juanabuela y busca refugio en los Chopos del Maestro.

Paso a sólo unos metros de la vaqueriza de Digno Sánchez, del que ya hablé en mi libro El viento derruido, y dos perros mastines

salen ladrando a recibirme; pero no me detengo, sigo el camino polvoriento que se sigue estrechando aún más. Por el retrovisor veo que los perros dejan de perseguirme y regresan a la vaqueriza de su dueño. Al lado derecho, se abre un huerto pudoroso que consuela en esta mañana azul de mayo sobre la que fermentan las calandrias suspendidas en el cielo como frágiles pavesas. A quinientos metros o así del huertecillo, encuentro un rebaño que corre turbulento en dirección sur, donde se alza una alambrada que detiene un instante el sonámbulo tropel de las ovejas nerviosas. Yo aprovecho para bajar del coche recreándome en el paisaje que tengo en torno a mí. El aire se inunda con el sonido cristalino de las muchas cencerras y esquilas del rebaño. La luz corre de puntillas entre las zarzas como una liebre invisible, acariciando el alma lenta y quebrada de los cerros mordidos a esta hora por una languidez que empapa el espíritu de quien los contempla.

***

Mientras recreo la vista alrededor —queda a un tiro de piedra la hermosa alameda del Lanchar—, veo avanzar hacia mí una silueta entre las sombras; a su lado, viene un perrucho desgarbado que, hace apenas un minuto, perseguía a las ovejas con una tenacidad insobornable. Me acerco hasta la alambrada y, en seguida, llega un pastor muy amable, y me saluda. Es un hombre menudo, ágil, magro en carnes, que tiene una voz de mimbre, suave, dúctil. Nos sentamos al socaire de un chaparro juvenil, junto a una pared ya casi derrumbada. El sol zumba en lo alto como un tábano azulenco. El pastor se presenta, se llama Doroteo, y al instante comienza a hablarme de su oficio.

—Desde que yo me recuerdo, siendo un crío, siempre estao cuidando ganao —me asegura—. A mí me han gustao, y me gustan, los animales, y he cuidao además de borregas, vacas y cochinos. Desde mu chiquinino estuve viviendo junto a un chozo. Nací en el año 1947 y he pasao muchas penas; soy el mayor de cinco hermanos. Mi Paco nació en el chozo, los otros no. Pero yo estuve siempre al cuidao de mis hermanillos. Tuve que hacerme hombre antes de tiempo. A los seis añillos ya estaba trabajando y corriendo detrás del ganao por esos montes.

Habla como si tuviera niebla dentro y en cada palabra que dice la expulsara. Queda en su voz una antigua claridad que se te adentra en las vísceras y te asombra. Sentado bajo el chaparrillo, junto a mí, tiende la vista hacia el sur, donde se eleva en la luz matinal la línea de la dehesa: una cinta de plomo en el líquido horizonte. Al rato, me

mira tranquilo, sonriéndome, como si no conociera la amargura y en su alma anidasen pájaros de viento con las alas cosidas por una luz de plata.

—Mi vida de niño fue dura, la verdad. Viví en un chozo hasta que cumplí dieciocho años —habla sin almacenar ningún rencor, bordeando la niebla que flota en su memoria—. Pasé muchos días y muchísimas noches en esos campos, y eso hay que vivirlo pa saber lo que se siente. Cambiamos de finca y de amo muchas veces. Y a tos los sitios que íbamos hacíamos el chozo. Así, como digo, hasta que cumplí dieciocho años y empecé ya a venir al pueblo de vez en cuando. Mis padres compraron una casa en Villanueva, donde vive mi hermana Mari, y, con ti y con eso, aunque viniera unos días a Villanueva, era rara la noche que me quedaba a dormir en casa. Había que hacer en el campo muchas cosas y casi toas las noches volvía al chozo. Esa era mi vida entoces. Es lo que había, y aunque fuese mu duro me tuve que adaptar.

El camino que cruza la Tierra Abajo desemboca en la carretera frágil, ya agrietada, que lleva de Fuente la Lancha a Villaralto. Junto a él se bifurcan otros senderos y veredillas de arena muy blanca, casi cristalina, cálida como el zureo de las tórtolas que alegraban las siestas antiguas de estos pagos, más habitados hoy que en otro tiempo (hay varios chalets y casitas por doquier), aunque más despojados también de la alegría que, paradójicamente, tenían antes. Muy cerca de aquí, donde estoy sentado ahora pegando la hebra con Doroteo el pastor, estaba el antiguo chozo de Rafael Torrico (un buen amigo de Paco y de Bibiana) donde, más de una vez, me adentré cuando era niño durante la siesta para saborear las sombras y la humedad que había en el habitáculo. Recuerdo las cerbatanas de la luz penetrando en el chozo por las rendijas de la puerta y la ternura ocre de los cántaros amortiguando el zarpazo visceral de la canícula bajo la techumbre hecha de paja y palos de retama.

Hablo de un lejanísimo verano incrustado a mitad de la década de los 60. Hoy evoco el perfil bucólico, candeal, de aquel cielo que aún duerme en los pasillos de mi sangre. Coincidiendo en el tiempo, no lejos de este sitio, Doroteo cuidaba un rebaño en la dehesa y todas las noches, hiciera frío o calor, se quedaba a dormir en el chozo. Así era entonces. Él habla, no obstante, de aquellos días difíciles en un tono feliz y alegre, sin quejarse.

—Mi hermano José, mi hermano Ignacio y yo nacimos en el pueblo —dice satisfecho—; sin embargo, mi hermano Paco fue a nacer, por casualidad, en el Quinto el Alambrao. Yo me acuerdo

claritamente cómo fue, porque aquel mismo día por la mañana, tempranito, yo estaba en la sierra cuidando del ganao, acompañando a mi padre y mis hermanos. Lo curioso de to es que mi madre se encontraba ese día en el pueblo y se le ocurrió acercarse, sin decir nada a nadie, a vernos al Quinto el Alambrao, porque habíamos acercao las ovejas de la sierra. Y fue estando allí cuando le vino el apretón. Así que, al final, dio a luz dentro del chozo. Y mi padre, el pobre, tuvo que atenderla. Luego ya al otro día, por la mañana mu temprano, vino de Villanueva una hermanastra de mi padre y se puso a ayudar a mi madre en cuanto pudo. Y apenas unas horas después de haber dao a luz, se vinieron pal pueblo con mi madre y mi hermanillo.

Al escuchar esta historia me conmuevo y me viene a la mente la imagen de unos versos que leí hace tiempo, más de cuatro décadas, cuando empezó a interesarme la poesía. Me refiero al poema titulado La nacencia, del escritor pacense Luis Chamizo: un poeta nacido en Guareña, Badajoz, cuya obra está escrita en una especie de dialecto que, antaño, se hablaba en la recia Extremadura:

No cantaban las ranas,

los grillos no cantaban a lo lejos,

las bocanás del aire s,aplacaron,

s,asomaron la luna y el lucero,

no llegaba, roando, de las sierras

el dolondón de los cencerros...

¡Daba tanta quietú mucha congoja!

¡Daba yo no sé qué tanto silencio!

Y a la lus de la luna eran sus ojos

más grandes y más negros.

Yo sentí que los míos chorreaban

lagrimones de fuego.

Venía clareando,

s,oían a lo lejos

las risotás de los pastores

y el dolondón de los cencerros.

He evocado el genuino poema de Chamizo, mientras Doroteo narraba otra «nacencia», la de su hermano Paquillo en la humildad de un chozo ubicado en la finca El Quinto del Alambrao. No fue el único caso de un niño que nació en un chozo: no era infrecuente este hecho en la posguerra. Esto viene a certificar la sobriedad de una vida humildísima sufrida a la intemperie. Doroteo relata el final de aquella historia con la voz encendida por el sol de los rastrojos, ese sol que ahora lima el verdor que hay en los campos dejando en mi alma un lumínico sosiego.

—Y allí nos quedamos en el chozo los tres solos —prosigue el pastor su enternecedor relato—, mis dos hermanillos y yo. ¡Parece increíble! Yo tenía siete añillos y mis hermanos toavía menos. Me quedé al cuidao del rebaño y de ellos dos, temblandito asustao, hasta que volvió mi padre y, al fin, me vi más tranquilo. Pasé miedo. Por eso no puedo olvidarme de aquel día, de cuando nació en el chozo mi hermanillo. Hay que vivir las cosas pa sentirlas y poderlas entender mejor. Es lo que opino. La vida era entonces dura y traicionera.

Me tiemblan las manos, los ojos, el corazón. No tengo derecho a estar frente a este hombre que ha vivido el dolor, la escasez, la soledad, con tanta serenidad y resignación. Es hermoso sentir a mi lado esta honradez, esta bonhomía gentil que me conmueve.

Sentado bajo el azul de la mañana, casi en el límite ya del mediodía, Doroteo parece una bíblica silueta bañada por el murmullo angelical de las cogujadas que cruzan la dehesa encendiendo la brisa con sus alas de oro y muérdago. Él habla de la pobreza y, cuando lo hace, crepitan mil sinestesias en sus palabras. Los sonidos del campo y los aromas se confunden, y, en torno a mí, el día es una lámina de ónices fundidos con las esmeraldas de los cerros, donde el encinar llora y se hace espuma, requesón con miel, labio de silencio. Doroteo respira en la serenidad, me mira de un modo lento, persuasivo, como si sus ojos apenas me rozasen, y vuelve a esconderse enseguida en su memoria.

—Mi madre —me dice— preparaba la comida en el centro del chozo haciendo una candela. Lo que más comíamos de to era las patatas, pero, otras veces también, había habichuelas, garbanzos, y algo de arroz. De ahí no salíamos. Ya metíos en primavera, cogíamos collejas y romazas, también muchos espárragos, y con eso mi madre

hacía mu buenas cenas. Casi siempre los preparaba en una tortilla. Muchas veces también tirábamos de caza; en el Quinto del Alambrao había muchas perdices. Los níos de perdiz con catorce o quince huevos, si es que te los encontrabas, iban palante, porque con la nidá hacías la tortilla. El campo era, por entonces, una despensa.

La abuela ciega

A la orilla del sol van desperezándose unas nubes: lánguidas, desflecadas, casi níveas. Doroteo mira el reloj: son ya las doce. Comenta que hemos quedado con Barberucho para hablar, junto a él, del esquileo de las ovejas. Le digo que aún queda tiempo por delante para comentar ese tema y otros muchos. El pastor se relaja y prosigue de inmediato la conversación recién interrumpida. Habla con mucha fluidez (es de verbo fácil), y comienza a narrarme una anécdota curiosa que le sucedió cuando era aún muy pequeño, tanto que ya lo recuerda vagamente, aunque sus padres siempre le dijeron que lo que empieza a contarme fue verdad, un hecho con un desenlace positivo que, no obstante, me dice, pudo resultar dramático. Al revivirlo vuelve a estremecerse.

—El caso ocurrió antes de irnos del Quesar a cuidar las ovejas al Quinto el Alambrao —me explica con emoción, casi con gozo, como el que logra escapar de un bombardeo y salva el pellejo en el último minuto—. En el Quesar estuvimos algunos años, cuando yo era mu chico. A mí me llevaron ahí recién nacío y, cuidando de mí, dejaron a mi abuela ciega. Yo, claro está, de eso no me acuerdo, pero sí que me acuerdo que decían después mis padres que yo, por entoces, era mu desinquieto. De forma que, por lo visto, un día de aquellos, cuando yo ni siquiera tendría los tres años, cogí y me escapé del chozo despacito, sin que mi abuela ciega se enterase. La pobre, como te digo, no veía y se guíaba sólo por los ruidos. Mi padre andaba cuidando del ganao y mi madre ese día había salío a cocer un pan a la casa de Flores, donde había entonces un horno. De forma que, como te he dicho hace un momento, conseguí despistar a mi abuela y me acerqué llevando en la mano un vasillo de latón a un corralillo que había cerca del chozo pa ordeñar a la mastina, que estaba con perrillos, y, según mi padre, tenía mu malas pulgas. El caso fue que me puse al laíto suyo, a los pies de la perra, pegaíto a sus perrillos, y, por lo visto, ella no hacía na, con lo mala y arisca que era la joía. Mientras tanto, mi abuela me buscaba por to el chozo y me llamaba asustá pa que acudiera. Y cuando mi madre llegó y le preguntó que yo dónde estaba, ella comenzó a llorar y nerviosas las dos salieron a buscarme por toas partes, hasta que me vieron al pie de la mastina, con el latoncillo puesto pa ordeñarla. Na más ver a las dos, la perra enseguía se levantó y se puso furiosa. Empezó a ladrarles fuerte, y no las dejaba que se acercasen ni un milímetro. El animal me tomó como a su hijo y mi madre corrió en busca de mi padre. Y cuando él me pudo sacar por fin de allí, con muchísimos apuros, habían pasao unas horas. Según comentaba mi madre, fue un milagro que la perra al final, siendo tan

arisca, no me hubiera tocao siquiera un solo pelo. Mi padre decía que aquello era increíble, pues lo más normal es que me hubiera destrozao. Y aunque a mí los perruchos siempre se me dieron bien y nunca he tenío con ellos ni un percance, hoy estoy convencío de que aquello fue un milagro.

Cuando acaba de hablar el pastor, Emi, su perra, a unos pasos de mí, empieza a ladrar con suavidad, como si estuviera pidiéndole a su dueño que relate de ella también alguna hazaña; Emi, con una mirada pizpireta, no se tiene por menos que la mastina del relato. Doroteo, no obstante, me sigue hablando de su abuela, una viejecita ciega y enlutada que, según me comenta, andaba a tientas por el chozo guiándose por los ruidos y los murmullos que, en su derredor, iban produciéndose.

—Mi abuela era una mujer extraordinaria. Me acuerdo ahora de ella como si la estuviera viendo —confiesa el pastor en un tono emocionado—. Cuando se murió, yo la sentí muchísimo. Yo era entoces mu chico, no tenía ni siete años y trabajaba ya de zagalillo, ayudando a mi padre en to lo que podía. Nunca podré olvidarme de mi abuela. Ca vez que volvía yo al chozo y la veía sentaíta en su banco sentía felicidad. Después de morirse la eché mucho de menos. Algunas veces, me acuerdo de su gato, un animalillo que ella domesticó y que estaba siempre a su lao como un perrillo. El gato, el jodío, era fino y sabía mucho. Ya ves tú si sabría que, cuando íbamos a almorzar, siempre se le subía a la abuela al hombro y, cuanto le gustaría la comida, que ca vez que iba ella a llevarse a la boca la cuchara, el puta del gato alargaba la pata con astucia y dejaba a la vieja con la cuchara limpia. Así que mi abuela, por culpa del gatito, cuando estaba comiendo perdía muchos bocaos. Y lo malo es que se enfadaba con mi padre si le reñía al gato, porque lo quería muchísimo. Así que mi padre, viendo la situación, un día lo cogió sin que ella lo notase y no sé lo que hizo, pero lo quitó de en medio. Luego, cuando la abuela se enteró se llevó un berrinche mu grande, exagerao, hasta que lo aceptó y fue acostumbrándose, aunque le llevó tiempo, a vivir sin su mascota. Aquel animal era listo el mu cabrito. Relataba mi padre que ca vez que cambiábamos el chozo y llevábamos tos los arruches pa otro sitio, el gato desaparecía de momento y no volvía a aparecer durante un tiempo hasta que, al fin, veía el chozo alzao de nuevo. Era un gato mu fino y sabía más que el hambre. Además, fue un amigo estupendo de mi abuela, y sólo por eso merece recordarlo.

Los recuerdos se cruzan como veloces golondrinas en este cielo de junio blando y límpido. El campo, en estos instantes, es una metáfora encendida de espigas y chopos incandescentes: las abubillas tejen la

armonía de su canto aflautado movidas por el celo y las retamas se mueven despeinadas por el aire afrutado que cruza el mediodía como una caricia de oro y terciopelo. Doroteo habla de chozos y de majadas, en un tono hipnótico que acaba seduciéndome. Al final buceo en el turbión de sus palabras intentando encontrar los días del sigilo, las memorables tardes del estío con los ojos lavados por la luz de la costumbre.

—Mi padre era quien preparaba siempre el chozo

—relata el pastor—. Lo que hacía primerito, ya al final de la primavera, era segar juncias. Después, las ponía en remojo, y, luego de esto, las iba trenzando unas con otras despacito haciendo una soga de cuatro o cinco metros. El paso siguiente era ir a segar juncos y, al mismo tiempo, paja de centeno de un metro de alta, con la que techar el chozo. También había que buscar palos de encina que tuvieran un poquillo de comba pa que así pudieran encajar los palos unos con otros. Luego los que eran más largos y combeaos con mucho cuidao y paciencia había que unirlos a un palo larguero pa ir haciendo así la bóveda. Los palos más finos se entretejían entre los gordos haciendo un anillo. Luego se cosían las pajas con los juncos pa que tuviera el chozo consistencia, hasta que éste quedaba techao estupendamente, como si tuviera con tejas. Así la lluvia que fuese cayendo se escurría por la paja. Lo último que se hacía de toas las cosas era una reguera alrededor del chozo pa que, al llover, toa el agua que cayera empezara a correr y nunca se estancase.

Le pregunto al pastor cuánto llevaba construir, cada vez que cambiaban de sitio, un nuevo chozo (En la zona de los Pedroches, según el lugar, los chozos se hacían de múltiples maneras, aunque la construcción fuese parecida). A pesar de la cercanía de los pueblos (la comarca de los Pedroches no es muy grande), en cada rincón mantenían sus costumbres. Por ejemplo, en Pedroche, según me dijo Rafa Arroyo, los chozos se hacían de otra forma que en Añora, o que en mi pueblo natal, sin ir más lejos.

—Yo no sé mu bien las costumbres de otros sitios

—apunta con desenvoltura Doroteo—, pero al menos nosotros ca vez que cambiábamos la majá no hacíamos un chozo nuevo ni quien lo quiso. Lo que hacíamos nosotros era mudarlo to enterito. Por eso los palos más largos de nuestro chozo iban siempre sueltos, sin agarrar al suelo. La base del artilugio debía estar suelta. Los chozos que hacíamos eran de cuatro piezas: dos de ellas tenían la forma de media luna, las otras dos hacían forma de mampara. Al final, debían encajar

unas con otras sin que quedara un resquicio por los laos.

—Y si no eran los chozos fijos, ¿cuánto tiempo tardabais en cambiarlos de una finca a otra?

—Pa mudarlos de sitio sí pasábamos fatigas. Las más de las veces lo hacíamos con un carro, porque la operación era laboriosa. Había que sudar bastante pa cambiarlos

—el pastor se detiene un momento y toma aire, como si de aquí a un momento, unos minutos, hubiera de hacer el cambio de un gran chozo y estuviera pensando en cómo realizar la prueba—. Subir el chozo al carro era complicaíllo. Reconozco que las pasábamos mu negras. Ten en cuenta que un carro medía por lo ancho un metro y medio o así, mientras que los chozos por lo menos medían dos o tres veces más. De forma que había que cambiarlos en varios viajes. Se sudaba muchísimo hasta que se hacía el traslado. Y más de una vez las pasábamos bien putas. Lo de mudar el chozo era difícil, uno de esos trabajos que te dejan sin resuello.

El espantalobos

Doroteo se levanta y toca una rama del chaparro para coger una oruga verdinegra que, al instante, me muestra, satisfecho del hallazgo, como si esperase de mí alguna dádiva, aunque yo ni siquiera sepa ni conozca el nombre del torpe gusano que ha cogido. Luego, sin preguntarle me comenta que es una oruga voraz, muy peligrosa, que barrena el tronco y las ramas de la encina devorando su savia y comiéndose sus hojas. Se trata de la lagarta, según dice. Estos gusanillos de aspecto desgarbado son los verdaderos culpables de que las encinas acaben secándose de una manera lenta mostrando un aspecto feble y cadavérico. En los últimos años, el encinar de estos contornos se viene secando irremisiblemente, sin que nadie haga algo al final por impedirlo. Miles de encinas frondosas hace una década hoy se encuentran vencidas y afean el aspecto de un paisaje que esta primavera, a pesar de la sequía, es un estallido de hiniestas y amapolas que todo lo tiñen de rojo, morado y amarillo, conjugando banderas de olor republicano salpicadas en el campo de un modo caprichoso. La soledad de estos campos casi aflige. Hace más de cuarenta años por aquí pasaban los lobos que venían de Santa Eufemia y, después de cruzar el arroyo del Lanchar, a través del tupido encinar de la dehesa, buscaban refugio en los montes prodigiosos del Gavilán, el Viñón o Peña Ladrones. Doroteo recuerda muy bien aquellos años donde el lobo campaba a sus anchas por las colinas y las sierras azules de Villanueva del Duque.

—De los lobos me acuerdo muchísimo toavía

—comenta el pastor, nublando sus palabras, como si hirviera en su voz zumo de luna—. Llegué a tenerlos muy cerca algunas veces y te puedo decir que daban escalofríos. Me acuerdo bien de una vez que iba a Azapiedra, cerca del Gavilán, junto a mi padre, y era una mañana que estaba nibleando. Estábamos cerca ya de las ovejas, cuando, de pronto, mi padre paró en seco y me advirtió de que andaba un lobo al lao. Cuando lo vi me quedé congelaíto. Nos escondimos detrás de un matorral y, cuando se puso a tiro, a cinco metros, mi padre salió y le lanzó el garrote. Pero el cabrón del lobo, el mu canalla, en vez de asustarse, se rodeó tranquilo y, mirando de frente, nos enseñó los dientes. Y me cago en la puta... Yo me asusté muchísimo, y muertecito de miedo eché a llorar, porque por entoces era un chavalín. Entonces mi padre dio un silbo a la mastina y, en pocos segundos, traspuso tras

el lobo.

***

Los lobos fueron abundantes en Los Pedroches hasta ya entrada la década de los sesenta. Las gentes de a pie hablaban del lobo con respeto, incluso con odio nunca reprimido. Pero un día desaparecieron del paisaje y, en las noches de luna, nadie volvió a escuchar su aullido, aquel gutural gemido melancólico que rasgaba la sierra anunciando la desgracia varias horas antes de que ésta sucediese. Incluso mucho después de exterminarse, cuando ya no quedaba en el monte rastro de ellos, los lobos siguieron flotando en el ambiente como una brumosa y hosca maldición que encendía el miedo cerval de los chiquillos y habitaba en la mente febril de los ancianos.

—Los lobos siempre se oían con luna llena. Los sentías aullar y se te ponía el pelo de punta —comenta, casi en un susurro, Doroteo—. Mi padre tenía en el chozo una escopeta, por si se complicaba un día el asunto. Había veces que el lobo se atrevía a acercarse tanto que en alguna ocasión llegaba casi a la majá. Yo era entonces mu chico, pero eso no se olvida. Los sentías acercarse y con los dientes chascarreteaban, y era como cuando crujen las cadenas. Venían en manás de cuatro o cinco, por lo menos. A veces solían llegar cerca del chozo, pues le buscaban el sitio a los mastines y pasaban por onde ellos no los olían. Cuando no les cogían el aire los mastines, se te metían casi encima los cabritos. Impresionaba mucho oírlos aullar mu cerquita del chozo, con los dientes chascarreando. A veces, mi padre, con idea de no dejarlos que se acercaran tanto a la majá, pinchaba unas cuantas estacas alrededor, por los menos de metro y medio, o más, de altura, y tiraba una cuerda de un lao a otro de las estacas. Así, al llegar el lobo se asustaba y no era capaz de cruzar esa barrera. Mi padre decía que ese método sencillo jamás le fallaba, pues, según contaba él, los lobos creían que era una pared y na más verla salían echando leches. A esos palos con cuerda se le llamaba el trancajilo, y la verdad es que el chisme funcionaba. Hacía un buen servicio como asustalobos. Yo vi más de una vez a mi padre colocándolo.

***

Doroteo mira el reloj con nerviosismo y dice que van a dar las doce y media. A esa hora habíamos quedado con Barberucho, y ya, aunque corramos, vamos a llegar tarde a la cita (del lugar donde estamos hablando hasta el casuto hay un par de kilómetros, o poco más, de caminillo, aunque éste, además de algo estrecho, tiene baches). Doroteo sigue inquieto, y, a la luz del mediodía, veo en sus ojos un fulgor vibratil de cigarras. Un temblor amarillo va inundando el campo. Le solicito al pastor que se relaje, después de decirle que, en

apenas unos minutos, estaremos por fin con su amigo Barberucho en el cerro los Pozos para hablar del esquileo. Él se levanta, no obstante, de su sitio y no tengo otra opción que seguirlo. Rezongando, se dirige a su coche, que queda a piel del mío, y me indica con gestos que yo vaya delante.

La perrita Emi mueve el rabo pizpireta. Sale a la par de su amo, a un metro de él y, al pasar la alambrada, queda al cuidado de las ovejas. El sol desparrama cortezas de limón sobre las hermosas hiniestas y las encinas donde se oye el zureo feliz de las torcaces. Con cierta desgana subo a mi automóvil y, a los cinco minutos, llego al Cerro de los Pozos, donde veo a «Barberucho» esperándome impaciente.

—¿No habíamos quedao a las doce? —dice inquieto—. ¡Son casi las una ya! ¡¿Qué te ha pasao?!

Me callo y no digo nada. Él se sofoca.

—¿Es que no has dao, al final, con Doroteo?

Vuelvo a callarme. Y, entonces, él me sonríe.

—Anda y pasa pa dentro —dice, al fin, mientras se acerca a la puerta del casuto—, que ya voy pa viejo y se me calienta la uralita —y se rasca la calva con mucho desparpajo, huyendo de un sol que quema los sentidos.

Barberucho se queja de que hace muchísimo calor y asegura que el año para el campo es catastrófico. Se limpia el sudor del rostro con paciencia justo antes de entrar al casuto. Una vez dentro, la penumbra envuelve en un puño los objetos y los cachivaches viejos de la estancia. Hace casi tres años, en este mismo sitio, le hice una entrevista al músico—esquilador para, luego, incluirla en «El viento derruido». Barberucho aquel día estaba muy inspirado; hoy, sin embargo, lo hallo más cansado, aunque en sus ojos azules, como siempre, aún siga latiendo una felicidad colmada de alcaudones y espigas, cerezos y amapolas. En la luz de su iris cabe todo el ancho cielo. El azul de sus ojos enciende el aire del casuto. Siento por Antonio una grata devoción: una mezcla de asombro y dulzura al mismo tiempo. Lo mismo sentí cuando estuve aquí con él la última vez que vine a entrevistarlo: un rumor de aleteos y trigales en mis entrañas. Aquel día, recuerdo, llovía con fruición. Hoy, no obstante, en los campos cae un sol de justicia levantando un vapor azulado entre los surcos del huerto sencillo, lleno de un olor fragante de

yerbabuena, fresas y albahaca. Fuera del huerto, todo es amarillo. A Barberucho le aflige la sequía. Esa es la preocupación que él me transmite.

Historia de las cencerradas

Estoy detenido en mí mismo, recordando algunas imágenes ocres del pasado, cuando llega el pastor, Doroteo, y toma asiento frente a la silueta de Antonio Barberucho que ha ocupado, como es su costumbre, el trono humilde del sillón de madera que, en su día, perteneció al insigne barbero Pedro, el de las Avellanas. Barberucho hace de anfitrión e, igual que siempre, como todas las veces que he venido a verlo, comienza a hilvanar historias y chascarrillos con el transparente hilo de su voz, una voz que cose el silencio y lo deshace en un tejido de luz que tintinea en los ángulos grises del sitio donde estamos. Se le agrieta la voz al hablar de los esquilos. Hasta sus ojos azules se humedecen.

—Hace ya más de medio siglo, casi na, que empecé a trabajar como esquilaor —dice con la febril seguridad del maestro, o artista, que hace un pulcro testamento sentado junto sus discípulos aventajados— y podría relatar muchísimas hazañas; pero éste también —y señala a Doroteo— puede contar chascarrillos de esos años, porque allí en los esquilos no sólo había mucha faena, que la había, y a espuertas, cómo no, pero también había bromas y cachondeo. Los esquilaores de entoces tenían guasa.

—¿Es verdad lo que Antonio dice, Doroteo? —pregunto al pastor que parece soñoliento, sentado a mi lado, frente al esquilador—. ¿También había ratos de risa en los esquilos?

—¡Pues claro que los había, cómo no! —Doroteo lo afirma de un modo contundente—. En los esquilos también cabían las bromas. Aquellos eran tiempos de muchísima armonía y en la gente no había maldad. Te lo aseguro. Los pastores traíamos del campo las ovejas pa esquilarlas en el pueblo, cuando entraba el mes de mayo. Había la costumbre, y de esto sí hace muchos años, de coger a los nenes la mañana del esquilo pa colocarles cencerros en el pescuezo. Uno de los esquilaores pelaba el manso, y lo dejaba siempre mu bonito, con alguna borlita, a veces, de colores. Y los nenes salían con el manso y los cencerros colgaos del pescuezo a formar la algarabía. Los chiquillos de entoces disfrutaban así muchísimo y cuando volvían de dar vueltas por el pueblo y llegaban al esquilo venían tos sudandito. El día del esquilo era un festejo grande. Lo celebraba la gente por lo alto. Hoy no se vive el esquilo como antes.

Doroteo se queda un instante suspendido, flotando en la luz, como si entre sus pupilas se hubiera escondido una nube de recuerdos.

Barberucho y yo lo miramos confundidos. El silencio perfora el aire calinoso del viejo casuto, se une a la penumbra y llena de fango palabras que no salen. El calor anuda la voz de los presentes, lapidando los juncos del río de la nostalgia: un tumulto de agua estancada que no surge desde adentro hacia fuera y se queda detenido en las cuerdas vocales como un pájaro asustado.

Después del silencio largo, tenso, frío, Barberucho interviene y me introduce en una imagen recordada por él con extraña transparencia. En ese recuerdo suyo participo con un gran cencerro colgado de mi cuello, junto a otros chiquillos, en una cencerrada enorme. Era una tradición villaduqueña homenajear con un concierto extraordinario de cencerras y esquilas a los novios y a las novias que decidían casarse talluditos, después de haber superado los cuarenta. Y en la ocasión que evoca Barberucho vino a darse esa circunstancia especialmente (el novio y la novia juntaban más de un siglo). El esquilador lo recuerda con gracejo.

—Había algunos esquilos que se llenaban de muchachos —explica gustoso— y no sabías qué hacer con ellos. En el corralón de tu tío, sin ir más lejos, ca vez que había esquilo acudían muchos chavales y los mu cabronazos te impedían trabajar, porque empezaban enseguía a hacer trastás y ponían a las ovejas nerviosas, y a nosotros, pues de aquella manera no dabas pie con bolo. Así que te daban por culo to el esquilo, hasta que les poníamos las cencerras y los echábamos fuera del corral, a que dieran vueltas y vueltas por las calles. Erais tos mu cabrones —y sonríe con bondad—, más malos que un rayo, y siempre estabais trastoleando. Pero el día que refiero los nenes no tuvisteis culpa, que aquel día fue el pastor, que el jodío era un canalla, y tu tío Paco Andrada, que disfrutaba con las bromas, los que pensaron hacer la infernatá y tuvieron la idea de poneros los cencerros y mandaros a correr por la plaza de la iglesia. El caso es que yo enseguía me mosqueé cuando llegó el pastor antes de las diez y me aconsejó que empezara a esquilar el manso. A mí me extrañó eso mucho, pues los mansos no solían esquilarse hasta cerca el mediodía, y en aquella ocasión lo dijeron dos horas antes. La verdad, como digo, es que eso a mí me mosqueó, pero, como casi siempre me tocaba, me puse a esquilar el carnero sin pensármelo. A mí me gustaba pelarlo, y no es mentira, hasta que lo dejé bien preparaíto, blanquito del to y con borlas de colores, porque había la costumbre de dejarle preparás unas borlitas de lana que, después de acabar de esquilarlo, siempre se le pintaban. Al final, dejé el manso hechito to una prenda. Pero no se me iba el mosqueo. Empecé a pensar que allí, en el esquilo, se estaba hilando algo.

—¿Y qué es lo que estaba hilándose? —le digo, haciéndome el tonto, a Antonio Barberucho.

—Pues se estaba hilando una enorme cencerrá que iban a regalarle a dos que se casaban ese mismito día ya mu viejos. Como digo, yo tenía esquilao ya el manso, y lo había dejao mu bien, con sus borlitas, cuando el pastor le puso la cencerra y llamó a tos los nenes que había en el corralón de tu tío Paco Andrada pa poneros los cencerros. Había por lo menos veinte, y tú eras uno. Por entonces tendrías no más de cinco añillos. Como digo, el pastor comenzó a poner cencerros; a los mayores, el grande, a los otros, chico. A ti te pusieron, al final, una cencerrilla y te dieron la cuerda pa que arrearas con el manso. Ahora mismo me acuerdo como si estuviera viéndote, a dos pasos de ti. Y me acuerdo del pastor que, al daros la orden, salisteis echando leches con los cencerros colgaos de vuestro cuello. Pero al sitio que fuisteis derechos no lo supe hasta poco después que estallara to el follón; y, si no, pregúntale a tu primo Emilio, que él y su hermano Pepe también estaban. Y creo que tu hermano Manolo iba también. Aquel día se lió, al final, la marimorena. Y yo sin saber lo que ibais a formar, que el pastor, mu cabrito, no me había avisao.

Los juegos de la infancia

Un zureo de luz nos acompaña en esta estancia que huele a zotal y a colonia Varón Dandy. El fantasma de la posguerra va pasando, de puntillas, en sigilo, a un paso de nosotros despertando rumores e imágenes del frío; pero ahora, este mediodía, hace calor y las suaves palabras de Doroteo el pastor invocan al sol que agrieta el postiguillo de la puerta destartalada del casuto. El pastor permanece sentado en la penumbra, pero las huellas de un sol viejo, furtivo, atraviesan la puerta y van labrándose en su rostro como arañazos de cera y oro anémico. Los ojos de Doroteo, en la suave sombra, son dos nidos lejanos de una golondrina en los que fermenta el barro de la ausencia. Los habita ahora mismo el viento de la infancia, y hay en ellos un fulgor recóndito y tardío de cal con azufre y pan negro fermentado.

—Lo mejor de aquel tiempo —afirma impávido el pastor— era la unión que había entre toa la gente. Y es que no había nunca envidia entre los vecinos. Los nenes, además, no teníamos picardía y estábamos ignorantones mucho tiempo, hasta que ibas a la mili y allí te espabilaban. Me acuerdo que cuando venía del chozo al pueblo me juntaba en la calle con un montón de muchachillos, algunos más chicos que yo, y otros, más grandes. Y corríamos alegres por las plazas y por las calles, a la sana fe. Acabábamos suandito. No parábamos de correr y de divertirnos con miles de juegos de moda por entoces. Jugábamos al «toro la mano», a «Sevilla Eléctrica», a «la mocha», al «morro», al «trompo», o a «hilo negro». Nos mezclábamos tos los chavales unos con otros, daba igual que uno fuera el hijo de quien fuese. Lo importante era jugar y pasarlo bien. Lo demás no importaba. Villanueva, en esos años, parecía que era otro pueblo mu distinto y sus calles estaban toas llenas de alegría. Hoy está to mu triste y no ves nenes en las calles, y ni salen al campo tampoco, como entoces. La vida de antes, aunque había mucha pobreza, era bastante más sana en este aspecto, por lo menos mil veces mejor que la de hoy.

La matanza del cerdo ibérico

Cuando escribo estás líneas, el padre de Doroteo se encuentra muy delicado de salud: lleva enfermo en la cama desde hace casi un lustro. Se llama Javier y me habría gustado hablar con él, para que me hubiese narrado algunos hechos y sucesos enjundiosos de su durísima existencia. Él, por derecho propio, aún pertenece a la última estirpe de pastores legendarios que vivieron en un chozo desde que eran muy pequeños. Según tengo entendido, Javier fue un pastor de los de antes, uno de los sobrevivientes de esa raza que aún usaban garrota de encina y zurroncillo. Hoy es un hombre mayor, nonagenario, sumergido en las nieblas de su desmemoria, que, no obstante, hasta hace muy poco —dos o tres años—, me saludaba siempre amablemente, cada vez que cruzaba junto a la Cruz de la Dehesa en dirección a la Zarza o la Bozuela. Javier siempre ha sido un hombre humilde, afable. Es una pena que hoy no pueda entrevistarle ni hacerle preguntas acerca de su vida, una vida repleta de experiencias agridulces; sin duda ninguna, a Javier le habría gustado encontrar su memoria dentro de este libro. Pero sé que no puede ser, pues, como he dicho, permanece postrado e inmóvil en una cama, casi siempre sedado, desde hace mucho tiempo. Me lo cuenta su hijo con la voz casi agrietada. Junto a él, Doroteo, de niño aprendió a ver el mundo que le rodeaba con audacia. Desde que era un chaval vio correr sobre su piel el transcurso lento, agridulce, de unos años que a la vera del chozo, en la dehesa, se hacían duros, aunque vistos ahora, desde el ángulo nostálgico que el pastor guarda de ellos, no lo parezcan tanto. El tiempo deforma el dolor y el sufrimiento, y los va transformando en un zumo menos áspero. De otro modo, no hubieran podido resistir, Doroteo o su padre, la época triste que vivieron en unos lugares, aunque bellos, fríos e inhóspitos, si nos atenemos a las duras circunstancias que en aquellos días cercaron su existencia: Doroteo, además de pastor, cuando era un niño cuidó una piara de doscientos cerdos ibéricos que alimentaba en la oscura montanera vareando bellotas de los chaparros y las encinas.

—Yo además de bregar con las ovejas muchos años, fui porquero también —apunta emocionado—. Y te puedo decir, antes de na, que las ovejas se cuidan bastante mejor que los cochinos. Los cochinos, aunque no lo creas, son mu cabrones y tiran pal monte tos si te descuidas. A mí me tocó barajar una piara grande. En la temporá que pasé con los cochinos, yo podía tener once o doce añillos. Estuve me acuerdo en las finca los Medinas, la que linda con la carretera a Peñarroya. Fue, por desgracia, el año de la peste que llamaban africana y mató muchos cochinos. Lo de la peste aquella fue un

desastre.

Le cuesta seguir hablando; se derrumba y, durante unos segundos, el tono de su voz se impregna de barro y antiguas humedades bajo la inhóspita lluvia de una noche donde los chozos no duermen. Todo es agua. Doroteo, que no le temió a la lluvia nunca y más de una vez volvió al chozo chorreando, sufre, en cambio, muchísimo ahora al evocar el año lluvioso y maldito en que la peste, que llamaron africana, se extendió por los Pedroches. Confiesa que fue la peor etapa de su vida. La peste esquilmó, en poco tiempo, la ilusión de muchísimos ganaderos de la zona que, en la cría del cerdo ibérico en montanera, tenían su negocio y su frágil economía.

—Me da mucha pena acordarme. Fue mu trágico

—dice Doroteo, mientras agacha la mirada y la tiende en el suelo grisáceo del casuto—. Fue necesario matar muchos cochinos, algo más de doscientos; nunca lo podré olvidar. Y, aunque yo era un chaval de apenas doce añillos, me encargaron los amos a mí que los matara. Y los fui matando solito, uno tras de otro. Aquello sí fue una ruina pa esta zona. Igual que mis amos, otros debieron hacer igual, porque la peste estaba por toas partes. Fueron muchos dineros tiraos al barro. Ten en cuenta que los cochinos eran tos ibéricos, que, hasta mu poco antes, no se empezaron a ver los blancos. Y hablando de estos, de los blancos, yo no entiendo cómo pudieron acabar con los ibéricos en mu pocos años. La carne del ibérico de aquí, de esta tierra, era muchísimo mejor que la de los blancos. No lo duda nadie. Se alimentaban sólo con bellotas, con hierba del campo, y, algunas veces, con salvao. No probaban el pienso ni otras muchas guarrerías. Solamente comían cosas naturales. Así estaba su carne, buenísima y sabrosa, que freías un cachillo torrezno o un trozo lomo y sabían a gloria bendita, y no como esos, los otros cochinos blancos, que son sosos y, ca vez que fríes una corteza o un torrezno nunca se acaba poniendo churrusquito y se queda más duro que la suela de un zapato. No sabemos apreciar muchas veces lo que que es nuestro y le solemos dar mérito a lo de fuera olvidando lo que tenemos en nuestra casa.

***

Como muy bien reconoce Doroteo, el sabor exquisito de la carne del ibérico es muy superior a la del cochino blanco. Los productos del cerdo ibérico (la presa, el jamón, el chorizo, el lomo, los embutidos) aquí en esta zona son de una enorme calidad y es mucha la gente que viene de otros lares, de varios lugares lejanos del país, a comprarlos a las tiendas y espacios en que los venden.

Los productos ibéricos de los Pedroches son genuinos, aunque la fama sea por circunstancias que no vienen al caso para el jamón y los embutidos de Jabugo, o Guijuelo, que son casi lo mismo y gozan de enorme prestigio desde antaño. No obstante, de un tiempo a esta parte en esta zona las primitivas industrias del ibérico se han modernizado y han tomado auge. Aunque hay muchos puntos de venta en la comarca, secaderos enormes y fábricas de embutidos, el mejor jamón ibérico de los Pedroches (puedo confirmarlo, además, por experiencia) es aquél que se cuida, elabora y vende en las instalaciones de «La Montanera», una suculenta marca registrada desde hace unos años con muchísima fortuna, ya que sus productos son de un prestigio enorme y su calidad resulta extraordinaria: no he probado un jamón de bellota como el suyo desde los días remotos de mi infancia. Cuando lo paladeo y lo degusto siento un fluir de lirios y jazmines, el jugoso jamón licuándose en la lengua, deslizándose, luego, como luz por la garganta, amueblando los jugos gástricos despacio como si los deleitase con el silbo de un jilguero en los chopos un amanecer de junio. El jamón de «La Montanera», doy fe de ello, tiene un sabor delicado, suave, tierno, y al degustarlo sentimos algo especial, como si el cielo y la luz nos abrazasen. Cuando el cuerpo disfruta, la felicidad pasea por los rincones espaciosos del espíritu. Ese es, y no otro, el milagro que el jamón especial de bellota abre en mis sentidos cada vez que dejo un trocito entre mis labios y lo voy degustando lenta, mansamente.

***

He estado abstraído y perdido en mis recuerdos durante unos segundos, evocando los sabores más esenciales y profundos de mi infancia, olvidando entre tanto, quizá inconscientemente, a Doroteo el pastor, que vuelve ahora a evocar su vida agridulce de porquero en una dehesa bellísima y lejana castigada hace años por la huella de la peste. Oigo a hablar a este hombre sentado junto a mí y es como si algo estallase en mi conciencia y derrumbase el techo de mi ánimo. Mientras habla recuerdo el lado oscuro de unos años donde la niebla danzaba con el musgo.

El pasado es la imagen de un campo pantanoso en el cual, sin saberlo, nos hundimos con frecuencia; perseguimos una luz en el mar de la memoria, el dolor de una luz que es veloz y nos sobrepasa para estrellarse en la niebla del futuro. Lo que ha de venir es siempre neblinoso, pero Doroteo me habla del pasado en un tono infeliz, lento y sepulcral, resucitando sombras inexistentes que su voz tornasola de una piedad limpísima.

—Te decía —y vuelve a insistir en lo de la peste—, que aquello

ocurrió sobre el 61. La verdad es que no sé cómo pude resistirlo. Tengo un recuerdo clavao de aquellos días; el de tos los cochinos muertos apilaos en un carro, antes de llevarlos a enterrarlos en una zanja donde, poquito después, prendíamos fuego. Los solíamos acercar en grupos de unos treinta, poco después de que yo los desmochara dándole a ca uno un hachazo en la cabeza. Y así lo tenía que hacer; pero era duro. Los amos me los pasaban uno tras otro, y ¡zas!, les daba el porrazo y a marchar. Después de echarlos en la zanja los quemábamos, y, luego de arder tos juntitos, echaba tierra hasta que toa la zanja se tapaba. Yo era entonces un chaval, como te dije antes, pero puedo decirte que sufrí muchísimo.

El tren de la niebla

Escribir de los que no están es, sobre todo, un acto de amor, porque las palabras invocan la majestad sutil de los recuerdos, y uno puede viajar igual que cuando era un chiquillo subido en el carro gris de la memoria rescatando voces y amontonando sombras, salvando miradas que, un día, se disolvieron en el fulgor de una tarde evanescente, una tarde impregnada de una extraña luz: la luz que se sube a espaldas del silencio cuando en el campo oscurecen los caminos y el horizonte se va tornando rojo como un zumo de rosas y nombres derrotados por las banderas insomnes de la historia. Ahora, en este momento, miro a Doroteo y observo en sus ojos esa luz casi violácea. Los pastores sencillos, de alma transparente, todos tienen la misma mirada: un temblor de agua que traspasa las cosas sencillas y materiales convirtiendo en sagrado todo cuanto rozan. En los ojos de algunos pastores duerme un ángel con alas de incienso y lágrimas de nube. Ahora mismo lo hallo en los ojos del pastor que tengo ante mí, mientras me habla de su infancia perdida en el monte, o en mitad de la dehesa, trabajando y pasando miles de calamidades.

—Antes de estar de porquero —me confiesa—, trabajé también de vaquero. Tenía diez años y me levantaba con la madrugá, a las cinco de la mañana, incluso antes, pues tenía que atender a una treintena de becerros. Lo primero que hacía era encender una candelucha pa calentar un bidón llenito de agua y preparar con él la leche en polvo que le tenía que dar a los becerrillos. Tenía que ir a llevarla cubo a cubo. Acababa, al final, rendiíto, aunque aguantaba, y es que no tenía otra, no me quedaba otro remedio. Era lo que había entoces y lo aceptaba, porque estaba enseñao a bregar desde mu chico. Y no me podía quejar. Era mi trabajo. Ca uno al nacer tiene escrito su destino, y mi destino ha sío vivir en el campo. Y, además, no me quejo de na. Es lo que me gusta.

—¿A esa edad tan temprana ya trabajabas con las vacas? —le pregunto perplejo—. ¿No te echaban ni una mano?

—Eso hubiera querío yo, que me ayudaran —dice el pastor cubriéndose de sombras—. Pero estaba solito yo, sin nadie al lao. Mi función era darle la leche a los becerros y tenerlos atendíos. Y tenía que hacerlo solo.

Doroteo se para un instante a meditar y a respirar la luz de aquellos años, una luz para él muy oscura e insolidaria.

Durante un segundo la vida se detiene entre los labios vacíos del pastor. Luego, parece expulsar todas las sombras, y mirándome triste prosigue su relato como si nunca lo hubiera interrumpido.

—Es verdad también que allí, por otro lao, había más personas —dice compungido—, pero llevando a cabo otras funciones. A mí no me daba el trabajo miedo alguno. Había empezao a trabajar unos años antes, cuando tenía ocho años. A esa edad, ya me iba de zagalillo con mi padre y había muchas veces que él me decía, al llegar al corte, que cogiera mi atajo pa que fuera espabilándome. Y ya ves si sería el trabajo fuerte y duro que despertaba de noche dando voces pa que las ovejas no se me escaparan. Y llegaba a tal punto que bajaba de la cama y echaba a correr nervioso por el chozo, dormiíto del to, hasta que por fin mi padre me cogía de la mano, me acercaba hasta mi cama y me volvía a arropar con cuidaíto. Las putas ovejas no se me iban ni en los sueños. Por entonces teníamos el ganao en la Cabezá, y ese era un lugar mu difícil pa atenderlas; por un lao, teníamos la vía, había sembraos, y, por el otro, iba la carretera. Así que si uno no estaba concentrao y pendiente del tren, lo estaba de la carretera, o si no de las siembras. Y eso era difícil. Te juro que aquello era un sinvivir. Muchas veces me acuerdo y me cuesta imaginar que un chaval de mi edad, canijo como estaba, hubiera podío cuidar tantas ovejas. Por entonces es verdad que era un chavalín con demasiás responsabilidades. Hoy sería imposible actuar así. La vida de ahora es muy distinta a la de entoces.

A los niños del campo, sobre todo a los pastores, se les solía educar con disciplina y bastante dureza, de modo que un chaval que se encontrase en aquellas circunstancias, si trabajaba muy duro desde niño, maduraba de prisa y, en sólo un par de años, se transformaba en un hombre prematuro que debía de afrontar responsabilidades absolutamente impropias de su edad y, además, tenía la misión de trabajar y dejarse la piel sin equivocarse nunca. En este sentido, relata Doroteo cuando su madre tuvo que marcharse a Francia durante unos meses con dos de sus hermanos, mientras que él se debió de quedar con otro hermano y su padre en el chozo hasta que ellos regresaron.

—Me acuerdo una temporá —dice muy serio— que mi madre se fue a visitar una tía de Francia y con ella se fueron mi Paco y mi José. Y yo me quedé con mi padre y con mi Ignacio, pues mi hermana Mari aún no había nacío. Y aunque eché de menos a mi madre y mis hermanos, me las acabé apañando como pude con mi padre y mi Ignacio. No tuve otro remedio. Tuvimos una temporá los tres solitos. Mi padre fue el que se encargó de la comía. Muchas veces bajaba al pueblo a buscar jato y a mi Ignacio y a mí nos dejaba de pastores.

Luego mi padre volvía con la comía, y na más verlo asomar por el camino a mi hermano y a mí se nos alegraba el alma. Mi padre siempre fue bueno con nosotros, y nos enseñó a ser hombres desde chicos. Tenías que hacerte hombre siendo un niño. Era lo que, por entoces, se estilaba, y aunque no te gustase eso es lo que había. Tenía que amoldarse uno como fuese. La vida por aquel tiempo era mu oscura.

***

Los pastores se desplazaban de un sitio a otro, casi todas las veces, con miles de dificultades. Antes de que las motos alcanzaran un precio más o menos asequible y acorde con su economía, cuando las bicicletas eran un lujo, ellos iban al campo subidos en su borriquilla; era el caso de Paco, el marido de Bibiana, que, subido en su Pepa, llegaba en un plisplás al sitio donde tuviera la majada: en la Tierra Abajo, el Quesar, o el Campo Medio. Recuerdo que algunos pastores eran tan pobres que ni siquiera tenían una borrica y, aunque su finca quedará muy a trasmano, iban y volvían al pueblo siempre a pie. Eran tiempos difíciles, de mucha escasez económica. Para trasladar los trastes y los arruches de una a otra finca en mitad de la dehesa, los pastores usaban un rudimentario carro y el viaje, tan lento y difícil, tenebroso, más de una vez se hacía interminable. Recuerdo los carros cruzando la dehesa como si fueran borrosos fotogramas de una película herida por la niebla y los cabellos trémulos del frío. Al llegar con la carga al chozo, sin demora, la pastora y su hombre empezaban a bajar trastos para ir ubicándolos en los huecos, siempre escasos, del habitáculo frágil que habitaban. Por fortuna, o desgracia, sus enseres eran escasos y, en ese sentido, no solían tener problemas. Casi siempre viajaban sólo con lo puesto.

Los pastores, al no tener casa en propiedad, en el chozo guardaban lo poco que tenían: unas mudas de ropa, las mantas, los platos y el puchero. En los extremos del chozo, con cuidado, instalaban las camas (varios palos entrecruzados) y, al pie de las mismas, solía ir la cantarera. Algunos pastores ponían en el habitáculo, a una altura considerable, dos o tres palos en los que solía colgarse la matanza: las morcillas comunes, las de patata, y los chorizos. El humillo del fuego, en el corazón del chozo, junto al frío reinante en aquellos inviernos inhóspitos, ayudaba a que los embutidos se curasen en muy pocas semanas. Por otro lado, es cierto que en la estancia cabían pocas cosas más. Lo que guardaban los pastores en el chozo era su único patrimonio, la íntima y leve heredad de la pobreza. Todo lo que tenían en este mundo cabía en ese espacio abovedado de silencio. En la mitad del chozo, iba la candela. Debido a

las características de la estancia era muy difícil que ésta se incendiara. No obstante, había veces que esto sucedía; en una ocasión, Doroteo llegó a observar cómo ardía su chozo ante sus narices sin que él pudiera hacer nada por impedirlo. Según dice, aquel día pasó bastante miedo.

—Ocurrió mu deprisa, sin que yo me diera cuenta. Y, si me descuido un poquillo, ardo yo dentro —en su voz reverberan las ascuas de la infancia y una melancolía indescifrable—. El caso fue que llegué con el carburo y se me cayó de la mano en un segundo, cuando iba a cambiarme de ropa en un rincón. Ni me quiero acordar de la que se organizó. Por más que corrí a coger el carburo de onde estaba pa quererlo colgar, soltó una llamará y, en un par de segundos, estaba ardiendo toíto el chozo. Intenté apagarlo deprisa, como pude. Pero la paja empezó enseguía a crujir y a soltar unas llamaretás que daban miedo. Si no me sacan de allí, hoy no las cuento, porque estuve a puntito de arder entre los pajuzcos y los palitroques que formaban el chozo. Gracias a Dios, pudieron rescatarme cuando el techo del chozo se estaba desplomando. Ya digo que salí vivo de chiripa. No me quiero acordar ni siquiera de aquel susto, aunque, gracias a Dios, de eso hace ya años.

Barberucho comenta, poco después de Doroteo, que él había oído hablar de ese tema ya hace tiempo. Yo reconozco que no lo conocía. Imagino lo que pasaría el pastor-niño cuando vio que perdía lo poco que tenían sin poder hacer nada por recuperarlo. Doroteo carraspea nervioso, luego tose y, al instante, desvía la conversación hacia otros asuntos menos dolorosos, aunque tampoco resulten muy alegres. En la vida de los pastores, en aquel tiempo, había pocos resquicios para la alegría. Por fortuna, hoy viven mejor que lo hacían antes. Doroteo analiza algunas diferencias.

—Entonces era mu complicao cuidar el ganao

—apunta en un tono rotundo, mientras mira a su alrededor escrutando entre las sombras el breve fluido de sol que entra en la estancia—. Sobre to porque no había alambrás en ninguna finca y, onde yo estaba, además había vía del tren, o estaba la carretera, y a ca momento tenías que salir corriendo echando chispas pa quitar del peligro a una oveja o cualquier chivo que se apartasen un poco del rebaño. Hoy es mucho más fácil y es verdad que las ovejas, de una forma o de otra, casi se cuidan solas; aunque eso no quita que tengas que ir a verlas, y cuidar las parías y los borreguillos. Las ovejas de ahora también tienen más comía; la prueba la ves en que hoy cualquier oveja tiene un par de crías, y algunas de ellas tres, a lo largo

del año. Y eso es mu importante. Lo normal es que una oveja pariera antes una vez sola, rara vez lo hacía dos, en toa la temporá, y en eso sin duda influye el alimento. Las ovejas de antes estaban peor cuidás que ahora y tenían menos comía que tienen hoy.

La música de las esquilas

Antonio García «Barberucho», el esquilador que, además, fue barbero y un músico excelente —saxofonista del grupo Los Piratas allá por los mágicos años de los sesenta—, me indica que le pregunte a Doroteo por la habilidad que muestra al reparar y afinar con tacto las cencerras defectuosas, devolviéndoles el mismo timbre de otro tiempo, incluso muchísimas veces mejorándolo. Según Barberucho, quedan poquísimos pastores que, en la actualidad, afinen las cencerras con tanta maestría y destreza como Doroteo; quien ahora agradece, algo ruborizado, los comentarios que ha hecho el esquilador. Uno ve, al instante, que el pastor se siente incómodo. Su silueta, como si intentara diluirse, parece apagarse lentamente en la penumbra del cuartucho pequeño donde estamos conversando. Doroteo, de humilde carácter, resta méritos a lo que, con vehemencia, ha afirmado Barberucho. No obstante, al hacerlo, consigue lo contrario. Barberucho comenta, absolutamente convencido, que lo que él dice va a misa, pues me jura que ha visto mil veces a Doroteo afinar cencerras y recuperar otras casi desechadas. Finalmente, ante la insistencia de su amigo, Doroteo relata cómo arregla las esquilas:

—La verdad es que la cosa parece complicá, pero luego no es tan difícil cuando lo haces —suelta de sopetón, casi en un tiro, como si se quisiera así justificar y quitarle importancia a su habilidad genuina—. To es ponerse a ello, como pasa en toas las cosas. Yo saneo las cencerras cortando el metal con un serrucho y otras veces con un triángulo, despacito. Luego voy juntando las partes pa que encajen. Poco después, vuelvo a ponerle la lengüeta y le voy dando golpes sin prisa, con paciencia, poniendo mucho cuidao con un martillo, buscando el sonido que, al final, quiero que tenga. El asunto se centra en tener mu buen oído, además de paciencia, muchísima paciencia, pa sacarle al cencerro la música que quieres.

***

Mi tío Paco Andrada me contó en una ocasión la importancia de cada cencerro en el rebaño. Los había de varios tamaños y calidades. Cada uno guardaba un timbre diferente, como acaba de hablar Doroteo hace un instante.

El día del esquilo llegaba el rebaño cuando el alba, dirigido por el pastor, y en las plazuelas y callejas del pueblo estallaba de repente una algarabía festiva de cencerros y dulzonas esquilas derramándose en el aire. Las ovejas seguían el rastro de los mansos que, en armónico

orden, las introducían en el corral donde poco después iban a ser desembarazadas de su abrigo de lana mullida. En el ambiente, había una alegría difícil de explicar cuando el corral se llenaba de balidos y los esquiladores, acuclillados, daban sobradas muestras de su oficio quitando las pellas de lana a tijeretazos.

El esquilo, según mi tío, tenía unas normas de carácter muy rígido, casi religioso, que nadie podía saltarse a la torera. Existía la costumbre de que, en las horas del esquilo, en lo que éste durase, nadie entrara en el corral o en la casa en cuestión con gorra o con sombrero. Había que llegar con la cabeza descubierta, y, en caso contrario, aquel que incumpliese esta disposición se exponía a que lo bañasen en el pilón o en la pila para los mulos. Hubo, sin duda, decenas de veces que el castigo se cumplió con todo el rigor que el tema requería. El esquilo era por entonces un rito mágico, una costumbre atávica, ancestral, que se perdía en la noche de los tiempos. Otra cualidad genuina del evento era que, al mediodía, cuando el Ángelus, los esquiladores aparcaban la faena y, una vez ya puestos en pie, se santiguaban y rezaban con devoción un avemaría. Hablo de una remota tradición perdida y disuelta en los légamos del tiempo. Hoy, por supuesto, nadie la menciona. Ni siquiera llegué a conocerla yo en mi infancia.

Para mí lo más agradable del esquilo era el temblor feliz de las cencerras, una vez que las ovejas ya esquiladas salían del corral moviéndose ágilmente, inundando la calle de orines y cagarrutas. Luego tomaban el rumbo a la majada. El vespertino regreso del rebaño hacia la dehesa era una alegre sinfonía en la que participaban, muchas veces, el zureo de las tórtolas recién llegadas de África y el canto multicolor de las alondras que horadaban los cielos mágicos de mayo acompañadas de mirlos y cuclillos, de abubillas, perdices, alcaudones y jilgueros. La tarde se estremecía dulcemente con el prodigioso temblor de las esquilas. Los niños salíamos a la Cruz de la Dehesa para despedir con vítores al rebaño que volvía sosegado, soñoliento, a la majada.

Las tinajas de San Pedro

Los rebaños se pierden en el páramo del tiempo abriendo caminos de cuarzo en mis entrañas: fragmentos sinuosos de una edad desvencijada entre los vencejos umbríos del crepúsculo. Los oigo chillar ahora, en este instante, hundiendo veloces el cuchillo de su silbo en el aire amarillo e impávido del cielo. Casi a trompicones, vuelvo a la realidad perdido en mí mismo, con el alma derrumbada y los ojos picoteados por la luz. Y aunque ahí fuera, en los campos, ahora hace calor y aquí dentro el casuto parece jadear como un ciervo cansado, herido entre las sombras, llueven dentro de mí viejas imágenes mientras observo en silencio a Doroteo y Barberucho envueltos en un resplandor aterciopelado que supura humedad, escasez, melancolía. Barberucho menciona la luz de la pobreza recortando el dintel de su casa al mediodía y de los pantalones antiguos con remiendos tendidos al sol, como conejillos ingrávidos desollados en el frío violeta de la tarde.

Doroteo el pastor también me habla de remiendos y de la humilde ropa que él usaba.

—Mi madre no tenía mucho pa ponernos y la ropa se iba pasando de uno a otro, del hermano que era más grande al otro chico —expresa con resignación, sin acritud, como si en su voz no hirviese la pobreza que tanto le acompañó en aquellos años—. Entoces había que apañarse con lo que había, y no te fijabas si los pantalones tenían remiendos o si la camisa tenía un agujerillo. Casi siempre los pantalones eran de pana. Entonces no teníamos ropa pa el domingo. El trabajo con las ovejas era a destajo y había tanta faena que no podías ni rascarte. Sólo teníamos la ropa de diario, y con esa había que apañarse. No había otra.

—¿Bajabais al pueblo algún domingo a escuchar misa?

—Entoces no teníamos tiempo pa esas cosas —responde con cierta retranca, aun sin malicia—. Yo hice la comunión con quince años, y lo que no se me olvida era el sacrificio que hacía toas las tardes pa venir del campo al pueblo porque tenía que aprenderme el catecismo. Me acuerdo que estaba lloviendo algunas veces y tenía que coger la bici y recorrer más de siete kilómetros empapaíto de agua. Pero ni una tarde faltaba. Eso es verdad; que salía de noche, después de dejar encerrao el ganao, y volvía toavía más tarde, a las diez y pico, rendiíto del to. Esos días no paraba. Así que fíjate tú si no iba a misa. Lo que pasa es que yo creo en Dios de alguna forma y pienso

que hay algo, aunque vaya poco a misa y apenas pise la iglesia los domingos. Pero yo creo que hay algo, pues si no ¿por qué no llueve cuando nosotros queremos y lo pedimos? Hay algo que to lo mueve desde arriba y en eso el hombre no puede cambiar na. Lo que ha de pasar, pasa sin remedio.

Barberucho dice lo mismo, que Dios existe, aunque lo de los curas sea un controvertido asunto que a demasiadas personas no convence. De todas maneras, lo de la fe de Doroteo es algo que roza lo puro y ancestral. Él tiene una fe cercana, panteísta, basada en las fuerzas de la Naturaleza, en la meteorología, en el equilibrio y en la secreta armonía de los objetos y las cosas del campo minúsculas y sencillas. Es un hombre arraigado al ámbito que habita. Cree en la existencia de un Dios paternalista, que muestra su fuerza con los vientos más ariscos y derrama bondad enviando lluvia a los cercados con mucha delicadeza y dulcedumbre. Es la idea que tienen de Dios muchos pastores y otros hombres sencillos, como, por ejemplo, Barberucho, quien a su modo me explica con gracejo, en un tono guasón, lo que viene a suceder cuando en el campo estalla la tormenta. Para su genuina explicación no tiene reparo en echar mano al Santoral, y, aunque lo hace no con gran respeto, al menos guarda las formas y no se pasa.

—Otras veces —comenta—, cuando se liaba a retronar y empezaba a llover con fuerza por toas partes, en el pueblo, en el campo y en la madre que parió, los viejos decían que San Pedro, el pobrecillo, se había emborrachao y empezaba a mear to el vino que se había estao bebiendo durante la jornada.

Doroteo entra al quite y ofrece otra visión, más curiosa quizá, y también más literaria, de lo que la gente sencilla comentaba cuando, allá por mayo, estallaba la tormenta.

—Cuando yo era muchacho —apunta— y vivía en chozos, me acuerdo que había muchísimas tormentas, y es cierto que a muchas había que respetarlas, que empezaba a tronar y estaba tronando medio día. Mi padre decía que cuando empezaba la tormenta era porque San Pedro se enfadaba y echaba a roar las tinajas por las nubes. Y eso es lo que a mí me recuerda la tormenta, que hay muchas tinajas rodando por las nubes y ca vez que hay un trueno es que una se ha quebrao.

Doroteo sonríe y en sus ojos brilla el aire de su niñez crecida a la intemperie. El tiempo en los ojos felices del pastor es una rueca de luz que gira lánguida entre las sombras de un chozo en el invierno. La sonrisa de Doroteo es paradójica; es luminosa, tierna, dulce y cálida, pero esconde en sus pliegues invisibles desamparo, la germinal

pobreza que, hace décadas, cubría el corazón azul de los pastores. Puedo leer en sus ojos bautismales las lóbregas y grises huellas de la lluvia en las noches de otoño, cuando él regresaba al chozo rendido y cansado, apaleado por las sombras, conduciendo una bicicleta desde el pueblo. En aquella época apenas descansaba. Acudía a una escuela nocturna día tras día con el fin de aprender las primeras letras, aunque él se inclinaba, confiesa, por los números. Se le daban mejor las cuentas que el dictado y, sobre todo, que las redacciones. Puso todo su empeño y su ánimo en aprender; pero su aprendizaje, en aquellas circunstancias, hubo de ser lento y dolorido.

—Aprendí a leer de verdad con mucho apuro, cuando estuve en la mili —confiesa amablemente, en un tono feliz—, que la estuve haciendo en Cáceres. Antes había ido a la escuela de muchacho, cuando estaba de porquerillo con los Medinas. Venía en bicicleta tos los días del campo al pueblo, después de haber encerrao los animales. Teníamos un maestro que era de Pozoblanco, y a otros y a mí nos daba la clase por la noche. Así que a las tantas, apenas salíamos de la escuela, tenía que volver al chozo echando leches. Cuando me iba pal campo eran ya más de las diez. Así que llegaba al chozo rendiíto. En la escuela solíamos reunirnos mucha gente, quizá alguna vez había más de cuarenta, y yo no aprendí a leer mu bien del to, aunque puse muchísimo empeño en la lectura. Lo que mejor se me daba eran los números. Lo de sumar y restar era lo mío.

***

Es la última frase la que cierra nuestro encuentro. Dejamos la estancia apesadumbrados, como si pesara el tiempo en nuestros hombros y la luz de azafrán que cae sobre los campos apagara los árboles, las piedras del silencio, y, paradójicamente, nos entristeciera en lugar de alegrarnos y bullirnos en el espíritu. Al salir del casuto de mi amigo Barberucho, siento, por un instante, que el paisaje que hay ante mis ojos es el mismo de hace décadas. El pueblo, observado desde el cerro de los Pozos, tiene el mismo perfil que en los días de mi niñez. Sin embargo, a medida que vamos aproximándonos, compruebo que éste ha cambiado y que es más viejo, aunque, en apariencia, se haya maquillado y haya disimulado sus arrugas con la construcción de nuevos edificios y bloques de casas muy blancas en las afueras.

Detenemos el coche junto a la Cruz de la Dehesa y bajamos sin prisa para entrar al Rancho Grande, el bar de Manolo el Francés, un escultor que pasó en París gran parte de su vida y hace más de dos décadas al fin regresó al pueblo con los ojos inundados de melancolía y el espíritu lleno de olores de su infancia. En el bar de Manolo el

Francés, al mediodía flota la misma atmósfera de antaño, cuando este local era regentado por la Cele y por su marido Elías, un hombre serio que, además de ocuparse del bar, también lo hacía de un puñado de vacas que criaba tras la casa, en un corralón ubicado justamente frente a la hermosa Cruz de la Dehesa, en el ángulo oeste de Villanueva del Duque.

La Cele y Elías murieron hace ya tiempo; sin embargo, en el bar sigue flotando su presencia, una atmósfera galvanizada por los ecos e invisibles murmullos que aún resuenan en el recinto, como si ambos siguieran, de algún modo, flotando espiritualmente en el lugar y, en algunos instantes, su aliento nos rozase como el bisbiseo agraz de una polilla girando en torno a la luz del corazón. En el Rancho Grande, este mediodía celeste, hay un bullicioso trasiego de palabras, de voces afables, de miradas conocidas. Es como si al adentrarme en este espacio, rodeado de esquiladores y de pastores, tocara el azul andamiaje de otros días posados y erguidos en el mostrador del bar. Charlo y tomo una copa con amigos y tertulianos que bromean, lo mismo que yo hago, con Antonio Barberucho. Después me despido y, antes de subir al coche, miro un instante la Cruz de la Dehesa y observo tras ella el camino polvoriento que se hunde y se pierde hacia el oeste, entre paredes descascarilladas, huertos familiares, y algunas siluetas de carros ya herrumbrosos, destrozados e inútiles, que hace medio siglo ya dieron lumbre y afecto a esta tierra de pastores por la que transitaba un tintineo de cencerros y esquilas hollando el horizonte, a esta hora habitado de soledad y olvido, a pesar de que el sol cave el sueño de los huertos y el aire aún arrastre voces de otra edad zurcida por el desaliento y las ausencias.

CAPÍTULO III. LA VOZ DE LA NATURALEZA

La huerta de José Reyes

El cielo cubierto de nubes desflecadas parece una gasa de cal donde se enredan los pies de una luz delgada, soñolienta, que tropieza en las piedras, en los huertos, en las paredes que escoltan los caminillos zigzagueantes que hay, junto a la carretera comarcal, que llega hasta Añora desde Alcaracejos. La tarde es un hueco azul de tafetán rozado en sus vértices por las golondrinas. En un cruce, a cuatro kilómetros de Alcaracejos, tomo un carreterín que lleva a Añora, escoltado de huertas, casas y vaquerías. Cerca del pueblo, a la izquierda del asfalto, los muñones floridos de una noria abandonada evocan la historia de un tiempo de hortelanos, una edad mutilada por las hoces del silencio y la guadaña lenta de la herrumbre. Un nogal esquelético, enorme, desgarbado, respira el vapor blanquecino de la hora que invita a la ausencia y al recogimiento.

La ermita feliz de la Virgen de la Peña me recibe al entrar en Añora majestuosa: en sus piedras resiste el halo tierno de la historia, la memoria de un pueblo atado a las tradiciones. En Añora, a la entrada de mayo (hace unos días), se celebra la hermosa fiesta de la Cruz. Aún quedan señales en algunas cruces de granito de la fiesta recién pasada. Cruzo en coche la plaza solemne del Ayuntamiento y me acerco a la casa de mi amigo Pepe Herruzo, que me espera en la puerta y, enseguida, sube al coche. Luego nos encaminamos, tras tomar un ocráceo sendero, a la huerta de José Reyes. Atravesamos un paisaje ameno, hermoso, de amarillas colinas, donde vibra el silbo agudo del alcaraván y el trinar de las alondras: motas de arcilla suspensas en un azul veteado de nubes lánguidas y blanquísimas. A un lado y a otro del carreterín, van salpicándose casas de campo, huertos, vaquerías. A lo lejos, donde se diluye el horizonte, se ven diminutas las sierras del Calatraveño y el Cerro del Sordo, con varias agujas de metal hundidas en sus hombros: lánguidos repetidores de telefonía. Hacia el suroeste, flota sumiso, callado, Alcaracejos, con el perfil de su silo cabrilleando entre paredes blancas y tejadillos.

***

Alcanzamos la huerta de José Reyes a media tarde, y hallamos a su dueño acarreando gruesas pacas para dar de comer al ganado. Hace calor. A la izquierda del cobertizo alto y gris, hay una casita rural de mucho encanto, adornada en la sombra por un cálido emparrado perfectamente cuidado, de aire antiguo. Es una de esas casitas acogedoras que, aun siendo pequeñas, resultan muy atractivas. Me acerco a la estancia acompañando a Juan Fernández, un pastor de

Añora que sabe mucho del oficio; pues desde el día que nació vivió en un chozo y pasó en torno a él muchos años de su vida. El hombre, amable y sencillo, de aire sobrio, resta importancia a los conocimientos que, a lo largo del tiempo, le dio el trabajo de pastor, a pesar de haberlo ejercido desde siempre.

—Yo no sé de na... De verdad, ¿qué voy a contarte?

—dice de sopetón, en tono humilde, apenas comienzo a dialogar con él—. Voy a cumplir mu pronto ochenta años. He pasao toa mi vida al cuidao de las ovejas, y no sé de otra cosa. ¿Qué quieres que te cuente? ¿Que pasé fatigas? Pues claro que pasé; pero yo no me quejo, porque por aquellos años no había otra cosa mejor a que agarrarse y había que salir adelante como fuera. Yo he estao toa mi vida, es verdad, cuidando ovejas, pero ni soy rabadán ni mayoral.

—¿Y eso qué quiere decir? —le inquiero atónito.

—Pues quiere decir que no es lo mismo un zagalillo que un rabadán, un pastor o un mayoral. Porque ca puesto tiene sus diferencias; el zagal, pa empezar primero, es un aprendiz y va con el mayoral pa aprender algo. Cuando lleva dos años o tres de zagalete, se le echa con el ganao jorro, que es el nuevo, o, por decirlo claro, el que no cría. Y ya es rabadán y ha subío de puesto. Con el tiempo será pastor, y empezará a cuidar las ovejas de vientre. Finalmente está el mayoral, que es sin duda el que más manda y tiene más categoría que tos juntos. También es más grande su responsabilidad, pues queda al cuidao de ovejas ya parías que, por regla general, dan mucha guerra y bastante trabajo, porque tienen que tirar pal sitio que vayan de los borreguillos chicos.

Cuando Juan termina de hablar, entra en la estancia casi de puntillas, despacio, José Reyes, y toma, al instante, un par de calderos rebosando, colmados de avena mezclada con cebada. La penumbra es añil dentro del recinto, que guarda el frescor inconsútil de los años, la antigüedad secreta de un silencio que parece quedar impregnado en las paredes, exhalando un olor genuino de zotal y otros desinfectantes del ganado. Pepe Herruzo nos mira de pie, con timidez, casi diluido en las sombras de la casa. Un pequeño fulgor penetra en el pasillo donde estamos sentados ahora mismo Juan y yo, desentrañando las tripas a la memoria de un tiempo rural que pesa en el ambiente y llena de bruma y niebla nuestras almas. Juan Fernández García me habla de sus ancestros y, al hacerlo, traspasa la noche de mi sangre.

—Yo empecé de zagalillo cuando niño, ayudando a mi padre poco

años antes de la guerra. Era mu chiquinino por entonces. Teníamos el chozo ahí mismo, al pie de Añora. Luego vino la guerra y tos sufrimos sus desgracias. Cuando al fin terminó, trabajé de rabadán, de pastor y mayoral, to esto al mismo tiempo, porque, la verdad, no había mucho ganao y tenía que llevarlo a toas partes yo solito. Mezclaba las jorras con las de vientre y las parías. Iban toas mu juntitas, y no se separaban.

—¿Y le costó mucho esfuerzo —le pregunto— empezar desde cero, al terminar la guerra?

—¿Y qué iba a hacer uno? Tenías que vivir y había que tirar palante como fuese —responde sacando fuerzas de flaqueza, como si escapase de un túnel después de buscar muchos años la salida—. La verdad es que no me costó encontrar trabajo, porque yo había vivío al laíto de mi padre y él siempre había sío pastor de toa la vida. Así que yo fui pastor sin darme cuenta. Yo no había pisao la escuela de chaval, pero sí que aprendí con seis o siete añillos las posturas de la majá antes de la guerra. Las posturas cambiaban de cuatro en cuatro años. Como no pude ir a la escuela aprendí esto. Ca año rotaban las hojas de la siembra, y en la que libraba iba la majá. En la finca primera que estuve, al lao de Añora, hacíamos el chozo y no lo cambiábamos de sitio porque las hojas que había no eran mu grandes y donde la majá iba estaba cerca. Teníamos un rebaño de ciento cuarenta ovejas y así podían barajarse toas juntitas, sin separar las jorras de las parías.

Veo en los ojos de Juan la brisa de los cerros cargados de silbos y vuelos de collalbas. Percibo en su voz el aire de las cumbres y la agridulce quietud de las retamas que son despeinadas por el viento del poniente, cuando en los campos de Añora caen las sombras y todo se impregna de un silencio lila.

—Yo he vivío en chozos de paja mucho tiempo, y mi hijo Pepe también —dice el pastor, en un tono que no es de queja ni protesta, sino, más bien, de hermoso conformismo—. Mi hijo también de chaval vivió en el chozo y no entró en la escuela hasta los nueve años. Cuando cumplió esa edad, me lo pensé y decidí venirnos a vivir al pueblo, porque yo quería pa mi hijo un buen futuro, mil veces mejor que el que a mí me había tocao. A mí, la verdad, me gustaba que aprendiera, porque mi nene tenía mucho interés por saber de to. Siempre lo ha tenío. Y así le cundió, que hoy está de profesor, y eso hace que yo me sienta mu orgulloso. Me alegro del porvenir que él se ha labrao.

La voz de la Naturaleza

Al hablar de su hijo, el pastor me hace evocar algunas otras historias parecidas, casos de una humanidad escalofriante en los que padres muy pobres, sin cultura, de una manera tierna, prodigiosa, lo sacrificaron todo con el fin de que sus hijos hicieran una carrera para disfrutar después de un buen trabajo. Hay muchos ejemplos de hijos que triunfaron y alcanzaron en su vida con mucho sacrificio lo que a sus padres les negó el destino por haber carecido de medios económicos. En la España terrible e inhumana de la posguerra hay millares de historias que se ajustan a estos parámetros. El de Juan y su hijo es uno de esos casos.

El pastor me confiesa que el sueño o la ilusión mayor de su vida fue haber accedido a la cultura y haber buceado en grandes enciclopedias para descubrir misterios fascinantes. Me emociono al oírlo hablar de la cultura con tanta pasión, de un modo tan auténtico. Uno siente ante él la emoción profunda, hermosa, del niño que explora el misterio de una cueva y halla al final de la misma un cofrecillo que contiene en su fondo una clave misteriosa que le ayudará a conquistar todos sus sueños. En las palabras y los gestos del pastor se adivina una tierna y poética sapiencia. Aunque no entienda tal vez de ecología, él sabe leer en el libro de los campos. Inconscientemente, Juan es un ecologista y ama las cosas del aire y sus criaturas con una pasión auténtica y genuina.

—Yo he respetao mucho la Naturaleza y las cosas del campo —afirma convencido—. A mí nunca me ha ido la caza, no he usao cepos, ni ninguna trampa jamás. No he sío cazaor, ni tampoco pajaritero. La verdad es que me gustan los pájaros un montón, pero verlos sueltos en los campos o por el aire. Los pajarillos dan mucha alegría. Pero no he cazao nunca un pájaro. Jamás. Hombre, alguna vez sí he tumbao una liebre al tirarle el garrote o he corrío perdigoncillos cuando era un chaval por aquí, por estos cerros. Pero yo a la caza jamás me he dedicao. Ya te digo, me gustan los pájaros muchísimo, pero verlos volando alegres al aire libre.

Juan es un caso atípico en su género y escapa a lo que es costumbre en el oficio: pocos pastores no han cazado pájaros o han buscado, en verano, tórtolas en el nido para matarlas con el tirachinas o con un disparo preciso de su onda. Aunque eso, es verdad, era en otro tiempo: hoy la caza está protegida y vigilada en cualquier lugar por agentes del SEPRONA: miembros de la benemérita que cuidan y custodian la enorme riqueza ornitológica de esta ancha comarca,

donde suelen ser frecuentes pájaros tan exóticos y hermosos como las oropéndolas o los abejarucos. Hasta hace no mucho tiempo, era frecuente que la gente cazara animales protegidos, mamíferos y pájaros en vías de extinción que, luego, acercaban a casa de un taxidermista para que éste en secreto los fuese embalsamando.

La mayoría de los pájaros y las aves solían cazarse entrado ya el invierno, cuando el frío penetraba en la carne de la sierra y la escarcha tendía en la dehesa un manto níveo que atenuaba el gris secular de las encinas. Era cuando los pájaros del frío —petirrojos, avefrías, alondras y zorzales—, llegados de Centroeuropa meses antes, campaban a sus anchas por vaguadas y colinas, incluso por los olivares de la sierra, donde los zorzales buscaban la aceituna, uno de sus manjares favoritos. Ahí los furtivos solían hacer su agosto poniendo las trampas en los lugares más recónditos (dentro de un matorral, junto a una zarza, o entre los adobes de una casa en ruinas) con el fin de burlar a los miembros de la Benemérita que ya, por entonces, perseguían el furtiveo, aunque no con la decisión que se hace hoy.

Y mientras los meses de invierno eran idóneos para tender sus trampas los furtivos, en el caso de los pastores era al contrario: el invierno era su enemigo más acérrimo, cuando estos vivían dentro de los chozos desprovistos de lujo y de comodidades, soportando el zarpazo de una climatología especialmente bronca y dura en los Pedroches, cuyo paisaje es una altiplanicie donde se acendra el vértigo del frío, alcanzando en el mes de diciembre muchas veces, con las grandes heladas, valores de temperatura en torno a los cinco o seis grados bajo cero. Para combatir los rigores del invierno y soportar las huellas de la escarcha, los pastores de entonces tenían muy pocos medios: la fogata en el chozo y las mantas ásperas de borra, que servían de algún modo para hallar leve cobijo y aguantar, de esa forma, los rigores atmosféricos. Los campos del amanecer eran lienzos blanquísimos o ateridas láminas de hojaldre glaseado que el viento mordía y el sol deshacía con su lengua después de unas horas, hacia la una de la tarde. Más de un corderillo moría congelado en las caminatas terribles por la finca siguiendo a las jorras en busca de alimento. De diciembre a febrero, en las sierras y las dehesas de los Pedroches, el frío es insoportable: en algunos lugares, es el caso de Cardeña (municipio ubicado en la zona oriental de la comarca), las lecturas de los termómetros señalan hasta los doce grados bajo cero, como ha sucedido en este último año.

Desde hacía cuatro décadas, según la opinión de algún anciano, no se había soportado en la zona tanto frío. Yo conocí en otro tiempo,

no lo olvido, la lengua del frío soplando entre mis párpados cuando marchaba camino del colegio. Todos los niños sufríamos los rigores de aquel tétrico helor que nos congelaba. Algunos llevaban guantes hechos de lana y hasta pasamontañas rigurosos para intentar resguardarse del frío enorme que, al entrar al colegio, se atenuaba de inmediato cuando recibías un palmetazo del maestro en la mano aterida, que se enrojecía al instante. A través de los ventanales de mi clase, mirando al oeste, observaba el decorado de la escarcha tendida en la hierba del ejido como un glorioso mantel de naftalina. Al salir al recreo, los charcos aún estaban congelados y solíamos pisarlos y andar sobre ellos despacito, hasta que, de improviso, se resquebrajaban y caíamos en su seno mojándonos los zapatos. Éramos niños traviesos, toscos, bárbaros, atravesando un invierno indestructible que inundaba de barro y musgo nuestras almas.

Entre mis compañeros, había hijos de pastores que, más de una vez, habían dormido bajo el chozo, aunque ya por entonces viviesen en el pueblo. La descripción que me hacían de los chozos coincidía plenamente con la que, ahora, me hace Juan, comparando el espacio del mínimo habitáculo con una porción de la estancia en que ahora estamos.

—Más o menos podía ser así —dice el pastor, señalando la parte primera de la casa en la que hay tres calderos ebrios de cebada—. El chozo venía a ocupar lo que esto ocupa, aunque esto es cuadrao y lo otro era redondo. De toas las maneras, era mu parecío, y podía medir, más o menos, lo que esto, chispa arriba o abajo. Poco se le varía. En el chozo teníamos unas cantareras, hechas con unos palos atravesaos, igual que las camas, que se solían poner en los bordes y se confeccionaban también con unos palos, a los que se les ponía por encima, además de unas támaras, brazás de paja y juncos. Luego, encima de to, iba el colchón, que era de lana o de borra normalmente. Con el tiempo, la vida fue modernizándose y me pude agenciar una poca cama mueble que ocupaba un sitio más chico que las otras, y que la plegabas después de utilizarla.

Le pregunto a Juan si resistiría volver a llevar la vida durísima de entonces, y enseguida responde que le costaría bastante, pero que en aquel tiempo era lo que había, y que no se le debe dar más importancia. De todas maneras, hace un inciso en su respuesta y se queda reflexionando unos instantes, como si estuviera, de pronto, masticando todos sus pensamientos más sublimes para digerirlos mejor antes de darme una opinión serena y sustanciosa.

—Hoy, además —me responde—, hay un problema, un

inconveniente grande pa hacer chozos. Y es que antes se hacían las talas de encinar sin llevar un control tan grande como ahora. Hoy no podría hacer ya un chozo de los de antes, porque necesitaría palos largos que tuviesen una forma especial acabá en horquilla. Y esos palos ya no se sacan con las talas. En la Jara había un encinar extraordinario y podías talar las encinas a tu manera, pero eso se ha terminao en los últimos tiempos. Cuando yo era pastor la cosa era distinta.

Es verdad lo que dice Juan. Tiene razón. Hoy se puede talar cualquier encinar de los Pedroches solo si existe un permiso bien estricto. Además, se debe hacer con mucho tiento para no dañar nunca las guías de los árboles ni las ramas más gruesas, por las cuales corre siempre una cantidad de savia importantísima para dar vida y tersura a las más frágiles. El asunto hoy no es fácil para aquéllos que talaban a su libre albedrío, dejando encinas despojadas de toda su grata y armónica espesura. Está bien que las cosas se hagan con rigor, cumpliendo las normas, siempre que éstas tengan lógica; no obstante, el problema hoy del encinar no reside tanto en la tala de sus árboles como en la enfermedad que los destruye y va llenando el paisaje de la zona de cadavéricos troncos de aire triste con las ramas ya secas, grises, fantasmales. El encinar se nos muere despacito y no hay nadie que ofrezca un remedio al grave asunto. De aquí a pocos años, en muchas de las fincas demasiado afectadas por la rara enfermedad, no acabará quedando ni una encina. Uno ve morir las encinas lentamente y siente impotencia y dolor al mismo tiempo, porque no sabe qué hacer para salvarlas. Los árboles de mi infancia, las encinas, junto a las que alzaban sus chozos los pastores y los labriegos buscaban su cobijo para huir de la lluvia, de aquí a no muchas décadas serán sólo un recuerdo de lo que fueron antaño. Y no habrá ni un pastor que venga a despedirlar después de abrazarse a sus troncos cuarteados. De aquí a menos de un siglo ya no habrá encinar: las pocas encinas que queden, si no han muerto, vagarán entre los cerros como áridos fantasmas.

***

También son fantasmas, igual que las encinas que agonizan despacio, los lobos hoy ya lejanos que cruzaban estos campos libres de espesura bajando desde los montes intransitables de San Benito, incluso Fuencaliente, a las sierras más suaves de Añora y Pozoblanco. Pasaban cruzando el arroyo Guadamora, en trote cansino, ocultándose en las sombras del encinar frondoso de la Jara, donde Juan Fernández cuidaba sus ovejas. Más hacia el oeste, entre Alcaracejos y Fuente la Lancha, había otro paso de lobos por el Lanchar, un romántico arroyo

escoltado de altos chopos y ciclópeas adelfas cuyas aguas van al Zújar, el río que da vida al Valle de la Serena.

Los lobos, hace poco más de medio siglo, eran los reyes absolutos de estos pagos, y hay quien dice, incluso, que se adentraban algunas noches en las calles de pueblos como San Benito o Santa Eufemia vagando por sus plazuelas en el invierno como almas errantes en busca de un tesoro, confundiéndose algunas veces con los perros. Es lo que he oído contar a algún pastor. Cuando yo era un chaval, todavía quedaban lobos refugiados en la densa espesura de los montes, apostados entre jaras y lentiscos como sombras acechando, en silencio, el rastro de los corderillos. Hoy no queda ni un solo lobo en estos campos, y ni siquiera perviven en la leyenda del argot popular: los niños de hoy no tienen miedo, ni escuchan tampoco a los viejos embelesados, como hacíamos los niños de mi generación, en las noches de invierno al pie de la candela, relatando historias de lobos indestructibles. Hoy los niños visitan a su abuelo en el asilo. Los chiquillos de hoy no tienen malos sueños, ni pueden sufrir salvajes pesadillas: son de una Aldea gélida y global donde no existe el miedo, tampoco la empatía, aunque campen a sus anchas la corrupción y la violencia. Los niños de hoy desconocen que el pasado fue un paisaje muy gris, un minúsculo rincón en el que sus padres sufrieron la escasez y muchísimas penas, sobre todo los pastores y los pobres labriegos que carecían de tierra y no tenían más riqueza que sus manos para trabajar de una manera digna recibiendo a cambio un sueldo miserable. Y encima de todo había que resignarse, y no protestar. Eran tiempos de silencio.

Por entonces los lobos poblaban las palabras de las personas más viejas del lugar. Y los niños, a veces, soñábamos con ellos y nos visitaban en agrias pesadillas. Juan Fernández, el pastor de Añora, en aquel tiempo, no los soñó, sino que los vio a su lado, cuando estuvo cuidando ovejas allá en la Jara. La presencia del lobo la relacionamos con la noche; sin embargo, Juan los halló a la luz del día.

—En el chozo —me dice—, nos servíamos de un candil pa alumbrar por la noche y, después, con un carburo. En las noches de frío, cuando hacía mucho viento, el candil se nos apagaba a cada instante, y eso era un problema, porque lo volvías a encender y otra vez se apagaba. Cuando hacía mucho aire, en las noches de diciembre, ocurría alguna vez cuando menos lo esperabas que te despertaba el golpe de un tablón, y salías del chozo a ver qué había ocurrío. Había que salir a mirar; ahí no había excusa. Aunque, luego, allí te encontraras una sorpresa.

—¿La sorpresa podía ser un lobo? —le pregunto—. ¿Solían atacar los lobos en la ventisca para despistar al pastor entre tanto ruido?

—¡Qué va, hombre! ¡Qué va! Yo no vi nunca ni un lobo que aprovechara de noche la ventisca pa atacar las ovejas –dice serio Juan —. Los únicos lobos que vi los vi de día. Y fue allí en la Jara. Eso no se olvida. Sólo tuve con ellos, por suerte, un par de encuentros. La primera vez que los vi fue de mañana, cuando noté al ganao un poco nervioso y, al ratillo, observé un perro encimita de una oveja. Parecía que el joío la tenía machacaíta. Así que me fui acercando despacito, sin hacer ningún ruido, y cuando al fin lo tuve cerca comprobé que era un lobo. Empecé a pegarle voces y, al mismo tiempo, le azucé los perros, que traspusieron tras él entre las encinas, pero cuando llegué a la oveja estaba lista. El cabrito del lobo la había ya degollao y el animalito se estaba desangrando.

De repente, se queda muy serio, ensimismado, como si se arrepintiese de haber vuelto a relatar la anécdota violenta y deseara borrarla de sus sienes. Pero luego, enseguida, sin que le pregunte nada, vuelve a cavar en la mina de su alma y extrae otro recuerdo de sus galerías. Es un recuerdo que pesa y, sin embargo, él lo deja fluir ligero entre sus labios para que sus palabras vuelen como cuervos arrastrando en sus alas el nombre gris de la alimaña que, en muchos lugares de entonces, se prohibía. Es posible que Juan desee contar lo de los lobos para exorcizar las sombras de aquel tiempo.

Los pastores y los lobos son conceptos antagonistas. Y se odiaban a muerte en aquellos años tan difíciles donde el porvenir era incierto, quebradizo, y no había otro presente que el de torear el hambre y la vaquilla del miedo a capotazos, con la dignidad y la honradez que siempre albergan los olvidados del mundo, los más frágiles. Los pastores, sin duda, eran unos héroes en aquel tiempo de siluetas lobunas y sombras dictatoriales. A veces los hombres, en aquellos años oscuros, eran más peligrosos que los lobos, aunque los segundos tuvieran que sufrir la negra leyenda que les identificaba.

—Mi segundo encuentro con ellos —dice Juan, evocando de nuevo la sombra de los cánidos— tuvo mucho peligro y pasó to mu deprisa. Yo había vuelto a toparme de nuevo con algotros después del primero, pero siempre iban de paso, de forma que casi no me daba cuenta. La segunda vez que pasó tenía unas cabras y estaban subías en unos peñascales que quedaban bastante alejaos de las ovejas. Y había con las cabras también dos o tres chivillos, pero uno de ellos desapareció en segundos. Ocurrió mu deprisa, porque apenas dio el berrío, el lobo ya lo tenía por el cuello. Lo cogió entre los dientes y

traspuso por el monte, que al pobre chivillo no volví más a verle el aire. ¡Qué fuerza tendrán esos bichos en las mandíbulas pa llevarse una presa entre los dientes como un chivo! No he vuelto en mi vida a ver un caso igual. A los lobos había que temerles más que un rayo; aunque yo tuve suerte, y quitando los que he dicho, no volví a tropezarme con ellos nunca más. A los lobos no quiero verlos ni en pintura.

—¿Y hasta cuándo estuvieron cruzando por la Jara?

—Los perdí de vista después de aquella vez, cuando se llevó uno al chivillo entre los dientes. De pronto desaparecieron de tos sitios, sin que nadie lograra explicarse cómo fue. En la Jara no se volvieron a ver ya más. Acabaron con ellos sin dejar rastro ninguno. Me acuerdo que cuando la peste de los cochinos nos vino una orden de arriba a los pastores pa que tuviéramos los perros bien ataos. Digo yo que pa no correr riesgo ninguno; pero a mí por lo menos no me pareció la idea mu buena y pensé que no sería bueno atar los perros mientras hubiese algún lobo en la Jara todavía. Así que ningún pastor cumplió la orden, aunque tampoco se vio ni un lobo más. Se ve que le echaron veneno o lo que fuese, porque los descastaron en poco tiempo y tos nos quedamos bastante más tranquilos de saber que los lobos ya no iban a molestarnos. Las ovejas así se podían criar mejor, sin ningún peligro que las acosara.

En la compañía del campo

Hace no muchas décadas, en torno a medio siglo, los caminos y senderos eran muy transitados por personas que iban en carros o en borricos, de modo que, más de una vez, cuando pasaban junto a una majada, el mastín que la cuidaba salía presto a ladrarles, aunque no solía hacer daño: el viandante seguía su trayecto imperturbable y el pastor no tenía que llamar al mastín siquiera, porque el perro sabía regresar tranquilamente para seguir defendiendo sus dominios. Normalmente, el mastín, como le ocurre a cualquier perro, suele defender su propio territorio sin hacer daño a nadie que no se adentre en éste. La mejor cualidad del mastín es su nobleza y, por eso, muy pocas personas tienen miedo a que pueda atacarles en la orilla de un camino. Un mastín sólo ataca en contadísimas ocasiones. Antes, cuando en los campos había más gente, dice Juan, el pastor, que nunca había desgracias producidas por perros contra las personas. Y eso que las veredas y los caminos de aquel mundo rural eran como una feria por la que a diario el mundo transitaba. Según Juan Fernández, los campos de antes estaban vivos y eran más alegres y felices que los de hoy.

—Yo nunca, a mis años, me he sentío en el campo solo —confiesa el pastor—. En el campo, en otro tiempo, uno siempre sentía que estaba rodeao. Cruzaba la gente a diario pa tos sitios... Había labraores, porqueros, gañanes, segaores, gentes con sus araos o con sus hoces, según fuera la época. Y en el campo había alegría. Hoy da mucha pena salir al campo algunas veces. En algunos sitios que vas no ves ni un alma. Los días entre semana el campo está muy solo. La gente suele ir al campo los domingos y algunos días de fiesta a echar el rato; pero antes era mu distinto, ya que el campo cuando estaba más lleno era en días laborables.

—¿Y en los días de fiesta la gente cómo actuaba?

—Antes, cuando llegaba una fiesta grande, como, por ejemplo, ocurría en la Navidad, nos juntábamos tos en un chozo o en el cortijo. Allí nos reuníamos pastores y gañanes, talaores y porqueros, caseros y labraores, y cantábamos villancicos, disfrutábamos echando un traguillo y comiendo lo que fuese. Lo único que nos importaba era reunirnos pa compartir lo poco que tuviéramos. Y siempre nos lo pasábamos mu bien. A veces uno echa de menos aquellos tiempos en los que tos nos juntábamos en el chozo pa celebrar cualquier fiesta. Era bonito.

Se emociona al contarlo y su voz se torna juncia, se inunda de cielos suaves de almidón, de madroños ateridos y rojos amaneceres. Cuando habla de entonces crece en los ojos del pastor un puñado de lirios mojados con canela, brota de ellos una luz no usada, antigua, dulce, como de petirrojos amanecidos entre los olmos de un bosque transparente. Y esa luz de los ojos de Juan, cálida y tierna, traspasa los míos y busca en mi alma su acomodo, dorando el humillo de los pensamientos tristes que descansan en ella como armarios polvorientos. Hay luciérnagas vivas dentro de esa voz que ahora flota en el aire de esta casa traspasada por el último resplandor que da la tarde, esa tarde que veo sumergirse en una alberca como una tumba azul sin epitafio. Es curioso cómo se mezclan sensaciones cuando escucho la voz de Juan: una hoja de olmo en mitad de un plato de fresas con azúcar. En su voz sobria y dulce hay muchas sinestesias, una fusión de sonidos y de colores, de tactos dormidos que me llevan a otros espacios donde no existe el tiempo y crece un limbo bautismal de norias dormidas y pájaros de hielo.

—Había un ventorrillo allí —dice el pastor, en un tono líquido, suave y deslizante— al que acudíamos to el mundo de la Jara pa poder echar un traguillo y charlar un rato. Por entoces, no había, me parece, ni cervezas y los hombres bebíamos solamente vino. En aquel ventorrillo no se vendía comida. Las encargás de la compra eran las mujeres. Ellas, de cuando en cuando, iban al pueblo y compraban el jato por lo menos pa ocho días, o a veces pa un par de semanas, según fuese. Siempre lo solían traer de Pozoblanco, que era el pueblo que estaba más cerca de la Jara. Lo traían en los borriquillos, en aguaeras; entoces no había tantos coches como hoy. Cualquier cosa que hacías costaba más esfuerzo.

—¿Qué funciones solían hacer vuestras mujeres? —le pregunto al pastor—. ¿Os echaban una mano o sólo se dedicaban a sus labores y a cuidar en el chozo a los hijos que tuviesen?

—La principal misión de mi mujer era hacer, por el día, toas las tareas del chozo: preparar la comida

—dice—, barrer el suelo, cuidar del hijo, ir a por jato, lavar ropa... Lo más duro de to, me parece, era lavar. Mi pobrecilla mujer, que en paz descanse, tenía que acercarse ca vez que iba a lavar a un pozo que había al lao de nuestro chozo. Pero allí la tenías, hiciera frío o calor, lavando en la pila la ropa que tuviésemos. La vida de entoces pa ella fue mu dura.

Habla de su mujer, ya fallecida, con una sutil emoción que me

conmueve. La nombra con delicadeza, de puntillas, como si la estuviera contemplando en sueños y hablase en voz tenue para así no despertarla. Juan Fernández es un hombre bueno, un ser sencillo que transita por la región de sus recuerdos sin ninguna prisa, con mucha precaución, como si fuese abriendo habitaciones donde teme encontrar un hecho dolorido que le traspase como un venablo el alma. Su voz reconstruye una sublime imagen donde aparece al pie de su familia.

—De la Jara —relata— veníamos al pueblo con la burra. Y el camino se hacía mu largo, casi eterno. Después de la burra, me hice de una bicicleta. Y ya era más cómodo y rápido llegar. De toas las maneras, pa ir al pueblo a por el jato mi mujer se seguía acercando en borriquilla. Y ca vez que íbamos a Añora con mi nene, lo metíamos, me acuerdo mu bien, en una aguaera. Algunas veces lo hablo con mi hijo y los dos comentamos lo que han cambiao los tiempos. Hoy con el coche uno llega a cualquier sitio en un par de minutos. Antes era otra cosa, y desplazarte costaba más esfuerzo.

Las tertulias del Fulano

En la casa que estamos ahora mismo conversando, van penetrando las sombras de la huerta y en la alberca, ubicada al pie del edificio, justo frente a mí, tiembla un resplandor de algas, un fulgor que traspasa los muros de la tarde edificando el silencio en nuestro entorno. Pepe Herruzo, de pie, casi ahogado en la penumbra, observa extasiado el rostro del crepúsculo. Por la puerta penetra en la estancia esa indolencia que despiden las cosas del campo que se mueren sin que nadie llegue a enterarse de que existen. El aire está mustio, como una orquídea en un estanque. Le pregunto al pastor si recuerda el grato ambiente de cuando los hombres, reunidos en la taberna, trenzaban conversaciones hasta muy tarde, hasta que la cháchara se iba desgastando y las palabras pesaban, se caían, como perdices de plomo en el silencio. Pepe Herruzo comenta cuando se reunían con su padre, en la zapatería de éste, hace unas décadas, un puñado de amigos para celebrar la vida pegando la hebra hasta altas horas de la noche. Juan Fernández lo mira sonriendo y nos comenta que recuerda muy bien las tertulias del Fulano, añadiendo, además, que estuvo presente en más de una de las que se celebraban por entonces.

—El fulano, tu padre —dice a Pepe Herruzo, que se abraza a la voz del pastor inmediatamente— era buena persona, un buen compañerete, y yo me junté con él más de una vez pa echar una copa en el sitio que pintara.

Recuerda que, por entonces, en las tabernas sólo entraban los hombres, y nunca las mujeres: a no ser que fuese un domingo muy especial o algún día de fiesta. La sociedad rural era por aquel tiempo muy machista. Las mujeres de entonces se ocupaban únicamente de las labores de casa y se pasaban casi todas las horas del día trajinando. Y apenas salían si no era para hacer la compra en la tienda de ultramarinos más cercana. En Añora, supongo, ocurriría como en mi pueblo. Juan Fernández, el pastor, me saca de la duda.

—Yo qué te voy a decir de las mujeres. Los tiempos han cambiao, por supuesto. Eso está claro —me dice afectuoso, en un tono resignado, como si estuviera pidiendo comprensión para aquel modo de vida hoy ya caduco—. En Añora era entonces igual que en otros sitios. Las mujeres nunca solían entrar a un bar, a no ser que fuese la feria o un día importante. A mí me gustaba juntarme con frecuencia en la zapatería del Fulano, que era el padre de éste —señala a Pepe Herruzo, que no deja de sonreír mientras Juan habla—, y ahí solamente podíamos entrar los hombres. Y hoy reconozco que eso era

mu triste; mientras los hombres estábamos de fiesta, o íbamos al bar, ellas se quedaban en casa. Nosotros bebiendo, y ellas en casa trabajando. Sé que no estaba bien; lo reconozco. Pero el tiempo ha pasao, y antes era así la vida. En la famosa taberna del Fulano más de uno vivimos, es cierto, buenos ratos de cháchara y buen humor cuando pintaba. El Fulano era un hombre sencillo, extraordinario.

El sueldo de los pastores

Juan nombra aquel mundo machista sin ambages, con una naturalidad que desconcierta, como si se avergonzara tiernamente de la realidad que le tocó vivir y, en muchos aspectos, a él le molestaba. No obstante, ante mí, disolviendo la penumbra que en muchos de sus recuerdos aún permanece, intenta evocar lo mejor de su experiencia. Yo le animo a que hurgue en las sombras de aquel tiempo para iluminar sus ángulos más lóbregos, y le hablo de lobos, de hambre, de remiendos, de lagartos y erizos, de alacranes y serpientes; pero en la bondad de Juan no hay hendiduras, sino grietas de luz por las que se escapa el viento más desolado y hosco de esa edad junto al delicado humo de las noches en las que caía del cielo lluvia negra.

—No es que viviéramos —dice— como reyes, pero es lo que había, y uno se adaptaba. En el chozo, como te dije, entraba el frío; pero yo no me acuerdo de haber pasao fatigas. Sí, es verdad que la vida era mu dura; pero yo, por ejemplo, no vi ni siquiera una culebra en mitad de mi chozo, pues tenía un par de gatillos que impedían que entrase dentro cualquier bicho. Lo tenían to limpito de ratas y culebras.

—Había una leyenda —le digo en un susurro— que atribuía creencias extravagantes relacionadas algunas con los gatos, con las culebras y con los aparecidos. ¿No ha escuchado nunca hablar de estos asuntos?

—Esas cosas tan raras en Añora no se oían —responde seguro, sin titubear—, o yo, por lo menos, no he sabido de esos temas. A lo mejor, otros pastores sí lo saben, o lo han escuchao decir a otras personas. Yo no creo, de toas formas, en esas cosas raras.

Juan Fernández es un hombre ceñido a lo real, con los pies en la tierra, nada dado a la ilusión de vagar con el alma perdida en otros ámbitos que no sean los de su creencia, según dice, en un ser superior que rige el universo y los espacios infinitos de este mundo. Él atribuye los cambios meteorológicos, la sequía, la lluvia, el frío o la calor, a ese Ser Superior que produce la armonía y el equilibrio de la Naturaleza.

—Me crié desde chico en la creencia de que hay Dios —afirma tranquilo—, aunque yo no sé explicarlo. Hoy lo sigo creyendo también, aunque soy viejo.

Y de la idea de un Dios supraterreno, enseguida, al instante, bajamos a la realidad, a los detalles minúsculos y sencillos que en la

vida de un hombre humilde importan tanto. Y Juan habla de pájaros, de alondras y perdices, de ruiseñores, tórtolas y vencejos.

—Antes había más pájaros que hoy cuarenta veces

—apunta el pastor—. Lo que pasa es que hace años empezaron a echar polvos de esos, insecticidas, y fueron acabando con ellos poco a poco. Y algo parecío pasó con los lagartos.

—Te doy la razón —comenta Pepe Herruzo, que, hasta este momento, se había mantenido casi al margen, disuelto en la azul penumbra de la estancia ya preñada de sombras y ecos del poniente—. Los lagartos desaparecieron en pocos años. Y, de verdad, fue una pena. Eran bonitos y daba alegría verlos corretear por cualquier camino o pared, porque había muchos. Yo los solía cazar con mis amigos llevando una especie de arpón y los apañaba. A mí me gustaban. Tenían la carne blanca. Eso era otro tiempo, cuando era yo un chaval. Hoy, por desgracia, hay pocos lagartos; aunque hace poquillo se han vuelto a ver de nuevo.

***

Dentro de la tarde vieja, moribunda, un murmullo de esquilas llega hasta la casa como un sereno fulgor de cascabeles. Juan comenta que son las ovejas de José Reyes desfilando nerviosas en busca del establo. Según él, a esta hora empiezan a remolonear y a moverse cansinas entre las sombras de la cerca. Es como si se despidieran con el sol de lo que han vivido durante todo el día. El sonido de las esquilas huele a azúcar, endulza la levedad de los murmullos que ocurren mientras nos quedamos suspendidos, meditando lo que diremos en un instante. El paisaje, a esta hora, se llena de preguntas: las aves que cruzan el cielo son respuestas. Frente a mí, en la línea añil del horizonte que se tiende detrás de la alberca atardecida, hay un fulgor sereno de violetas que cubre los cerros lejanos, casi azules, y los eterniza en un abrazo púrpura. La penumbra, no obstante, en la casa va adensándose, aunque en ella resultan más blancas las palabras, como llenas de luz, que pronuncia Juan Fernández, derramándolas en la brisa con sosiego. El pastor evoca el temblor de los cencerros (llevado por el rumor de las esquilas que tiembla en el aire) y me explica amablemente cómo los reparaba con frecuencia cuando se desajustaban de repente produciendo una música amarga y desabrida.

—Los cencerros deben sonar como Dios manda —dice el pastor— y no suenan tos lo mismo. El cencerro suele sonar según el tamaño, o la forma que tenga. No es lo mismo un cencerrón que una cencerrilla

pequeña. Por supuesto, deben sonar de forma diferente. Hay veces que se desajustan los cencerros y hay que arreglarlos, o ponerle lengua nueva. A mí se me dio mu bien lenguar cencerros. Lo hacía por entonces, cuando estaba de pastor, con rabilones de material usado que me daba Francisco el Fulano en su zapatería.

Juan se levanta tranquilo y, tanteando la soledad que hierve en la penumbra, va hacia una mesa oscura que hay al fondo y toma una esquila pequeña. Se me acerca y me muestra el objeto que tiene entre los dedos.

—Fíjate en estos hoyos que tiene la cencerra —y me pone la esquila delante de los ojos—. ¿No ves los chicos que son? Se notan poco y los tienes que ves acercándolos a la cara. Pero son importantes; vaya si lo son: según le des golpecitos en un lao u otro, la cencerra tendrá un sonido diferente.

Le pregunto si las esquilas y las encerras que había en su rebaño las elaboraba él o venían, al contrario, ya hechas de otro sitio. Y percibo que la pregunta le molesta. Aunque no logro entender por qué motivo; quizá lo conduzco a que descubra algún secreto guardado por los pastores firmemente. Yo siempre pensé que las esquilas las hacían ellos; pero no es así. Juan me lo confiesa:

—Las cencerras las hacen en un pueblo de Badajoz, pero curiosamente no traen lengua —Y me muestra una que tiene entre los dedos—. Tú fíjate en ésta. ¿La ves? Pues esa lengua la ha tenío que poner un pastor o alguien que sepa. Hay que tener bastante habilidad, y no vale to el mundo. Lo primero es que te guste. A mí siempre, como te he dicho, me ha gustao. Lo de lenguar cencerros se me ha dao bien. Hoy ya vienen las lenguas de fábrica, hechas en serie; pero hace ya años, cuando estaba de pastor, yo mismo las preparaba en un plisplás, cogiendo un palillo de encina. Y era fácil. Lo primero que hacía era sin prisas debastarlo utilizando pa ello una zoleja. Después lo afinaba con una navajilla y le hacía un agujero para entrarle el rabilón que me iba a servir pa atar la lengua del cencerro. Hoy toas las lengüetas las hacen con un torno. El material del cencerro era de cobre, pero ya casi nunca se hacen artesanalmente.

***

Sigue el cansino rumor de las esquilas a unos treinta o cuarenta metros de la casa donde, ahora, puede aspirarse el desaliento que producen los campos ebrios de anchas sombras, con los caminos bordados de penumbra. En media hora o así se hará de noche, y me

apresuro a acabar la charla amena que tengo con Juan. No deseo incordiarlo más; aunque él me comenta que aún no tiene prisa y puedo seguir preguntándole lo que quiera. Toma asiento de nuevo, tras abandonar la esquila en la mesa borrosa, ya casi invisible. Pepe Herruzo comenta que está cerca la noche. Y le pregunto a Juan, de sopetón, por el sueldo que antaño tenían los pastores. Y él me mira extrañado, con un punto de indolencia. Quizá porque no esperaba la pregunta o, también, porque ésta le ha desarbolado.

—¿Tú te puedes creer que un pastor tuviera sueldo? Si es que piensas así —dice en tono amargo—, no tienes ni idea de cómo era la vida de un pastor por entonces, pues no tenías ni sueldo. Había mu poco dinero; ya lo sabes. Y no podías pedir ni exigir na; tenías que aguantarte con lo que te dieran. Te pagaban el jato y tú, como pastor, siempre tenías un cachillo del rebaño, y el rendimiento final de ese ganao era el poquillo dinero que sacabas. Tenías, por ejemplo, dieciocho o veinte ovejas y lo que esas ovejas pariesen era tu sueldo, la poquilla ganancia que podías sacar al mes; de manera que había que mirar por to el ganao pa que fuera bien el negocio pa unos y otros. Pa el pastor y pa el amo. Y no quedaba otra. Tuvo que pasar algún tiempo, muchos años, pa que tuviese yo un sueldo. No lo olvido.

—¿Tampoco tenías por otro lado ayudas que te permitiesen vivir más holgadamente? —le pregunto a Juan—. ¿No había otros ingresos?

—Hombre, ayudas, ayudas, no tenía. Pero siempre había algo en lo que uno trabajaba pa ir un poquillo mejor. To venía bien. De forma que, cuando yo estaba de pastor en la finca la Jara, preparé mi huertecillo no lejos del chozo, cerca de un pocillo pa que, de esa manera, no faltara el agua. Lo que daba aquel huerto me ayudó en la economía: con los tomates, cebollas y pimientos hacíamos mu buenos pistos, la verdad. Así que ya ves: siempre había algún trabajillo, además de cuidar las ovejas, en que entretenerse.

—Y, hablando de entretenimientos, ¿hacer el chozo era tan duro y difícil como dicen?

—Es verdad que hacer cualquier chozo tenía miga; pero uno se había acostumbrao y lo manejabas. Pa que veas las curiosidades de la vida. El último chozo que hice, no hace mucho, fue un encargo que tuve pa llevarlo a un Portal de Belén, aquí, en Añora. El armazón lo hicieron en una fragua. Y ahí estuvo el fallo, en haberlo hecho con hierro, en vez de con palos de encina, que es lo suyo. De manera que cuando le puse encima el pasto y le quise dar forma al chozo, fue imposible, porque los juncos y el pasto resbalaban y no había quien

fuese capaz de construirlo. Pa hacer cualquier chozo hay que poner palos cruzaos pa ir sosteniendo encima paja y juncos.

***

El chozo, la lluvia, los lobos, la posguerra, el latido de los caminos llenos de almas, de personas sencillas subidas en sus borricos o en sus carros de sombra camino del silencio y de la amarga penumbra del crepúsculo. Los pastores guiados en medio de la niebla por el cristalino son de las esquilas. El trabajo de los pastores era durísimo y no estaba pagado, ni mucho menos, en aquel tiempo donde tanto se les doblegaba a los humildes. No se podía hacer nada; así era el mundo. El sueldo de los pastores hoy es más digno, aunque en más de un lugar siga habiendo «amos» negreros que abusan de sus obreros como antaño y no les dan el dinero que merecen, y si acaso lo hacen, y les pagan un sueldo digno, los engañan, por otro lado, con los «papeles»: es decir, no les pagan la seguridad social o no dan por ellos la cantidad proporcional que habrían de cotizar por sus seguros. A estas alturas, en pleno siglo XXI, siguen produciéndose abusos miserables y aún quedan personas, dueños de fincas ganaderas, que tratan a sus subordinados con desprecio y se sienten sus «amos», los dueños de sus vidas. Me parece injusto, y mucho más a estas alturas, que sigamos viviendo escenas miserables, propias del país en los años de posguerra, cuando se trabajaba de sol en sol, en jornadas de hierro, por un «cacho pan duro». Y en los últimos años hemos regresado a eso; pues la precariedad campa a sus anchas y, por desgracia, abundan los abusos, los ninguneos y los míseros pillajes.

El vuelo de los patos

La tarde se ha echado sobre el pastizal como una mastina delgada y transparente de piel aterciopelada, y en su sitio ha dejado el anochecer gotas de hollín que van desgastando despacio las presencias y emborronando las formas del paisaje delicadamente, casi con dulcedumbre. En el cielo quedan guedejas de altas nubes que el frío del anochecer transforma en rosas y, luego, en láminas suaves de salmón con los bordes casi agrisados y purulentos. Las campanas de Añora, a un kilómetro de aquí, clavan su tañido en la piel de la penumbra que apaga las formas sinuosas de los campos. De pronto, como si de flechas se tratase, afiladas figuras de luz cruzan el cielo. Adivino que son las siluetas de unos patos que, incomprensiblemente, se desploman y aterrizan a no muchos metros de la huerta, detrás de un pequeño corral de la majada.

—Ahí los tienes —me dice Juan, en tono amable—. Este año se ven los patos hasta en la sopa. Otros años de atrás no veías ninguno; sin embargo ahora hay patos por toas partes. Hace ya mucho tiempo, cuando estaba de pastor junto al río Guadamora solía encontrarme algunos; pero no los cacé. Me daban mucha lástima. Un día me encontré un pasadizo entre los juncos, y, desde allí, podía verlos mu cerquita. Los machos tenían el pescuezo mu bonito, de color entre verde y azul. Eran preciosos.

—¿No has probado nunca su carne? —dice Pepe—. El pato, bien cocinao, está extraordinario.

—Nunca se me ha ocurrío, la verdad —responde el pastor—. A mí, como bien sabes, la caza no me ha gustao y siento lástima de matar cualquier pájaro. Yo no valgo pa eso.

La respuesta de Juan es una daga de cristal que traspasa el aire elíptico, ya umbrío, y abre un resquicio en el anochecer que nos cubre los ojos y el alma con su manto. Me despido de Juan Fernández, un buen pastor del pueblo de Añora, con la sensación vital de que nuestro encuentro ante todo ha sido mágico. He conocido una vida hermosa, cálida, y su poso de sobriedad, de honda ternura, produce en mi alma la extraña paradoja de hacerme feliz y dolerme al mismo tiempo, pues me duele la vida gris de los pastores a la vez que su ejemplo, tan alto, me ilumina y me hace tocar el aura de la sobriedad: la mejor cualidad que ellos cultivaban para salvarse del miedo y la derrota, del vil aguijón de la pesadumbre. De aquella batalla oscura, desigual, que sostuvieron antaño con sus amos, los pastores, al final, resultaron

invictos. El tiempo acaba poniendo en su lugar la luz verdadera que rasga la penumbra: la bondad de los unos destelló sobre el pillaje y la maldita codicia de los otros.

***

Unas horas después de la entrevista a Juan Fernández, al abrir el correo electrónico en mi casa, me encuentro con las palabras de su hijo temblando de frío en la pantalla fluorescente: son palabras muy hondas, cuajadas de ternura, frágiles como un gorrión recién nacido en una mañana de abril llena de escarcha. Es curioso cómo se funden los dos tiempos: pasado y presente, la luz del silencio, el resplandor de la antigüedad, con el destello parpadeante de la modernidad más absoluta. Internet abrazado al idioma de los campos. La lentitud y el vértigo fundiéndose.

El hijo de Juan, José Fernández Gil, profesor de Lengua y Literatura Española, me envía desde Córdoba fragmentos de su infancia envasados en veloces cápsulas de nieve, porque sus palabras, que ahora leo en mi ordenador, vienen de lejos y guardan en sus siluetas un zigzagueo sutil de claridades y fulguraciones líricas que brotan del manantial sin fondo del pasado. Las palabras de Pepe, el hijo del pastor, levitan dentro de mí cuando las leo como hojas de un chopo dentro del invierno. Penetran en mi corazón como hoces de agua y conmueven mi alma frágil y aterida. Lentamente van depositándose en el sitio donde mi conciencia guarda la penumbra. Las palabras de Pepe, el hijo del pastor, cuando llegan a mí son lágrimas de olivo, corderillos sin madre en medio de una niebla donde nunca amanece ni brota el sol de marzo.

Son tres fragmentos líricos muy lindos que aquí reproduzco con fidelidad, tal como su autor los ha puesto en mi correo. Después de imprimirlos, me parecen aún más hermosos que cuando parpadeaban en la pantalla como líquidos náufragos o estrellas a la deriva. Las palabras de Pepe Fernández son diademas que, en la lejanía del tiempo, aún resplandecen e iluminan paisajes desgastados e íntimos.

La tormenta

Mi abuelo fue pastor. Mi padre fue pastor. Yo tendría apenas un año la noche de la tormenta. La choza que había construido mi padre (y de la que se enorgullecía de que nunca tuvo goteras), empezó a crujir azotada por el viento y la lluvia. Mi padre me cogió entre los brazos y agarrada a él mi madre, en la oscuridad de la madrugada, tuvimos que refugiarnos en la enramada donde dormían las ovejas. Allí acurrucados los tres esperamos el amanecer de un nuevo día.

Los viajes

Después nos fuimos a la finca de «La Jara». Eran los primeros años de mi vida. En mi memoria sólo unas imágenes de atardeceres y amaneceres entre las encinas. Periódicamente veníamos al pueblo a por «jato», en una burra vieja y famélica. Mi madre me metía en una de las «aguaeras». A veces se caía para desesperación y disgusto de mi madre, y allí permanecíamos en la cuneta de la carretera hasta que uno de los escasos coches que pasaban se detenía y nos ayudaba a levantar al animal. Años más tarde tuvimos que venderla con tristeza porque ya no se sostenía dentro de su pellejo. Entonces íbamos en el coche de línea que se detenía a mitad del campo, a la altura del cortijo. Recuerdo con especial ternura dos cosas: los barquillos que mi madre me compraba en el quiosco enfrente de la parada, su olor (mi magdalena proustiana) y las postales que había en los respaldos del autobús; había una de la plaza de España en Madrid. Me parecían inmensos los dos viejos rascacielos y el conjunto en general. Actualmente suelo visitar los cines de la calle Princesa a escasos metros del edificio España y tomar un café en sus bajos. Me sigue emocionando el recuerdo de aquellas postales y asombrando la escasa distancia que hay entre el sueño y la realidad. Aquellos lugares le parecían lejanos y magníficos a un niño que sólo conocía

la dehesa.

Los libros, la escuela

Mi primer libro fue un manual de Historia que el administrador de la finca me regaló. No era nuevo, naturalmente. Recuerdo de él un dibujo que representaba a Alejandro Magno en una batalla contra los persas. Y mi padre me compró mi primer libro. MÍO. Lo conservo, se llama Lecturas de Oro. Mi padre me hacía copiar una de sus páginas y me ponía una operación de cada una de las cuatro reglas que yo solía hacer a la puerta de la choza por las mañanas. Mi primer maestro fue un ferroviario que vivía en el apeadero de la Jara. Es difícil que alguien aprenda sin el concepto clásico de la «auctoritas». Aquel hombre lo tenía y se sentía diferente al resto de trabajadores que vivían por la zona. Estuve yendo un verano a recibir sus clases durante la siesta de cuatro a cinco de la tarde en un cuartucho que servía de salita, comedor, escuela y lo que hiciera falta. El apeadero estaba a cuatro o cinco kilómetros del cortijo y mi padre me llevaba en el portamaletas de la bicicleta, pero el camino estaba sembrado de tachuelas y a la mitad del mismo la rueda solía pincharse para desesperación suya y mía por el mosqueo que cogíamos. El primer día nos pasó a la cocina y mi padre se despidió. Me quedé a solas con él, muy atento a lo que pudiera decir. Yo me quedé mirando un retrato del Papa Montini que había sobre la chimenea. Y entonces me dijo que aquel hombre cuando era niño también iba caminando por el campo todos los días varios kilómetros para poder ir a la escuela. Y añadió que el retrato lo había hecho su hijo que ahora estudiaba en un colegio de Ferroviarios. En aquel momento sentí la primera y más intensa vocación de mi vida. Yo también quería ser... PINTOR como su hijo. Lo de Pastor de la Iglesia Universal como que no.

***

Después de leer, y releer, los tres recuerdos que José Fernández Gil puso en mi correo (y acabo de reproducir con fidelidad, tal como aparecieron en mi pantalla) me siento feliz, también reconfortado, convencido de que su padre, Juan Fernández, vio materializarse gratamente en la piel de su hijo los sueños que él tenía, ese sano afán de estudiar y poder absorber las mejores sustancias que hay en la Cultura. Hoy José Fernández, el hijo del pastor, un hombre muy culto, lúcido y sensible, ha sabido plasmar en su ordenador hermosos fragmentos de su niñez lejana y, de una manera tierna y emotiva, en esos escritos quizá inconscientemente ha expresado todos los sueños de su padre: el afán de aprender, las ansias de viajar, la ilusión por desarrollar sus cualidades, ideales sublimes que él padre no logró porque el destino no estuvo de su lado. Todo eso rezuman los textos

de su hijo: un poético espacio de hermosas sensaciones y de recuerdos batidos por el tiempo. Luego están, por supuesto, dentro de esas líneas, en esos fragmentos extraídos de su alma, la honradez de los pobres y la profunda dignidad de los limpios de corazón, como ese niño que escribe a la puerta de un chozo primitivo con el pensamiento clavado entre las nubes, o ese otro que va a la casa del ferroviario para aprender sus primeras letras y ve al Papa Montini sobre la chimenea, simbolizando un mundo al que él no aspira. Son pequeños detalles que hablan de la vida de escasez que llevaban antaño los pastores. Cuando uno los lee, se siente conmovido y en su conciencia bullen sentimientos que nada tienen que ver, por otro lado, con el espantajo de la sumisión ni con el pájaro gris de la derrota que ayer propiciaron los amos codiciosos.

Apago el ordenador, salgo de mí. Me duele la vista y la acomodo al exterior, a la luz de la habitación donde, ahora mismo, mi hija pequeña hace los deberes que habrá de llevar mañana al Instituto. La miro con una extraña gratitud, como si no mereciera, de algún modo, tener ante mí su cálido presente, su prodigiosa y esbelta juventud atada a una realidad mucho más cómoda que la que yo disfruté hace varias décadas. Sin embargo, no debo quejarme de mi infancia. Mi hija, a mi lado, me evoca lo que fui; sin abrir siquiera los labios, está diciéndome, sólo con la mirada, sin saberlo, que en el fondo también yo fui un privilegiado porque pude acceder, como ella, a una Cultura que a otros les fue prohibida aquellos años. Cuando pienso en tantos pastores sin estudios que apenas logran leer con mil apuros, me duele haber sido un ser afortunado, simplemente porque el azar me acompañó. Otros, no obstante, no tuvieron suerte. Y, a pesar de todo, no guardan rencor a quienes rigieron un país agreste, edificado en la represión y el miedo, cebando su ira siempre con los frágiles, con los hombres sencillos a los que aplastó el silencio y, en mitad del olvido, abandonó el rumor de un lejano futuro que a ellos no llegaba y no alcanzarían durante varias décadas.

CAPÍTULO IV. LA EDAD DE LAS TORMENTAS

La orfandad de la sangre

Mayo de plomo. Las nubes cruzan raudas la perezosa línea de los montes y, a lo lejos, la luz, muy negra, borra y pule el horizonte roto por el agua. Una cortina gris cubre la tarde, y ésta se va descorriendo lentamente a medida que va la lluvia desplazándose del oeste al oriente. Los vencejos chillan raudos, como niños asustados en el aire tormentoso. Hacia el norte, el cielo muy negro se apelmaza como un enjambre plomizo de tinajas que ruedan sobre los cerros hasta agrietarse en el paisaje amarillo. El pastizal, de oro fundido y azufre, es una sábana pespunteada de álamos y encinas. Los caseríos, tan solos, allá en la hondura, dejan su nota de cal íntima y nubil alegrando tímidamente un decorado donde supura el dolor de las palomas que huyen hacia el campanario de la iglesia buscando quizá el refugio de sus nidos.

Desde Villanueva del Duque a Alcaracejos, hay tres kilómetros lánguidos de asfalto sobre el que chapotean mis recuerdos igual que burbujas de lluvia cristalina. Ensimismado, abstraído en el viaje, diviso dentro de mi alma la estación ya clausurada del ferrocarril y el bar pequeñito al que acudía, muchas tardes, después de haber acabado su faena en la cercana cantera de granito, mi abuelo Alejandro cabalgando en su borrica. Veo sus ojos y el cielo oculto en su mirada. Paseo por el azul de sus pupilas y huelo su aliento de vino y aguardiente dorando mi sangre, hundiéndose en mi espíritu. Adherido a la imagen celeste de mi abuelo en la vieja estación del tren, piso las calles del pueblo sumido en mitad de una tormenta que estrangula sin tregua ahora mismo el viejo silo donde se amontonaban toneladas de cebada y de trigo no hace muchas décadas.

Frente al silo de cereales, ya en desuso, se alza la Residencia de enfermos de Alzheimer, un edificio amplio y luminoso ubicado a unos metros de la carretera a Pozoblanco. Entro en él emocionado, con la sensación de adentrarme en un espacio lleno de seres tiernos, leves, frágiles. En uno de los rincones de la estancia deambula aterida una mujer mayor de unas facciones dulces que me mira como si en mí viera el hijo que no tuvo o un familiar que recuerda vagamente. Siento impotencia, dolor, misericordia, mientras atravieso esta estancia iluminada donde se hacinan espíritus vacíos, desgarbadas siluetas, miradas sin raíz, voces de sombra que aún siguen naufragando mientras buscan la lejanía de su origen, los trozos de identidad que ayer perdieron.

Después de dar vueltas por un salón amplísimo, se acerca a

atenderme una chica joven. Le pregunto, sin más dilación, por un señor que se llama Virgilio y viene cada tarde a visitar a Carmen, su señora. Y la chica, muy amable, me acerca a una habitación donde el silencio huele a clorofila y al aséptico aroma que flota en las Urgencias. Ahí encuentro a Virgilio, el hombre que venía buscando para charlar con él sin prisa alguna de su larga experiencia en la labor del pastoreo. La voz temblorosa, limpia, del pastor gravita en la habitación resucitando rincones y espacios rurales de otro tiempo, atado al silbido del viento en los zarzales.

—Me llamo Virgilio Martín —confiesa el hombre, mientras me estrecha la mano con afecto—. Desde que me recuerdo fui pastor y desde niño he estao cuidando ovejas —la voz de Virgilio es sobria, de cuarcita, una voz que, de frágil, parece fragmentarse en miles de esquirlas que ahora reverberan a un paso de mí invocando la piedad o quizá el resplandor de la misericordia—. He cumplío hace poco los sesenta y nueve años. Y mi mujer, que tiene menos edad, ha estao toa su vida junto a mí en el campo. Estuvimos los dos viviendo mucho tiempo en un chozo que había al pie del pozo los Tres Palos. Yo me he pasao toa mi vida de pastor, hasta que, a la fuerza, un día me jubilaron porque llevaba arrastrando hernia de disco. Pero aguanté, vaya si aguanté: los años que estuve en el campo no se olvidan.

Le pregunto a Virgilio por su origen familiar y me dice que viene de una raza de pastores, que sus abuelos y sus padres hicieron igual, lo mismo que él: estar al cuidado de un rebaño de ovejas y de cabras desde que eran muy pequeños. Mientras me habla el pastor, recuerdo los versos emocionados de uno de los libros de Julio Llamazares, La lentitud de los bueyes, en el que flota la atmósfera grávida de un mundo campesino enmarañado en la niebla de la historia, donde aún permanece el halo de los hombres que supieron vivir en armonía con la tierra.

—Yo nací en Villaralto, cuando había empezao la guerra —confiesa Virgilio agachando la mirada—. Y aquello fue un tiempo mu duro pa to el mundo. Me recuerdo de toa la vida, desde chico, yendo con mi familia de un lao a otro, de cortijo en cortijo, durmiendo siempre en chozos. Conozco bien muchísimos parajes. Pasé largas temporás en varias fincas situás entre El Guijo, Dos Torres y Pozoblanco. Luego, ya de casao, me fui a servir con una familia de Villanueva del Duque, y estuve pastoreando en el Quesar, junto a la carretera de Peñarroya, y algo después me fui pa El Cuartanero.

—¿Y en qué finca estuvo usted más tiempo?

—En el sitio que estuve más años de pastor fue en la finca última, al lao de Alcaracejos, en un sitio que llaman el Pozo los Tres Palos. Ahí estuve viviendo más de treinta años y es el sitio de tos que le he tomao yo más cariño. Fueron muchísimos días de mi vida. Y allí, en aquel chozo, crié a mis nenes desde chicos. Yo a ese lugar le tengo mucho afecto, porque he vivío ahí momentos inolvidables.

El lugar del que me habla Virgilio emocionado está situado a un kilómetro de Alcaracejos, en dirección sur, hacia unas minas donde antaño hubo una gran producción de plomo y plata. El pozo de mina ya hace tiempo fue cerrado y su entorno ahora huele a tristeza y abandono. El paisaje, no obstante, es ameno, muy atractivo. A no mucha distancia del pozo de la mina, junto a otro famoso pozo, el de los Tres Palos, construyó hace unas décadas Virgilio su morada, un rudimentario chozo construido con palos de encina, tamujos, juncos y paja. Antes de éste, no obstante, el pastor construyó otros, pues siempre vivió en mitad de la dehesa y durmió, por entonces, pocas noches en una casa. Su vida en el campo, en aquella edad de nieblas, remiendos y ventiscas, debió de ser muy dura.

Le pregunto a Virgilio si pasó en el campo penas:

—Reconozco que sí. La vida era mu negra —se apresura a decir el pastor—. Pues pa empezar yo me quedé huérfano mu chico. Mi padre murió recién terminá la guerra y aquello pa mí, la verdad, fue un palo fuerte. Empecé a cuidar las ovejas con mi hermano, más grande que yo, me llevaba quince años, y me tuve que hacer a vivir ya sin mi padre. Nos ayudábamos mucho en la familia. Mi hermana ayudaba a mi madre en las tareas que hubiese en el chozo y mi hermano, el más mayor, tuvo que hacer el papel de nuestro padre, y yo le ayudaba en to lo que decía. Y no te podías quejar. Es lo que había. Yo nací con la guerra, en el 36, y mi padre murió cuando tenía tres añillos. De él sólo guardo un recuerdo mu lejano, casi como entre sueños, algo mu bonito; y es que le vi llegar una noche al chozo y me dijo que entrara la mano en el zurrón, y me quiero acordar, ya digo, en un ensueño, que me pareció tocar una liebre muerta, que era lo que entoces mataban los pastores. ¡Mi padre venía a traerme un regalillo! Era un hombre mu bueno. Tuve mala suerte... Me hubiera gustao disfrutar de él muchos años. Pero tuve mu mala suerte. Así es la vida.

***

La orfandad de la sangre nos lleva a la escasez, y de ahí al asunto del hambre hay pocos metros; sin embargo, Virgilio (hermoso nombre de poeta), al preguntarle si el hambre le azuzó por aquellos años

difíciles y oscuros, me tranquiliza al instante cuando dice:

—Yo, gracias a Dios, cuasi no recuerdo el hambre; sí me acuerdo que los patronos eran mu buenos y, estando en El Guijo, cuando íbamos a su casa, nos daban mucha comida. Te lo juro. Aquellos patrones tenían buenas entrañas. Tuvimos muchísima suerte, la verdad. Por mucha escasez que hubiera en esos años no nos faltó jamás un cacho de pan. Yo siempre agradeceré, esa es la verdad, el mucho bien que me hicieron aquellos hombres. Los amos no son tos iguales, hay malos y buenos. Mi familia y yo fuimos unos afortunaos.

—Entonces, ¿fuiste feliz en El Guijo?

—La verdad es que sí. Yo estuve allí muy bien. Aunque yo era mu chico, guardo siempre buena imagen de cuando estuve viviendo al lao de El Guijo. El chozo quedaba cerquita del Cuartel de la guardia civil, y me acuerdo claramente que mis amigos iban a recogerme, cuando había alguna fiesta, a la puerta del garito. Y te juro que lo pasábamos muy bien; había poco dinero, esa es la verdad; pero había, sin embargo, muchísima alegría. Después de acabar to el jolgorio de la fiesta, bien entrá la noche, me acercaban mis amigos otra vez a mi chozo y allí nos despedíamos. La gente de entoces era mucho más amable y más sencilla también que la de hoy. Me acuerdo de aquellos amigos. Eran buenísimos. Las cosas de chico se quedan entre los sesos, mu bien guardaítas, y nunca se te olvidan.

Las alimañas del frío

El invierno llegaba como un furtivo a la dehesa y, cuando lanzaba al aire un estornudo, las encinas temblaban y crecía en la hierba un manto suave de escarcha y rocío que jamás se iba del todo hasta que el sol no acababa de elevarse y colgaba su lámpara gualda, vaporosa, en el centro de un cielo blando y azulísimo. En el Pozo de los Tres Palos, junto al chozo, Virgilio hubo de pasar inviernos duros y, más de una vez, tuvo bajas en el rebaño debido al zarpazo del frío que en diciembre congelaba los charcos y las fuentes de esos pagos. Y por esas fechas también, incluso antes, Virgilio escuchaba a los lobos desgarrando la piel de los campos con sus fúnebres aullidos. El pastor, por entonces, no usaba otra herramienta que un sencillo garrote para ahuyentar a las alimañas que se acercaban al chozo demasiado y ponían en peligro la razón de su sustento. Es verdad que había algún pastor con escopeta, pero esto ocurría en casos muy contados; normalmente, el pastor no necesitaba un arma para asustar a los lobos o a los zorros, que también abundaban, de sus

cálidos dominios.

Los lobos murieron, pero, al poco, otras alimañas ocuparon el hueco que éstos habían dejado. Y los sustitutos, bastante más pequeños y, al mismo tiempo, mucho más vivaces, fueron sus primos los zorros: claros símbolos de la astucia silvestre y la sabiduría. Todo el mundo conoce el dicho popular que compara a los hombres astutos con los zorros. Y es que estos pequeños cánidos sagaces han sido, y aún son, el azote de los pollos y de otros animalillos de la granja, como, por ejemplo, los pavos y los conejos.

Virgilio lo sabe muy bien por experiencia.

—Los zorros eran más abundantes que los lobos —me espeta el pastor, engrasando sus palabras e inundando su limpio discurso de saliva—. Lo que pasa es que no eran dañinos pa el ganao, aunque también hacían sus cabronás y, de vez en cuando, liaban alguna ricia. Había veces que si se quedaba un borreguillo demasiao rezagao o a rastras del rebaño lo cogía una zorra y te lo rapiñaba. Pero eso no era frecuente, lo normal es que los zorros atacasen a las gallinas. Nosotros teníamos un chocillo de gallinero y, aunque cerraras la puerta por la noche, las zorras más de una vez se metían dentro, y acababan formando alguna zapatiesta. Y otro tanto solía pasar con las ginetas, que también atacaban bastante a las gallinas. Un día nos formó una gineta un buen barullo. Me acuerdo que fuimos al entierro de mi

madre y, mientras estuvimos tranquilos en el asunto, se coló una gineta en nuestro gallinero y, en mu poco tiempo, lió la judiá. Dejamos a la casera al cuidao del chozo, y cuando volvimos a otro día del entierro, mi mujer y yo encontramos el panorama. Habían muerto, me acuerdo, casi toitas las gallinas; se salvaron un par de ellas que tenían en el pescuezo, las pobrecillas, los dientes señalaos. Las ginetas no suelen comerse lo que matan, aunque siempre dejan los bichos desangraos: les chupan la sangre a tos por el pescuezo y después los dejan tiraos en cualquier sitio. Aquel día la gineta mató veinte gallinas. La casera que había en el cortijo las apañó. Al volver del entierro vimos la ristra en una cuerda. Y, por lo menos, pudimos aprovecharlas, que las gallinas estaban casi intactas.

—Aquella masacre la hizo una gineta —le digo a Virgilio, que me mira con asombro—, pero ¿nunca asaltaron los zorros el gallinero?

—No me hables de zorros, que esos sí que son canallas —asevera el pastor—. Pues los zorros si la lían, cuando la lían, siempre la hacen gorda. Y no miran si son gallinas lo que matan, que se atreven también con otros avichuchos. Nosotros tuvimos un tiempo muchos pavos, una buena parva de más de una docena, y, al llegar la noche, los encerrábamos en un chozo. Pero en una ocasión llegaron las zorras por sorpresa y no sé cómo se pudieron meter dentro, pero el caso es que nos mataron cinco pavos, y ahí sí que se los comieron tos enteritos, que las zorras son mucho más grandes que las ginetas y la ricia que nos liaron fue tremenda. Cuando nos dimos cuenta del desastre, de los pavos quedaban las patas y las plumas.

***

Virgilio comenta que las gallinas en aquel tiempo ayudaban a la economía de los pastores y alegraban el campo con sus cacareos. Según cuenta Inés, la hija grande del pastor, algunas solían subirse a lo alto del chozo y, allí, muy tranquilas, hacían sus ponederos y escarbaban buscando comida: saltamontes, alguna babosa o un grillo despistado que, en la cumbre amarilla, hacían sus escondrijos. Luego Inés o su hermano tenían que encaramarse al chozo a buscar la puesta de huevos entre las pajas, pues, si dejaban tranquilos a los avechuchos, éstos acababan dañando la techumbre después de haber escarbado en los pajuzcos.

Inés y Virgilio, los hijos del pastor, hablan de las gallinas y de las zorras como de algo muy próximo, familiar e íntimo, como si lo hicieran de algún pariente amado que hubiera vivido en el chozo mucho tiempo y un día, de repente, huyó sin despedirse. Mientras

tanto, Virgilio, hundido en viejos pensamientos, parece estar lejos de la habitación, en la que penetra, a través de una ventana, el fragor de la lluvia que cae en el exterior con una violencia insólita y amarga. Mayo se ha despertado enfurecido este día posterior a San Isidro y ha escondido el azul en un cofre tenebroso, un inmenso baúl cargado de tormentas que ahora arroja sobre Alcaracejos sus despojos en forma de granizada y negra lluvia.

El pastor permanece abstraído unos segundos, pero sale enseguida de su ensimismamiento e incide en un tema ya aparcado antes. Él lo vuelve a azuzar de un modo muy parcial, pasando por el asunto de puntillas. Cuando habla Virgilio el aire se electriza y en la habitación se adentra un miedo errático.

—Estaba pensando —suelta el pastor de sopetón— que mucho hablar de las zorras y de sus hazañas, y es verdad que mataban los pavos y las gallinas, y yo no lo niego, porque eran mu pellejas, pero nunca ponían tu vida en un peligro —Se detiene un momento y respira con paciencia, para expulsar de ese modo la negrura de sus recuerdos más desesperanzados—. Pero lo que más temía era a los lobos; porque esos sí te podían llevar palante. Más de una persona llegó a pasarlas putas cuando tropezó con ellos por la noche. Por entonces la gente cruzaba mu a menudo la sierra de noche yendo de un cortijo a otro y, más de una vez, topaban con los lobos. Yo he oído decir que sabías si andaban cerca cuando to el vello del cuerpo se erizaba. La gente, cuando salía por la noche y cruzaba vereas por las que no pasaba nadie, siempre solía llevar algo encendío y así no se le acercaba ningún lobo, porque los lobos siempre huyen del fuego. En este particular yo tuve suerte y no me llegué a topar nunca ninguno.

El puchero de los pobres

La lluvia se ha ido llevándose a hombros la tormenta, dejando en la Residencia del Alzheimer una lánguida tregua de voces amortiguadas por el murmullo del viento en los cristales. En la habitación donde hablo con Virgilio hay un delicado rumor de horas vacías, de minutos cosidos por el tedio y la nostalgia de un pastor que recuerda hechos de su juventud sentado frente a su mujer, enferma y frágil, postrada junto a la cama, en un sillón, sosteniendo la niebla de una inhóspita vejez que aunque no ha entrado en sus ojos todavía, ya se presiente en su inmovilidad, en la dependencia que ahora tiene de los suyos, de su marido y sus hijos que la miman y están a su lado siempre vigilantes.

En la estancia aséptica, blanca, duerme el tiempo y un dolor casi dulce la cruza de puntillas, como un duende invisible, amortiguando las pisadas. Virgilio sube la voz a un televisor para oír las noticias de un programa regional. Y aparece la imagen de un enorme tigre blanco devorando dos pollos que le ha echado el cuidador con una morosidad casi insultante. La mujer de Virgilio, Carmen, tiene calor, respira con dificultad y pide a su hijo que abra la ventana un momento. Habla despacio, como si su voz naciera de una gruta en la que tiembla una luz titubeante, una luz que no da calor y es casi oscura. Quisiera aferrarme a esa voz tan frágil, limpia, que sale de Carmen casi a trompicones, pidiendo que la acojamos con ternura. Quisiera aferrarme a esa voz, darle alegría, porque Carmen rebosa tristeza mientras habla. Virgilio y su hijo la escuchan con paciencia. Alguien baja el volumen del televisor y en la aséptica estancia llora un gran silencio. Se oyen, luego, enseguida, voces asmáticas rayando la leve armonía de este sitio donde aletean conciencias anochecidas, almas puras de hombres infantilizados, habitantes de un limbo níveo, cadavérico, donde la lucidez es niebla errática.

Ha vuelto a llover de nuevo y en mi espíritu se comprimen las nubes como pájaros de ámbar. Virgilio, el pastor, me habla y estoy solo, estoy fuera de mí, perdido en los gritos y los susurros que tiemblan en el corredor apesadumbrado. Virgilio, el pastor, me habla y, si lo miro, veo clavada en sus ojos profundos la inocencia. En su voz hay sonidos y olores cristalinos que se entremezclan formando una sustancia profundamente sutil, caleidoscópica. No obstante, entre los murmullos seculares que evoca Virgilio hablando de otros años, destaca el del borboteo de un puchero tendido amoroso al pie de una candela. Con una morosidad casi poética, el pastor va evocando platos maravillosos que su mujer cocinaba, por entonces, al amor de la

lumbre, en su cálido puchero.

—Entoces no había de esas ollas tan modernas, de las que sale el vapor. Éramos pobres —Se limpia los ojos con el dorso de la mano, mientras contempla a Carmen, su mujer, que respira sin fuerza hundida entre las sábanas—. Las comidas de entoces la hacíamos en el puchero. Y estando en la finca del Pozo los Tres Palos no nos faltaba sustancia pa el arroz. Allí había muchas liebres y las mataba a garrotazos. Se me daba mu bien: las pillaba acostaítas y, si no, a la carrera, que también me las tumbaba. Hoy no queda ya caza, pero entoces sí que había. Por allí se criaban también muchas perdices y muchos sisones, que son parecíos a los patos, pero tienen la carne más dura y esabría, como las avefrías más o menos. Pero, si los cogíamos, iban al saco. De toas las maneras, lo mejor eran las perdices. Por entoces, hace ya por lo menos treinta años, yo las solía cazar en el mismo nío, poniéndole un lazo. Y eso no fallaba. El lazo lo hacía con pelos de cola de caballo, y así jamás se me iba una perdiz. Caían como chorlitos, no fallaba. Además de cazar la perdiz, cogía los huevos y con ellos solíamos hacernos una tortilla. Otras veces cogía la perdiz metía en el nío tirándome encima de ella con una chaqueta. Lo malo es que, a veces, espachurraba algunos huevos; pero la mayoría solían salvarse. Eso fue en otro tiempo y había perdices a punta pala. Hoy se ven ya mu pocas. De esto hace muchos años y las escopetas entoces escaseaban. Las perdices eran mu mansitas. La perdiz, aunque no te lo creas, busca siempre compañía. Yo he visto perdices que han hecho el nío junto al chozo; incluso se me dio un caso hace ya años que, al cambiar el corral de sitio con mi hermano, vi que había dentro de él un nío de perdiz, y ni mi hermano ni yo lo habíamos visto. Eso parece increíble; pero es cierto. Hoy no encuentras un nío de perdiz en muchos kilómetros. A mi modo de ver, hay muchísimas escopetas: demasiaos cazaores pa mu poquita caza.

Virgilio habla de una edad antediluviana, de un tiempo cosido por el hilo de la niebla y por la aguja gris del desamparo; pero también de un tiempo en armonía con el corazón de los pájaros y los árboles, un tiempo de luz donde hablaba la ternura y la solidaridad tejía palabras, vocablos como zamarra, hoz, zurrón, cantarera, puchero, enramá, garrota, encina, chaparro y zotal, langosto, pozo, nube, esquilo, corral, cencerro, chozo, niebla, botijo, vasija, candil, garrote, lana. Palabras abandonadas por el sol entre las gélidas sombras de un invierno que transmitía un calor desamparado. Era el lenguaje azul de los pastores, un enjambre de antiguos sonidos derrotados por el vuelo veloz del tiempo y la costumbre de enterrar las palabras pronunciadas por los muertos, por aquellos que, sin estar, aún permanecen en la memoria de quienes los recuerdan y siguen

uncidos a la luz de aquel lenguaje donde cabía a sus anchas el universo y todo el color del mundo. Era otra vida.

—Además de pastor —confiesa ahora Virgilio— trabajé en otras cosas y me adapté a lo que terciase. Cuando estuve en la finca del Pozo los Tres Palos, me puse a ayudar a talar cuando hacía falta, o a segar con la hoz y a echar los haces que formaba a lo largo del día dentro de la aventaora. Mi mujer se quedaba, al irme yo, con las ovejas y tenía también que cuidar de mis dos hijos, que, por entoces, eran mu chiquininos. Luego, mis hijos empezaron a ir a la escuela y, como la finca estaba cerca el pueblo, iban a Alcaracejos y volvían andando, y si no en bicicleta, siendo ya un poco más grandes. Lo mejor de la finca es que quedaba junto al pueblo, y eso hacía que la vida se te hiciese algo más fácil. De toas las maneras, y lo digo de verdad, yo no cambiaba mi chozo por la casa. En el chozo yo estaba en la gloria.

***

Desde el lugar donde se ubicaba el chozo, en el famoso Pozo los Tres Palos, se contempla una hermosa imagen paisajística teñida de un cromatismo excepcional en el que se combinan los verdes y los ocres con tonos violetas, azules y amarillos. En la media distancia se derrama Rosalejos con el cascarón del pozo de la mina, y, algo más hacia el fondo, están las ruinas de las Morras y el legendario cerro de la Mora, en cuya cúspide aún está la galería, o cueva modesta, que conduce desde siempre, según la leyenda, barrenando todo el monte, a la orilla del Cuzna, donde antaño en plenilunio una mora hechizada iba a lavar sus joyas. Cerca de ese lugar, detrás del Cerro de la Mora, está la casita, hoy casi derrumbada, donde, en otro tiempo, se hospedaban los pastores de mi tío Paco Andrada en los meses del invierno, cuando hasta ese lugar trasladaban las ovejas para que disfrutaran de una hierba tierna y fresca que habían apurado días antes en los Claveles, una finca muy hermosa arrendada por mi tío que quedaba, y aún queda, cerca de Pueblonuevo.

Ahí en ese lugar, cuando era un chavalín de dieciséis años, mi amigo Juanín Cáceres pasó temporás cuidando de las cabras que poseía, por entonces, mi tío Paco. Pocos tiempo después, al final de los 60, con sus hermanos y su madre emigró a Mallorca, dejando muchos recuerdos a sus espaldas. No obstante, es raro el año que Juan Cáceres o su hermano Manolo, algo más pequeño que él, no regresan a pasar unos días de vacaciones en su pueblo natal. La tierra siempre tira.

En Alcaracejos, lo mismo que en mi pueblo y en todos los

municipios de esta zona, fue importante el fenómeno de la emigración, y hubo muchos pastores que huyeron de sus chozos buscando otros aires más suaves y bonancibles. Muchos de ellos fijaron su residencia en grandes urbes como Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia. Cambiaron la lentitud de un valle azul por el ruido y el vértigo de la vida urbana, pero también transformaron su futuro: poniendo trabajo, dinero y comodidad, donde, poco antes, había miseria y hambre. Algunos volvieron, pero otros no lo hicieron, jamás regresaron a la tierra de su infancia, por no recordar su pasado desgraciado.

Virgilio, no obstante, nunca abandonó su tierra y aguantó de pastor todo lo que pudo. Hoy no se arrepiente. En cambio sus hijos sí salieron y estuvieron unos años trabajando en otros lares, aunque terminaron volviendo a Alcaracejos. Virgilio, el hijo más chico del pastor —de cuarenta años de edad— confiesa ahora que en el pueblo se vive mejor que en la ciudad.

—Alcaracejos es un pueblo mu tranquilo —aduce feliz—. Uno puede ir a sus anchas recorriendo las calles aunque sea de madrugá sin miedo a que alguien te saque la navaja. Y eso en cualquier ciudad es imposible, porque vas temeroso de que alguien te haga daño. Y, a mi modo de ver, eso no es vivir. Yo no cambio mi pueblo hoy por na del mundo.

De gatos y alacranes

El padre apostilla el discurso de su hijo y comenta que aquí tiene todo lo que quiere. En Alcaracejos se halla muy feliz. A Virgilio, el pastor, no le gustan los viajes ni la vida en ciudades con muchos rascacielos. Él necesita el aire suave y puro que baja del Santo en las noches de verano y refresca las calles del pueblo mansamente, cuando los vecinos salen a tomar el «fresco» e intercambian conversaciones naturales, charlando de todo como hace medio siglo. Me confiesa el pastor con los ojos humedecidos que la etapa mejor de su vida transcurrió en la finca llamada el Pozo los Tres palos. Allí convivió con la felicidad en mitad de unos años llenos de penumbra. Recuerda su chozo, sus perros y sus gallinas; incluso una gata que tuvo mucho tiempo y que limpió el rincón de ratas y culebras.

—Hubo una temporá, ahora que me acuerdo, que tuve en el chozo una gata extraordinaria —confiesa el pastor elevando la mirada que, hace sólo un instante, tenía hundida en las baldosas—. Por entoces era raro el pastor, o la pastora, que no tenía cerca un gato o una gata. De una forma o de otra, eran mu necesarios. Mi gata, como te digo, era estupenda y no dejaba que entrase un bicho al chozo. Se apañaba mu bien con las ratas y las culebras, y con to el animal que pillara por delante. Me acuerdo que se apiolaba hasta las liebres y las mataba acamás. Na más que verlas les jincaba los dientes y las dejaba muertecitas. Empezaba a maullar y venía maullando hasta mi chozo. Luego, salía despacio tras sus pasos y me iba guiando hasta el sitio de la liebre. Aquella gata pilló bastantes liebres, más de un par de docenas mientras estuvo con nosotros. Era una gata mu lista la jodía y es que los gatos son sabios, saben mucho; además, tienen mucha memoria los cabritos. Me acuerdo que cuando estuvimos en Guadamora mudamos en el carro el chozo, y los arruches los transportamos echaos sobre la burra. Era mu trabajoso, demasiao, llevar tos los chismes y el chozo a la otra finca. Así que pusimos la gata en las aguaeras, atá encima la burra, pa que así no se escapara. El caso es que yo no me explico cómo fue, pero al final la gata se escapó. Se ve que con el traqueteo del camino se pudo mu bien desatar y salió pitando. Lo malo es que no llegamos a echarla en falta hasta que no estuvimos en la otra finca. El caso fue que, después, al pasar los días, nos fuimos olvidando sin darnos cuenta de ella. Me acuerdo que estuvo perdía mucho tiempo; pero ¿te quieres creer que de repente un día se nos presentó en el chozo nuevo? Yo no sé cómo pudo dar con aquel sitio, porque estábamos a muchos kilómetros de la finca. El caso fue que se presentó al final y dio con nosotros. Así pasó el asunto.

—¿Y se volvió a escapar alguna otra vez?

—Se ve que aprendió la lección y no volvió a hacerlo —aduce el pastor—. La gata era mu dócil y vivió con nosotros en el chozo muchos años, pero no se volvió a alejar de la querencia. Los gatos deben tener buena memoria, y ésta, aunque se marchara algunas horas, no tardaba en volver. Era una gata sabia y cuidaba del chozo mucho mejor que un perro.

Le digo a Virgilio que, quizá más que los perros, me gustan los gatos. Sobre todo en libertad. Hay gatos en el campo que están asilvestrados y van de una finca a otra de bureo cazando y comiendo todo lo que pillan. De algún modo esos gatos son casi salvajes y no se dejan siquiera acariciar. Cuando se hallan así, libres en medio de los campos, los gatos agudizan todas sus facultades y cazan batracios, lagartos y sabandijas. He oído decir que incluso matan escolopendras, escorpiones y arañas, jugándose su físico, sin temer al veneno de sus picaduras. Los escorpiones, o vulgares alacranes, en las noches más cálidas y claras del verano salen de su escondrijo a buscar presas. El veneno del alacrán es fastidioso y uno debe alejarse de ellos cuanto pueda. No obstante, hay quien dice que los gatos no se asustan si se topan con ellos. No sé si será así. Le pregunto a Virgilio, el pastor, por el asunto.

—De lo que oigas no creas ni la mitad —dice muy serio—. Yo he vivío en el campo mucho y no he visto ni un gato acercarse a un alacrán. Los alacranes son bichos mu agresivos y no creo que haya gato ni gata que los cacen. Yo he criao muchos gatos y sé de lo que hablo. En alguna ocasión jugaban con los alacranes y los solían asustar dando saltitos, pero nunca se le acercaban por si acaso. A esos bichos no se les puede andar con bromas, pues si te pica uno te has jodío. En el chozo más de una vez los veías dentro, pero por suerte nunca me picaron, ni a mi mujer ni a mis hijos. Bueno, miento: a mi hijo Virgilio le picó uno un poquitín, pero se vio al final que no fue na, que no le pilló mu bien el aguijonazo. Pero luego sí he visto un par de casos que han picao y los dos pobres hombres las pasaron más que putas. El primer caso que vi pasó en Dos Torres, un día que yo estaba con un compañerete cargando en un carro haces de cebá, y de pronto noté que se echó del carro al suelo diciendo que un alacrán le había picao y que se iba pal pueblo echando leches. Así que traspuso dando gritos pa Dos Torres. El otro caso lo vi cerca del pueblo, mientras echábamos haces a una aventaora, y aquella vez le picó a mi propio tío. Fue como el anterior, cogiendo un haz, y le pegó el picotazo en una mano. Me acuerdo mu bien de que no podía parar y estuvo dando chillíos de dolor durante unas horas, corriendo de un lao a otro. Mi tío no se

pudo ver quieto en toa la tarde. Metía la mano en el agua y se movía, y otra vez se volvía a quejar del picotazo. Decía que aquel dolor era insoportable. Se pasó en alaríos toa la tarde y toa la noche. Cuando por fin el dolor acabó aflojando, se quedó bien dormío, ya mu relajao, y se pasó durmiendo un día entero.

Según dicen, cuando pica el alacrán, la mejor solución para amortiguar el daño y el fuerte dolor que produce su veneno es partir un ajo tierno y restregarlo cuanto antes en la zona de la picadura; hay quien sostiene, no obstante, que otra solución magnífica es rociar amoníaco en el sitio donde duele. Por último, hay quien asegura sin ambages que el remedio mejor es frotar con la rodaja de una patata fresca justamente encima del punto del aguijonazo. No puedo decir ni asegurar quién tiene razón. Reconozco que hasta ahora no me ha picado nunca un alacrán y no quiero experimentar ningún antídoto. Sería mala señal si lo necesitase.

La imagen de los alacranes se deshace en el aire apesadumbrado de esta estancia donde los sonidos parecen de cartón y las miradas de piedra. Tengo frío. Aún sigue lloviendo y las palabras de Virgilio parecen mojarse y empaparse de tristeza cuando recuerda el barro de los campos y los carros cargados de aperos y cachivaches atollados en algún sendero intransitable de los muchos que, entonces, surcaban la comarca. Según el pastor, los inviernos eran terribles y la lluvia se prolongaba varios meses llenando de charcos el perfil de la dehesa y haciendo crecer los ríos y los arroyos, anegando, con ello, huertos y cercadillos. El agua se apelmazaba sobre el chozo y, más de una vez, se filtraba por la noche. Para sujetar el tic tac de las goteras algunos pastores ponían latas y calderos. El moho colonizaba las sartenes, las cortezas del pan, el tocino y las morcillas que el pastor solía colgar en el habitáculo. El moho y la tristeza se introducían en los alimentos y, después, habitaban la sangre del pastor como un zumo podrido desgajado de la niebla. Los inviernos eran duros, húmedos, muy hoscos y, para combatirlos, no había mejor antídoto que las sabrosas migas y los torreznos. Virgilio lo explica:

—Por entoces, aunque había hambre, comíamos de to, y a na le hacíamos asco; pero siempre nos ateníamos a las fechas. Por ejemplo, con las calores del verano no había otra cosa mejor pa refrescarse que un buen gazpacho fresquito con tomate. Luego, ya con el frío y con las lluvias, bien entrao el invierno, pa desayunar comíamos migas con torreznillos y pimientos. Nos gustaban también las sardinas. La madre de ésta —y el pastor señala tranquilo a su mujer— solía ensartar las sardinas por los ojos y las ponía a secar dentro del chozo en un alambrillo pa conservar la carne. Estaban mu ricas ahumás; te lo

aseguro. Pero a mí me gustaba más la carne de hebra; ca vez que se me moría un borreguilllo (muchas veces metían el cuello entre los tablones y no podían extraer de ahí la cabeza), yo cogía y, después de abrirlos y desollarlos, salaba la carne y la colgaba dentro el chozo, pillá entre unos palitroques que estiraban. Y así resistía la carne muchos días. Entoces no se conocían las neveras y la moscarda siempre andaba alerta, sobre to en el verano. Y había que andarse con cuidao pa que no cagara en la carne u otro sitio. Por eso era bueno salar la carne del borrego, pa evitar que la mosca hiciera de las suyas.

—¿Y echaba de menos usted los frigoríficos o los congeladores en aquel tiempo?

—Por entoces no se conocían esos artilugios. Había lo que había y tenías que conformarte. Pero de toas maneras eras feliz. Y como no había refrescos ni cervezas, bebías el agua fresquita de una fuente, o te acercabas en la siesta hasta el botijo. Y la carne no necesitabas congelarla. Se comía lo del día pa que no se estropease, y si no, se salaba como antes te he explicao.

—Pero sería muy duro llegar al chozo y no poderte tomar ni una cerveza.

—Cuando llegabas al chozo ibas rendío y te apetecía tomarte un vaso de agua fresquita del cántaro. Y te sentías fenomenal. Era lo más sano que había. Por entoces, no podías beber cervezas, cubalibres, o esas bebidas raras de los jóvenes. Antes uno se apañaba con el agua, y, cuando llegabas al pueblo, si ibas a un bar, lo único que pedías era un vaso vino.

La televisión del chozo

La mujer de Virgilio permanece adormilada, mientras en la pantalla del televisor reverbera una música que preludia el telediario. Miro el reloj: son las nueve de la noche. En la tele del cuarto comienzan las noticias. No veo la pantalla bien, pero oigo voces que producen desarmonía en el ambiente, violentos insultos que taladran mis oídos como avispas surgidas de un panal nocturno y frío hundido entre las cloacas del silencio. Escucho a un señor con barba y su voz tosca me lleva a otro tiempo, a otra época lejana donde bajo la paz había gusaneras y cárceles frías con nanas de cebolla. Me da miedo esa voz que invoca las catástrofes, la destrucción de la paz, el enfrentamiento, esa voz que recuerda las dos Españas de Machado. Y se me hiela el alma cuando siento que hay vencejos de odio aleteando en el ambiente. Cierro mi voluntad y mi corazón para que no aniden dentro de mi espíritu y no depositen el huevo repugnante de la represión en el pueblo humilde.

Le pido a Virgilio que baje el volumen de la tele. Al instante, vuelve la paz a inundar el aire, los recovecos sombríos de esta estancia donde la sencillez cose las voces e introduce luz y asombro en los espíritus. Virgilio, el pastor, me habla del trabajo, del sudor de las siestas, de los haces de cebada, del sebo de las ovejas en los corrales, pero no siento miedo, tampoco desamparo, como hace un momento, cuando un hombre barbicano lanzaba su voz contra los desheredados inundando la hora de un desasosiego horrible. No es raro que los políticos discutan durante un debate y se tiren los trastos a la cabeza, pero, en esta ocasión, la voz del hombre barbicano tenía un tono muy duro, aguerrido y belicoso, un tono de odio mal disimulado. La voz de Virgilio, aunque hable de hambre y sacrificios, tiene un tono más dulce que la del señor barbudo que hace sólo un instante sermoneaba en la pantalla. Oigo hablar a Virgilio y mi alma se serena, siento dentro de mí una brisa confortable.

—De tos los trabajos que he desarrollao en mi vida: de piconero, pastor, de talaor..., lo más duro pa mí fue entrar el grano en los costales y subirlo por unas escaleras hasta la cámara, después de haber terminao el jornal molío de echar cientos de haces dentro de la aventaora —el pastor toma aire y respira jadeando, como si terminara de atar haces después de la siesta en una amarilla rastrojera donde no hay siquiera un botijo o una alcarraza para calmar la sed insoportable —. El grano, después de meterlo en los costales, había que subirlo a la cámara de la casa por unas escaleras casi siempre mu empinás. Había veces que uno subía cuarenta sacos y acababa con toas las espaldas

hechitas polvo. Lo de subir costales, por entoces, era mucho peor que segar cuarenta veces, porque yendo a segar echabas las ocho horas, pero luego volvías a casa tranquilito; pero lo de los costales era otro tema. Uno acababa hecho polvo de to el día echando los haces en la aventaora y, al irse ya el día, bien entra la noche, tenías que subir to el grano hasta la cámara. Y te juro que eso no había quien lo aguantase. Ese ha sío el trabajo más duro que yo he hecho, que yo lo recuerde, durante toa mi vida. Lo de subir los costales era tremendo.

—¿Y lo de talar chaparros era difícil y, por otro lado, tenía tanto riesgo?

—Eso según se mire; no te creas, sabiéndolo hacer no tenía tanto peligro. Yo he talao con el hacha muchísimos chaparros y siempre se me dio bien. No es por presumir —Y Virgilio, sumiso, hunde en el suelo la mirada, como si pidiera perdón por lo que ha dicho, dando muestra de una humildad a prueba de bombas—. Hoy mi hijo —prosigue— tala chaparros con motosierra; pero yo soy antiguo y siempre lo hice con el hacha. Me daban un jornal, me acuerdo, de cinco duros, y luego ya fui cobrando más dinero, aunque casi siempre talé pa mi provecho. Yo talaba la leña y preparaba mi picón. Ya ha llovío desde entoces; hoy no estoy ya pa esos trotes. Hace ya muchos años que no me subo a los chaparros.

Uno piensa en aquella vida penumbrosa, tan escasa de todo y tan sacrificada, y siente piedad, a la vez que hondo respeto, y admiración, por los hombres campesinos que hubieron de soportar tan dura prueba. Hoy la vida es mucho más fácil para ellos, pero aún permanece en sus ojos el aire gris de aquellos días terribles en la dehesa. Los pastores de antes, los de zurrón, garrote y chozo, tienen flotando en los ojos el resplandor de un sol de verano que no se aleja nunca pero, a la vez también, el frío y la niebla, el riguroso manto de la escarcha. Hay algo en la voz de Virgilio que lo evoca cuando pronuncia los nombres de los pájaros, el crujido de la tormenta, los granizos, el grito del alcaraván en los sandiares. La voz del pastor me recuerda la inocencia, la voz de los muertos, la luna en la enramada. Y me adentra en su chozo y va mostrándome utensilios, hasta que me lleva ante un televisor, el primero que hubo en un lugar así, donde parpadean los símbolos de antaño.

—En mi chozo tuvimos el primer televisor que se vio por estos contornos hace ya tiempo, casi medio siglo

—dice con orgullo—. Entoces veías la tele en un bar del pueblo y en algunas casas también, pero ¡en un chozo...! En un chozo no hubo,

al menos que yo sepa, ningún televisor antes que el mío. Me acuerdo que lo veíamos desde la cama. Las camas del chozo, lo sabrás, se hacen con palos y están puestas en redondo, con la forma del recinto. Aquella televisión era de batería y nos duraba bastante, varios días, según, claro está, el uso que le diéramos. Me acuerdo que más de una noche nos quedábamos viendo el televisor hasta mu tarde, hasta que cerraban la programación. Y más de una vez perdíamos el sueño. Por entoces había solamente una cadena y ni siquiera cogíamos la segunda. De toas las maneras, no solíamos aburrirnos. Veíamos algunos combates de boxeo, y me acuerdo de Urtain. Mira tú si hará ya años. La antena del televisor, no se me olvida, la pusimos al final encimita de un chaparro, en la rama más alta, pa que así cogiese ondas. Me acuerdo que venía gente de otros pueblos y le echaban fotos a la tele dentro el chozo. Aquello llamó la atención. No era corriente. Le compré el artilugio a uno de Pozoblanco. Por entoces lo más corriente es que en el chozo el pastor tuviera una radio. Era normal; pero lo de una tele era distinto, y por eso llamó tanto la atención mi caso.

Hace sólo unos días, dialogando con Inés, la hija mayor de Virgilio, me contó que el recuerdo más dulce que guarda de la infancia es el de su familia ante el televisor, viéndola desde la cama a medianoche, mientras caía la lluvia sobre el chozo y el calor de las mantas le exiliaba gratamente de un umbrío exterior donde, en mitad del chaparral, los mastines ladraban tristes y ateridos. Su hermano Virgilio, en cambio, piensa de otro modo y el mejor recuerdo que guarda de su infancia difiere muchísimo con el de su hermana, aunque el de ella también le resulte placentero. Virgilio destaca, al final, entre sus recuerdos el que evoca la imagen de cuando iba al pueblo en burra, y recuerda también cuando lo hacía en bicicleta y se juntaba en la escuela con más niños, de los cuales algunos también eran hijos de pastores. Los recuerdos se enlazan como juncias temblorosas entre los labios del hijo de Virgilio, y éste último se emociona al escucharlos y, de alguna manera, los hace casi suyos cuando se solidariza con el hijo y expresa como él las mismas escenas evocadas.

—Lleva razón mi muchacho —dice, al fin, en un tono ocre y lánguido el pastor—. Cuando bajábamos al pueblo desde el chozo, lo hacíamos con alegría, ilusionaos. Solíamos venir casi siempre pa las fiestas. Venir a la feria era un acontecimiento, sobre to cuando mis dos hijos eran mu chicos, antes de que empezaran a ir al colegio. La burra con la que bajábamos era mansa. Antes tuvimos otras dos, pero más broncas. Me acuerdo mu bien, aunque hace muchos años. Y me acuerdo también de cuando compramos un volquetillo y veníamos al pueblo con él. De eso hace menos, pues mis hijos tenían los dos su

bicicleta y acudían con ella a la escuela diariamente.

—¿Y en la temporada del frío y de la lluvia solíais bajar con frecuencia a Alcaracejos?

—Pues claro que sí. Qué íbamos a hacer si no. Había que comer y acudíamos a comprar jato. Mi mujer era quien se ocupaba de esas cosas. Y a veces tenía que bajar aunque lloviese. Pero lo peor de to es cuando tronaba; eso imponía ya más. Aunque procurabas que cuando bajases al pueblo hiciera sol o, por lo menos, que no hubiera relámpagos.

Le pregunto a Virgilio si eran frecuentes las tormentas en la última finca que estuvo antes de jubilarse y si él tenía miedo cuando los campos oscurecían y el aire se electrizaba en un instante arrastrando la furia del cielo en la dehesa. Le hago esta pregunta porque he oído comentar que en las cercanías del Pozo los Tres Palos las tormentas solían descargar su mal humor cuando entraban del lado Sur, por la Chimorra y las agrestes sierras de Pozoblanco. Según dicen los más ancianos del lugar las tormentas solían agarrarse a la amplia zona que queda ubicada al sur de Alcaracejos y comprende el antiguo triángulo de las minas: las del Soldado, las Morras y Rosalejos.

—Yo he estao toa mi vida sirviendo de pastor y he visto tormentas exagerás, mu gordas —apunta—, pero puedo asegurarte que, de toas las que he visto, nunca he visto ni una sola como las que cargaban en el Pozo los Tres Palos. Cuando ahí se liaban no sabías onde esconderte porque daba miedo moverte por el campo. Mucha gente no puede entenderlo sin vivirlo. Lo peor de vivir en los chozos, de verdad, al menos pa mí, eran las tormentas. En los últimos años que estuvimos junto al pueblo, como he dicho antes, en el Pozo los Tres Palos, se liaron tormentas con truenos exageraos. Se agarraban ahí, yo creo, por el terreno, porque están al laíto las minas Rosalejos, y un poquitín más allá, las de las Morras. Debe ser, digo yo, porque haya mucho mineral y la plata y el plomo atraigan las tormentas, porque cuando llegaban ahí era un bombardeo y se tiraban las horas puestas encima, sin ninguna ganita de irse pa otra parte. Cuando era de noche, to el chozo se alumbraba y temblaba ca dos segundos con los truenos. Yo he visto caer los rayos al lao del chozo y partir los chaparros en dos, por la mitad, y cuando ves eso la piel se pone de gallina. Cuando uno vive esas cosas se impresiona. Yo no quiero ver las tormentas ni en pintura. He pasao mucho miedo en el chozo con los rayos.

La tranquilidad del pueblo

Los Pedroches fue siempre una comarca de pastores, una tierra privilegiada por su pastizal y el encinar infinito que posee: un bosque de encinas que cruza la zona de este a oeste ofreciendo al ganado lanar, y al caprino y porcino, un alimento seguro todo el año. En otoño e invierno, además de mucha hierba, hay una cantidad importante de bellotas y ningún animal carece de comida. En la primavera, por regla general (salvo en años como éste, demasiado secos) el hierbazal se desborda y las colinas se tiñen de un verde esmeralda fascinante punteado de nítidas gemas y rubíes: brotan de la tierra miles de amapolas, margaritas silvestres y otras florecillas autóctonas que al paisaje conceden un encanto indescriptible. La dehesa de los Pedroches, por oriente, es un bosque muy espeso y gris de encinas jóvenes; pero hacia el oeste, en dirección de Badajoz, en el término municipal de Hinojosa del Duque las encinas, en cambio, son más viejas y más escasas.

Mirando hacia el norte, antes de El Viso de los Pedroches, se halla la localidad de Villaralto (pueblo natal de Virgilio Martín Gómez y de su esposa, Carmen), donde, antaño, según he oído, hubo muchísimos pastores; quizá por ello su alcalde, Manuel Gómez (hoy ya fallecido), y la Corporación Municipal decidieron ubicar el Museo del Pastor dentro de una casa típica del pueblo, situada en una plaza recoleta que invita al recogimiento y la alegría.

Villaralto es un pueblo tranquilo, de alma tímida, que sueña tendido sobre una colina de oro y cal, tras la que puede observarse, contemplada desde mi pueblo natal, la seductora y romántica serranía de Santa Eufemia recortada en la lejanía, hacia el noreste, como la silueta de un bisonte añil, dormido en una indestructible siesta. Las gentes de Villaralto son sencillas y viven arraigadas a sus tradiciones, a las raíces festivas que heredaron, y aún siguen glorificando, de sus ancestros. Virgilio Martín relata con fluidez cómo eran antaño las bodas de los pastores. La suya ocurrió hace casi medio siglo y, al evocarla de nuevo, la revive con una fidelidad conmovedora, retorciéndole el cuello al gorrión de la pobreza que aún sigue anidando en los aleros de su espíritu y, al volar, le recuerda al pastor su humilde origen. El buen hombre habla hoy de su boda entusiasmado, con una alegría difícil de explicar, como si se hallara de nuevo dentro de ella y, al tirar del recuerdo, la recuperase y la sostuviera un instante entre sus dedos:

—Los pastores de antes nos casábamos mu pobres

—me confiesa en un tono frágil, emocionado—. Pero la gente de hoy exige mucho y quiere llevar desde el día de la boda toa clase de muebles y de chismes. No lo entiendo. La gente se cree que el dinero cae de arriba; pero antes sabíamos bien de onde venía y lo que costaba hacerse, la verdad, de un puñaillo de perras pa casarse. Yo, cuando me casé con mi mujer, no llevé de na, ni un cacharro de esos caros. Y, a pesar de to, vivimos mu felices, porque nos conformamos del principio con lo poco que había, esa es la verdad. Éramos pobres, sí; pero mu alegres. El dinero no siempre trae felicidad. Nosotros en la boda juntamos veinte duros. Fue un convite sencillo. Nos reunimos la familia y estuvimos tomando, me acuerdo, unos tostaos. También comimos relleno, era lo típico. Y de postre, creo recordar, unas cuantas hojuelas. Como somos de allí, nos casamos en Villaralto. Y la luna de miel, aunque no puedas creértelo, la celebramos en el chozo donde estábamos, en una finca cerquita de Dos Torres. No tuvimos que irnos a Canarias ni a otro sitio de esos que anuncian en televisión hoy día. Entoces no había dinero, eso es así, pero aunque lo hubiera tenío, pues creerme, no hubiera viajao jamás con mi mujer a ningún lugar lejano de mi tierra. A mí nunca me han gustao los viajes largos. Si he salío de mi tierra ha sío por necesidad. Yo estoy mu feliz ahora aquí, en Alcaracejos, y no cambio esto por na. Puedes creerme. Algunas veces, después de jubilarme, he hecho algún viaje con los pensionistas y hemos estao en Granada, en Málaga u otro sitio. Pero, al rato de estar allí, ya estaba harto y empezaba a acordarme de mi pueblo y mi familia. Qué puedo decirte yo que tú no sepas. Como en el pueblo de uno en ningún sitio.

—Eso sí que es verdad —dice el hijo del pastor que, instantáneamente, surge de la apatía en la que hasta ahora andaba ensimismado—. La tranquilidad que uno tiene estando aquí no la va a encontrar viviendo en otra parte. Y, además, te lo puedo decir por experiencia, porque he estao trabajando fuera una temporá, y era raro el día que no soñaba con el pueblo. Yo tenía muchísimas ganas de venirme; y, cuando lo pude hacer, no lo pensé. Hice la maleta y volví pa Alcaracejos. Yo estaba ya hartito de andar trasteando fuera. Ahora trabajo en el pueblo de albañil, pero me siento a gusto con mi oficio. No me quisiera marchar nunca de aquí. Sé lo durísimo que es dejar el pueblo.

Virgilio opina lo mismo que su hijo. Reconoce que Alcaracejos le da vida. Lo dice mientras de reojo observa a Carmen, que permanece a su lado soñolienta, aparentemente ajena a nuestro diálogo. Virgilio mira a su esposa con ternura, como si quisiera mecerla en su mirada, y le pide opinión sobre lo que estamos hablando, si es feliz o no en el pueblo donde vive; pero Carmen sigue dormida, aletargada, disuelta

en el limbo que entretejen mansamente las azulencas sombras de la estancia en la que se cuela un resplandor de miel, un destello de luz vespertina hecha de almendras. Las uñas del sol han conseguido desgarrar la bóveda gris que cubría Alcaracejos. De repente, la voz de Virgilio es casi ocre como el húmedo fulgor que inunda el aire y se posa gozoso, detrás de la ventana, sobre las hojas dormidas de una higuera y la pared de un patio recoleto en la cual hay posado, ahora mismo, un gallo triste que permanece encogido, casi helado. El zumo de luz que penetra ahora en la estancia dulcifica los rasgos de Carmen, los aclara, derramando en sus párpados finos, transparentes, el sagrado fulgor que penetra algunas veces en las ermitas a través de un ventanuco y, en la densa penumbra, resalta las columnas, los exvotos que cuelgan dormidos en las paredes del sagrado recinto cuando cae la tarde.

Virgilio, el pastor, me habla de otro tiempo, de cuando el sol, después de la tormenta, dejaba sobre los chozos un candilazo que iba evaporando despacio la humedad y aclarando las sombras, las siluetas de un paisaje que el crepúsculo dulcificaba con su lengua de violetas y añiles, cuando el campo se quedaba en suspenso y feliz, cuajado de horizontes, rozado por el misterio y los murmullos apenas ya perceptibles de los pájaros. El pastor me comenta que, después de las tormentas, solía refrescar y había que abrigarse.

—Siempre que llovía en verano, refrescaba —en la voz de Virgilio hay un temblor naranja, como de candilazo en un balcón derruido—. A veces caía la tormenta un día de fiesta y la gente ese día no salía a la calle. Cuando pillaba una feria la tormenta, por la noche se iba el bochorno y hacía fresco. Normalmente, en agosto suele refrescar aunque no vengan tormentas. Eso se nota. Yo soy mu feriante. A mí me han gustao mucho las fiestas. Desde que era mu chico iba a la feria Villaralto cruzando al lao de mi hermano las dehesas que hay desde Torrecampo hasta casi El Viso. Veníamos los dos andando muchas horas arreando al rebaño por un cordel antiguo, con la ilusión de pasar unos días en el pueblo. Imagínate tú si no tendríamos fe pa venir arreando el ganao tantas horas hasta cerca del pueblo. Sin embargo, esto es verdad, la caminata nunca nos cansaba. Queríamos estar en la feria Villaralto y la ilusión que teníamos por llegar hacía que no nos sintiéramos cansaos. Pa mí ha sío siempre la feria algo mu grande y, desde mu chico, no me ha gustao perdérmela.

Al hablar de la feria late en su mirada un fulgor de turrón, guirnaldas y caballitos, pero, de pronto, vuelve a su memoria el vespertino balar de las ovejas y la imagen que estaba flotando entre sus ojos se deshace en la luz como una serpentina y mansamente se

esfuma de sus sienes por el albañal donde rezuma el viento, la fatiga y el hambre, el sudor de las retamas. En la vida de los pastores, normalmente, no había alegrías que durasen ni un minuto. Había mucho que hacer: las jornadas eran muy duras y requerían un esfuerzo sobrehumano, sobre todo cuando el pastor era un chavalín de nueve o diez años que estaba al cargo de un rebaño de casi doscientas ovejas. Por entonces, Virgilio era un niño pobre y lánguido que había sentido en su cuerpo la orfandad de sentirse mayor cuando aún no había crecido: la ausencia del padre había hilado su conciencia de un profundo dolor difícil de expresar; pero, al mismo tiempo, lo hizo madurar de una manera casi vertiginosa.

—Cuando yo era un muchacho —apunta en tono triste— era mucho más duro que hoy cuidar un rebaño. Entoces el ganao solamente comía hierba, porque no había pienso y, sí había, no se estilaba. Y, aunque parezca que no, eso era importante. Costaba sacar adelante a los borreguillos. En la primavera, apenas acababan de nacer, se los quitábamos rápido a las madres, y se les echaba cebá o un poco revuelto. Pero eso, la verdad, era pocas veces. A las ovejas les echábamos en invierno, alguna vez que nevara, mucho grano, porque la nieve tapaba toa la hierba y los animales, al final, pasaban hambre. Ha habío algunas veces que, cuando ha caído mucha nieve, yo me he subío a los chaparros con un hacha y he talao algunas ramas con idea de que el ganao pudiera comer un poco de ramón, que, en esos momentos, es lo único que había.

El olor de la lana

La pobreza de aquellos días bajo la nieve o las durísimas escarchas del invierno me hace retroceder en la memoria y me aloja en el territorio de la infancia: toco el aire feliz de una mañana de diciembre en las Tierras de Abajo, al norte de mi pueblo, y veo las ovejas errando por la nieve buscando una brizna de hierba en una sábana de cal y alcanfor que se tiende en la distancia, sobre las colinas de Fuente la Lancha. En ese recuerdo avanzo ensimismado al lado de Paco Aguilera y sus tres hijos, Antonio, Caco y Lolo, atravesando por las Barranqueras, un paisaje muy bucólico, en dirección a la Piedra del Candil, donde una banasta de copos silenciosos aún sigue cayendo despacio en el sendero con la minuciosa cadencia de los pétalos de un jazmín deshojado en un patio por la luna. Es la tarde del día de Reyes y mis amigos han dejado olvidados en su casa los juguetes para salir al campo y ver la nieve cubriéndolo todo de una maternal tristeza que en el corazón de los niños ha producido en todos los tiempos un efecto casi hipnótico.

En la imagen que evoco nieva eternamente. Las ovejas transitan como almas descarriadas y mis amigos y yo vamos avanzando en dirección a la Piedra del Candil donde, según su padre, es muy posible que la hierba más alta que en ningún otro lugar no haya sido cubierta del todo por la nieve. Pero, al llegar finalmente a ese destino, la nieve ha borrado el verdor de las colinas y las ovejas balan melancólicas, tiritando de frío, muertecitas de hambre. Así que mis compañeros, preocupados, se acaban subiendo a una encina corpulenta para cortar ramas finas con bellotas y echarlas al suelo con el fin de alimentar, de la manera que sea, al rebaño hambriento. Las ovejas dan buena cuenta del ramón y agradecen amables su gesto con balidos. Una vez ya han comido algo, Paco, alegre, las conduce hacia la majada y las encierra.

Hace más de una hora que ha dejado de nevar, pero el paisaje permanece gélido y nuestros cuerpos tiemblan tiritando por el camino de la Tierra Abajo. Las ovejas se aprietan dentro del redil para entregarse calor unas a las otras. Paco alza la vista y pide que no nieve para que las ovejas no pasen más frío y no amanezcan a otro día congeladas. Afortunadamente, antes de anochecer, el cielo se abre y un sol ya mortecino acaricia la nieve despacio con su lengua. Paco, el pastor, adivina que va a helar; sin embargo, no nevara en toda la noche y el rebaño descansará algo más tranquilo. Los días que nevaba solían ser perniciosos para el rebaño suelto en la dehesa. Virgilio Martín me lo explica con detalle:

—Con las grandes nevás el ganao sufría muchísimo. Por entonces no había enramás pa protegerse y más de una oveja, al final, moría de frío. Hace ya muchos años, los inviernos eran mu duros. Antes las cosas no eran como ahora. Ni se conocían tantos adelantos. Yo me acuerdo que cuando el ganao se ponía malo por la razón que fuese moría más que muere hoy en día. Y eso era mu triste. Es verdad que se conocían medicamentos, pero, en mi opinión, no eran efectivos. Me acuerdo que, a veces, entraba la basquilla y las ovejas caían como chinches, porque esa es una enfermedad de las más graves que les ataca al ganao. Y era temible; a mí se me han ido de eso muchas ovejas. Aunque había una vacuna pa la enfermedad, a mí me parece que no servía de mucho. El remedio mejor que había pa ese malengue era sacar las ovejas tempranito pa luego encerrarlas antes del atardecer, porque la hierba a esa hora es mu dañina. La hierba del atardecer coge resencio y eso es pa mí lo que mata a las ovejas.

—¿Además de la basquilla, que ya ha dicho, qué otras enfermedades atacan a las ovejas? ¿La basquilla es la principal, la más dañina?

—¡Hay muchísimas más! Sería largo de decirlo. Las ovejas enferman igual que las personas y hay que buscar remedios pa curarlas —el pastor se queda un momento pensativo y, un segundo después, continúa su explicación—. Lo malo es que a veces el remedio no funciona, porque la medicina no hace efecto. Y hay también muchas veces que tú ves la oveja mala, pero no sabes qué es lo que está ocurriéndole. Los veterinarios casi siempre dan en el clavo y suelen solucionar la papeleta. Pero también se pueden equivocar. Hoy la cosa no está de toas formas como antes. Las ovejas tienen mejores tratamientos.

***

Aun así, cuando uno pasea por el campo puede encontrar (al menos a mí me ha sucedido) la piel de una oveja y varios huesos ya mondados de los que han dado cuenta los cuervos y los buitres. Las ovejas se siguen muriendo, como siempre; y en algunas fincas las dejan abandonadas para alimentar a las aves carroñeras. Lo cual no parece, en principio, deplorable, siempre que los cadáveres no supongan de ninguna manera un foco de infección para aquellas personas que vivan cerca del lugar en el que sean derramados sus despojos. En algunos barrancos perdidos de la sierra he hallado más de una vez borregos muertos, y era insoportable el hedor que desprendían. Cerca de mi pueblo natal, concretamente, un día me encontré con una pila de cadáveres despojados y deshechos entre los

tomillos y las retamas, en un barranco muy próximo a un camino antes muy concurrido de la virginal dehesa. Aquel día al final hube de volverme a casa, porque el fétido olor resultaba irrespirable. El escenario realmente era dantesco y, además de ensuciar el enclave paisajístico, aquellos osarios y pellicas de cordero suponían, sin duda, un grave riesgo sanitario. No he vuelto a cruzar nunca más por dicho sitio. Sólo de recordarlo siento náuseas.

Ese olor vomitivo, pútrido y hediondo se contrapone al aroma placentero de la lana recién cortada en el esquilo que en la casa de mis abuelos se apilaba, siendo yo muy pequeño, al fondo del comedor, dentro de unas sacas grandes y esponjosas, a las que escalaba jugando con mis primas y mi hermana Petri aquellos días soleados donde el azul penetraba en las bodegas iluminando las sombras de la casa, alegrando el largo pasillo muy adornado con macetas de ficus, lirios y aspidistras. El olor de la lana era acre, pegajoso, como un zumbido de tábanos y chicharras que en mí producía extrañas sinestesias, pues al respirarlo entraba en mi nariz como un soplo de viento huraño y amarillo. Era un aroma terco y almizclado, fundido con el sudor de las paredes que lloraban gotas de cal cuando las sacas llevaban en el comedor más de dos días, apretadas como mujeronas corpulentas con los senos de esparto grandes y sustanciosos. Jugábamos al escondite con frecuencia entre aquellas montañas de lana adormecida, y luego, cuando bajábamos cansados de las sacas ciclópeas, el aire parecía mucho más puro y fresco, casi líquido. El olor de la lana virgen, prieta y núbil, tapizaba mi alma y la vestía de amarillos, de esquilas y abejas, de sombras y de murmullos de agua ferruginosa resbalando. Era como cuando iba al Lentiscar (la legendaria finca de mi abuelo) y lo primero que hacía al verme allí era correr en busca del pastor para que me subiese en el lomo de marquesa, la dócil mastina, y me llevara en suave trote, despacio hasta el chozo entre sombras vespertinas del viejo encinar que parecía de bronce y dejaba murmullos en mi corazón sonámbulo. Dentro de aquel espacio, bajo el silbo de la luz que la tarde arrojaba en la dehesa, me veía de algún modo en el útero materno y me cubría una extraña santidad, un transparente abrigo de inocencia, de lana y silencio, que me sobrecogía. Me gustaba tocar los objetos que allí había: las sartenes y los platos, las camas, los anafres. El chozo era como un santuario para mí: me echaba en la cama humilde y, de repente, el tiempo crujía como una almendra lívida y reverberaba en el silencio umbrío del habitáculo, a esa hora soñoliento. Clavaba mis ojos en la mágica techumbre de retamas y juncias, y allí estaba un largo rato, hasta que venía mi madre a recogerme. ¿De qué modo se hacían aquellas camas tan sencillas y rudimentarias donde zureaba el viento y se eternizaba en la paja

mansamente? ¿Qué materia cubría aquellos lechos tan humildes en los que el cuerpo gozaba de un descanso liviano y profundo a la vez, casi telúrico? ¿Qué sostenía aquel virginal silencio de humo y sebo sudado que relampagueaba? Hace ya muchísimo tiempo de aquel chozo; yo era un niño de poco más de cinco años. Aunque ahora su imagen me llegue transparente. Al mirar a Virgilio evoco aquellos días. Él me habla, no obstante, de las camas de otro chozo, el que construyó en el Pozo los Tres Palos. Sin prisa me explica cómo ponía las camas.

—Aunque engañasen a primera vista —comenta el pastor— las camas eran mu cómodas. Si no que lo digan mis hijos, o mi mujer. Yo siempre ponía mucho esmero al prepararlas. Lo primero que hacía era buscar unos tallos firmes con forma de horquilla, parecíos a unas estacas, y clavarlos en el suelo hundiéndolos con fuerza. Luego, sobre las horquillas iban unos palos, y encima de estos, otros atravesaos. Ataba unos palos a los otros con cuidao. Y, al final, les ponía encima unas retamas y un lecho de juncos que iba cosiendo despacito con un torcío a los palos por los bordes, pa que de esa manera así no se cayesen. Luego, tendías las mantas... Y a dormir, o a echarse la siesta durmiendo a pierna suelta, que allí nadie se quejaba de las camas. Éstas no se canteaban ni una vez. Cuando llegaba el verano, algunas veces, pa soportar el calor que hacía de noche, nos solíamos acostar fuera del chozo. Tiraba unos haces de paja sobre el suelo y luego echábamos encima un par de mantas. Y ahí era donde dormíamos como he dicho cuando hacía más bochorno, y se estaba cojonudo, mucho mejor que en el chozo. Te lo juro. Uno no sentía siquiera los alacranes. Al fresquito de noche se dormía estupendamente. Te acostabas rendío y te dormías en un instante.

Los fuegos artificiales

La luz de la tarde se duerme en las paredes y por la ventana de la habitación entra el murmullo alegre de los pájaros, la última algarabía de sus trinos que preludian la entrada inminente de una noche cargada de estrellas, pues las nubes ya se han ido como focas lentísimas llevando en sus espaldas el globo amarillo de un sol ya desinflado. Hay un resplandor de frambuesa en los tejados que diviso ahora mismo desde el sitio donde estoy rodeado de voces y murmullos de otra época. La luz roza con sus dedos de vainilla el espíritu amargo y frío de esta estancia donde Carmen dormita echada en un sillón. Virgilio, su esposo, la observa con ternura. Lleva así todo el rato, desde que empezó conmigo esta conversación casi bucólica que ya toca a su fin: el pastor me habla despacio, y, al instante, mira a su esposa mansamente, de una manera tierna y compasiva. Su mirada inocente ahora se impregna del cansancio de la tarde que vuela entre las alas bulliciosas de los estorninos que arden sobre el aire para quedarse dormida en la dehesa, en el vasto encinar, detrás de Alcaracejos. Siguen silbando vencejos en el corral que se va oscureciendo a la par de los cristales. Virgilio, el pastor, contagiado por el silbo y el griterío añil de los vencejos comienza de nuevo a hablarme de otra edad, de cuando en la sierra abundaban los murmullos de los vencejos altísimos del cielo junto al vaporoso trinar del ruiseñor y el grito del alcaudón entre los zarzales.

—Los campos —me dice— hoy están vacíos de pájaros. Antes alegraban la vida a los pastores. Era mu bonito andar con las ovejas y ver a tu lao bandás de pajarillos: abubillas, alondras, trigueros, o charratetas, esas que hacían los níos con raíces bajo los terrones o en mitad de las paeres. Ya no se ve ninguna charrateta; dejaron de verse hace muchos años. Ni charratetas ni na: no quedan pájaros y el campo se encuentra más triste. Es la verdad. Yo digo que lo que ha acabao con tos los pájaros han sío los muchos venenos e insecticidas que otras veces echaban pa los grillos y los langostos. Así se los fueron cargando poco a poco; porque los pájaros comen muchos bichos, como los lagartos, que no hay tampoco ni uno. A los pájaros los han matao los insecticidas. Y eso es me parece una verdadera pena. No se puede solucionar el daño hecho, pero los que lo hicieron tendrían que pagarlo.

Los lagartos se han muerto. Los pájaros se mueren. La luz se nos va y la tarde queda rota, como un buey reventado en las cenizas del poniente, donde sólo titila un tibio bisbiseo de casas cerradas y chimeneas sin humo.

El oscurecer lame el dolor de la ventana como un viejo mastín que jamás falta a su cita, pero Virgilio, el pastor, me sigue hablando, no me deja marchar, y yo me siento confortado escuchando palabras que vienen de otra edad como flechas de barro o cápsulas de frío donde mi niñez tiembla alborozada entre la luz vespertina de los cerros y el diamantino temblor de las esquilas.

—Parece mentira que haya pasao tan pronto el tiempo —me espeta Virgilio con tono de asombro—. Hace ya muchos años que abandonamos el chozo y, cuando me pongo a pensar, creo que fue hoy. Son muchos recuerdos y muchos años los que he estao viviendo en un chozo y, ahora mismo, siento pena. Me da mucha pena pensarlo. Siento lástima. En el Pozo de los Tres Palos fui feliz, pues, si echo las cuentas, allí estuve media vida.

El pastor se entristece y en sus ojos asoma el tiempo como un tenue vapor que le enturbia la mirada. Su ánimo se derrumba lentamente cuando de soslayo mira a su mujer. Son muchísimos años los que han vivido juntos, y ahora, cuando la ve imposibilitada, adormecida y ausente en la penumbra de la habitación, se siente derrotado, con el corazón lleno de horas derruidas. Me habla de los inviernos y se refugia entre la niebla y las sombras flageladas de un chozo que sólo habita en su memoria. Lo veo ensimismado y la humedad de la llovizna va creciendo en sus ojos como un lienzo vespertino donde se dibuja el poso de la niebla, la misma que un día le creció a Rafael Arroyo, el zagal de Pedroche, cuando abandonó la finca donde había disfrutado, quizá sin darse cuenta, los años más puros e inocentes de su vida.

—Muchas veces me acuerdo sin querer de las ovejas —confiesa Virgilio en un tono emocionado, y en mi interior su voz adquiere el vértigo del viento soplando en un caserón derruido—. Y siempre me viene el recuerdo de la lluvia. El invierno es el tiempo más malo pa el ganao. Por entoces, en aquellos años llovía mucho y había meses que no descansaba ningún día. El agua y la nieblecilla de la lluvia acababa empapando la piel de las ovejas y las pobrecillas pasaban mucho frío. Había algunas ovejas que morían de la humedad, de no poder soportar ya tanta lluvia. Había tanto barro en los caminos y los cercaos que a los animales les dolía hasta las pezuñas de quedarse atollás y no poder salir pa arriba. He pasao muchas penas, pero a veces sólo pienso en los mejores momentos que he vivío. Y así se contenta uno, con mu poco, sólo con recordar momentos dulces.

***

Ha entrado la noche como un cuervo de alas frías aleteando a través de la ventana. Fuera de la habitación, por los pasillos, una mujer da gritos desgarrados, pronunciando el nombre de alguien que no existe. Dentro, el silencio tirita en un rincón, esperando que alguien lo coja entre las manos y le dé calor, y lo abrigue con escenas de un tiempo lejano, quizá algo desabrido, cuajado siempre de azules y claroscuros. Virgilio no habla, está mudo, y me contempla como si estuviera alojado en una gruta llena de estalactitas de añoranza.

Me despido de él, extrayéndole un instante del hermoso vacío en el que ahora se halla inmerso, agradeciendo su amabilidad y la información sustanciosa que me ha dado. Los dejo a él, a su hijo, a su mujer —que aún permanece serena, adormecida, en su vespertino limbo intemporal— dentro de la habitación donde hemos hilado una conversación muy distendida. Cuando salgo al pasillo, el tiempo está vacío y los ruidos siniestros han tocado retirada. Un silencio muy blanco reverbera en las paredes y amplifica el dolor que flota en el recinto de una manera desnuda, compasiva. Dejo atrás finalmente la moderna residencia y veo frente a mí, junto a la carretera, la silueta fornida y emblemática del silo que albergó hace unas décadas el trigo y la cebada que se recolectaban en estos pagos. Ahora es un contrapunto fantasmal, un gigante de cal que nos habla de una edad donde el mundo agrícola aún no se había tecnificado y las hoces y las aventadoras primitivas hacían la función que hoy desarrollan rutilantes cosechadoras equipadas de tal modo que pueden recolectar sólo en tres días lo que antes correspondía a varios meses o, al menos, muchas semanas de trabajo. Pienso en ello, mientras regreso hacia mi pueblo y veo la bruma violeta de las nubes flotando en lo hondo, más allá del horizonte, donde una Andalucía pobre, errática, tras siglos de niebla y pobreza marginal, supura una luz delgada, quebradiza, que se aferra al sigilo hermoso, milenario, que despide a lo lejos su hermana Extremadura. Dejo tendida mi vista unos segundos en el punto azulenco (orientado al noroeste) donde las dos tierras próximas se abrazan. Algo agridulce se abre en mi interior y me siento feliz uniéndome a su abrazo.

CAPÍTULO V. EL PASTOR EMIGRANTE

El Reino de las Retamas

La felicidad verdadera yace incólume en la luz que desprenden las cosas más sencillas: la cigüeña que vuela majestuosa entre los árboles, la casita de campo encalada sobre un cerro, el bosque de chopos, el arroyo del Lanchar, la imagen de un perro mastín tras las ovejas... Todo eso contemplo al pasar con mi automóvil mientras me dirijo hacia Fuente la Lancha, a cinco kilómetros justo de mi pueblo, dibujado como un garabato de oro y cal sobre un cerro elevado donde el horizonte se alza y se condensa en la carne de unas nubes levemente rosadas que flotan como albatros sobre los tejados tiernos, iridiscentes.

La carretera se empina de repente y asciende como una lánguida anaconda con la piel chamuscada por la luz de la canícula. Su elástico lomo cruje bajo el coche, mientras subo la cuesta sin prisas, contemplando el dorado y limpio temblor del pastizal que acaricia la brisa furtiva de las cumbres rodeando en sus brazos al charco de la Hoya, adonde yo iba a pescar con mis amigos hace ya medio siglo, cuando la Semana Santa, armado con un palitroque larguirucho, un finísimo hilo de nylon transparente y un diminuto anzuelo lleno de óxido. El olor de los peces pequeños, su temblor sobre la hierba mullida de la orilla hace que me estremezca como entonces y recupere el amor de aquellas tardes, cuando dentro de mí aún latía la inocencia, aunque mi infancia esté ahora fragmentada y su último halo huya de mi espíritu como un eslizón entre sombras enmarañadas. Pero ahora la luz permanece en los tejados inocentes y sublimes de Fuente la Lancha y su campanario humilde, candeal, se yergue sobre las casas bautismales de una manera trémula, muy dócil, casi pidiendo perdón al horizonte que dibuja en el pueblo su dolor tornasolado arrebatando a las tejas su ternura.

La carretera que lleva hacia Hinojosa saja a Fuente la Lancha en dos mitades, quedando hacia el sur la mayoría de sus casas y un laberinto de calles bien cuidadas con un encanto ancestral casi poético. Hacia el ángulo norte, queda el pueblo más famélico, un puñadillo de frágiles edificios, y un desgarbado y bacheado carreterín que, antes, fue camino, luego, dicen, carretera que conducía, conduce, a Villaralto, y ahora permanece en el limbo de los justos.

Ahí justamente, al lado del carreterín que lleva de Fuente la Lancha a Villaralto, se halla el reino feliz de las Retamas. Uno baja del coche y siente gozo al pasear escoltado por una armónica espesura de amarillos arbustos que exhalan al aire su perfume mezclándolo con el

gorjeo de los jilgueros —escondidos en la densidad de una alameda— y los silbos de los trigueros enamorados que aún se siguen posando en las cogollas de los árboles y en los alambres de pinchos de las cercas consumando un ritual de amor casi platónico: los trigueros, cuando se enamoran, permanecen absolutamente ciegos, casi en éxtasis, y a veces pueden cogerse con la mano. Su canto aún florece en estos campos amarillos.

He venido hasta aquí, a este familiar paisaje, para hallar el dominio azul de Andrés Aranda, el pastor emigrante que ha pisado estas colinas millares de veces y ha cuidado de su espíritu de cebada y avena durante casi cuatro décadas, aunque ahora me espera con su mujer en Fuente la Lancha donde habrá de narrarme pasajes de su vida, según convine con él hace unas fechas. No obstante, he querido acercarme antes de verle a este lugar cuajado de armonía para empaparme de aromas y de murmullos que reverberan en mí como algo próximo. En esta porción de tierra tengo casa y hay tantos recuerdos flotando entre las ubres de estas colinas suaves, rumorosas, que se me humedecen los ojos al caminar aspirando la luz y el vapor de los objetos que pueblan este universo horizontal (piedras, pájaros, encinas, chopos, nubes) que está fuera y dentro de mi alma al mismo tiempo, porque también estoy yo muy dentro de él, y en este reino amarillo de retamas me siento quizá más frágil y más desnudo, aunque también más fuerte y luminoso que en ningún otro sitio de los que he vivido hasta hoy.

Paseo lentamente por el carreterín observando el paisaje atado a mis entrañas hasta que todo el azul entra en mis ojos y el tiempo brinca en mi alma como un gamo. En ese preciso instante, desconecto. Subo al coche y me alejo sin mirar siquiera atrás. El Reino de las Retamas a mis espaldas va cosiendo despacio un cielo fervoroso que hace sólo un instante estallaba en mis pupilas. Durante el trayecto voy reconectando. Sin prisa me acerco otra vez a Fuente la Lancha. A través de mis ojos está mirando un niño: ha emigrado de mí el hombre que había antes, hace sólo unas horas, antes de salir del pueblo. Ahora piso con gozo las calles de Fuente la Lancha. La casa de Andrés, a un lado de la carretera que conduce a Hinojosa del Duque, me abre su alma. Andrés Aranda Chávez, el pastor bueno que hace ya muchos años hubo de emigrar a Alemania me espera en el comedor con su mujer, su amada Pilar, quien me acoge igual que él con una amabilidad inenarrable.

Después de sentarme en mitad del matrimonio, un poco más cerca de Andrés que de Pilar, con el fin de romper cuanto antes un protocolo que, entre los presentes, carece de sentido (nos conocemos

desde hace mucho tiempo), le pregunto al pastor por el día que nació, y él me responde en un tono socarrón, como si quisiera quebrar la seriedad que, según presupone, podría tener la charla, ofreciéndome datos que yo ya conocía:

—Creo que nací en el año 38. No me acuerdo na de ese día, te lo juro —me espeta mu serio, semioculto en un rincón, y Pilar, su mujer, se ríe de la ocurrencia—. Sólo sé que na más nacer, empecé a dar guerra. Yo he sío un muchacho mu suelto y mu travieso. Estaba to el santo día trastoleando, y no dejaba na quieto. Era un bichillo.

Pilar quiere intervenir y empieza a hablarme con un desparpajo fresco y chispeante de una lejana anécdota que Andrés vivió cuando niño. Pero a éste no le agrada y le pide que calle y no cuente tonterías, porque él conoce su vida mejor que ella y no quiere que nadie la cuente sin permiso. Discuten los dos brevemente, bromean casi, y cuando los veo hablar jocosamente me acuerdo de aquella pareja incombustible de la canción española más cañí, Dolores Abril y Juanito Valderrama, que en mis años de niño veía discutir en la pantalla del televisor mientras entonaban algún tema folclórico de su repertorio entonces muy variado.

Tras haber entablado una discusión en broma, Andrés mira a su mujer con desconfianza, visiblemente molesto en apariencia, y empieza a narrarme la anécdota infantil que ella empezó a hilvanar hace unos minutos y él impidió, finalmente, que contara.

—Ésta que tienes ahí se cree mu lista —dice en un tono agridulce y socarrón mientras mira a Pilar, su esposa, de soslayo—, pero de mí conoce pocas cosas, y menos de cuando yo era un chavalejo. Yo de muchacho viví una hazaña gorda. Era mu chico y tenía pocos años, quizá menos de diez, cuando me ocurrió el percance. Yo estaba al cuidao de un par de cochinillos y dos o tres cabras, que eran las joías mu putas. Y también tenía por entoces un pollinillo más resalao que la mar, con una burra. El caso fue que yo estaba con mis bichos cuando el pollino salió sin que lo viera y se me fue detrás de un hombre viejo que pasó con su burra camino a un melonar. Pero pasó un buen rato, la verdad, antes de que llegara a darme cuenta de que el jodío pollino me faltaba. Así que me puse a buscarlo por tos laos, y fui de cortijo en cortijo por to el término preguntando a la gente si había visto al animal. Había quien decía que sí, que hacía un ratillo lo acababa de ver, pero no me daban pistas, y yo, mareaíto ya de dar mil vueltas, me llegué a la casilla del lote de tu abuelo y tuve la suerte de que un hombre que había allí me dijo que sí lo había visto una hora antes detrás de una burra en dirección pa Villaralto. Así que cogí y enristré

pa donde dijo y, cuando llegué, ya estaba oscureciendo. Aunque al final topé con la pastora que había pasao con la burra por el Lote, y, apenas le pregunté por mi pollino, me dijo que sí, que le había venío siguiendo, hasta que llegó a un arroyo y, de repente, sin saber cómo fue le perdió también la pista.

—Y, entonces, al final, Andrés, qué sucedió.

—Pues si lo digo ya no tiene gracia —confiesa el pastor en un tono campechano—. A to esto a esa hora yo estaba en Villaralto, y antes quiero contar qué fue de mí esa noche. Y es que aquella mujer, viendo que era ya mu tarde, me dijo que fuese a ca unos labraores por saber si ellos habían visto algo en el camino. Pero no lo habían visto, y me advirtieron na más verme de que ya era mu tarde pa volver solo a mi pueblo, pues, según me dijeron, hacía pocas semanas que los lobos habían devorao a un chaval mu joven. De manera que fueron al cuartel de la guardia civil y allí dieron cuenta de que me había perdío y había llegao a Villaralto tras un burro. Pero la guardia no tenía teléfono y no pudo llamar a mi pueblo pa dar cuenta de que me habían encontrao en Villaralto. Y entre tanto en la Lancha la gente se echó al campo y empezaron a buscarme por tos los alrededores. La verdad es que allí se montó un follón mu gordo. Los vecinos salieron en burros, en yeguas y mulos, con horcas y con palos, con to lo que pillaran, pa ver si los lobos me habían descuartizao. Mis padres, los pobres, estaban asustaitos, muertecitos de miedo. Y creían que había muerto. Así que estuvieron buscándome nerviosos toa la noche enterita, dando vueltas por los campos, hasta que volvieron al pueblo derrotaos. Algunos me dieron por muerto y, mientras tanto, yo me estaba hartando a esa hora de cenar, que nunca he comío mejor que aquella noche en la casa que me acogieron en Villaralto. Luego me eché a dormir tranquilamente. Y a la mañana siguiente, tempranito, cogí mi burra y me vine echando leches, to lo deprisa que pude, pa mi casa.

—¿Y del pollino, Andrés, qué fue al final?

—¿¡Que qué fue del jodío pollino me preguntas!? ¿No sabes onde estaba metío el mu hijoputa? —le digo que no con un gesto, y él prosigue—. Pues al entrar yo a mi casa, se estaba asomando por la cuadra y ya estaba esperando a la burra pa mamarle. La burra venía reventá de caminar y tuve también que pararme pa ordeñarla, porque llevaba las ubres inflas del to y se tropezaban las tetas con las patas. Así que, na más quitarle algo de leche, el animalito empezó ya a andar mejor. ¿Y sabes lo que hizo mi padre con el pollino? —me pregunta de nuevo, con voz de cabo raso que ha recibido una bronca del sargento,

y le digo enseguida que no tengo ni idea—. Pues le dio un escarmiento, como se merecía. Así que, al llegar la feria de Hinojosa, mi padre se fue al rodeo con el burrillo y se lo vendío enseguiíta a unos gitanos, y antes de despedirse le soltó: «A ver, so cacho cabrón, si ahora te escapas y me pierdes a mi hijo otra vez por esos campos». Y ese fue, al final, to el responso que le echó. Y al pollino cabrón no volví a verlo en toa mi vida y no sé si se le escaparía a los gitanos, pero lo que es a nosotros el mu hijoputa no volvió nunca más a darnos más disgustos.

***

En la mesa del comedor, mientras charlamos, hay tendido un puñado de fotos desvaídas que Pilar anda revolviendo con la idea de buscar las imágenes que, de un modo muy emotivo, se ciñen al duro relato de sus vidas. Han entrado a la casa dos de sus cuatro hijos. Uno se llama Félix, el otro, Paco. El segundo trabaja de policía municipal, desde hace unos meses, en Villanueva del Duque; Félix, por el contrario, últimamente, desde que su padre tuvo un problema médico, atiende a un rebaño de ovejas muy importante que pasta a diario en el Lote del Lanchar, el ameno paraje donde estuve paseando y evocando hace un rato instantes de mi vida. Félix es menudo, risueño, y muy moreno; lo recuerdo de niño: era un voraz perdigoncillo que se movía nervioso entre la hierba arreando al rebaño junto a los mastines. Paco fue, y aún lo es, más sereno que su hermano, y su timidez roza la misantropía; pero luego, al tratarlo, es un hombre encantador con el que puedes hablar de mil asuntos. Félix ama el deporte; Paco, en cambio, la cultura: escribe poemas de una hondura excepcional donde toca temas eternos y muy sensibles como el paso del tiempo, el amor, la tierra, el viento, las nubes del horizonte, la ternura. Los hijos de Andrés y Pilar (cuatro en total) son personas sencillas, tiernas, muy agradables. Los dos mayores, aunque están fuera de casa, también aman la tierra natal. Llevan los nombres de sus padres, Andrés y Pilar, y se les parecen mucho. Andrés, el más grande, sigue el oficio de su padre y está de pastor cerca de la Granjuela, un pueblo pequeño del Valle del Guadiato, un núcleo rural sensible a la melancolía donde se respira un aire muy tranquilo.

La concha del río

También ama el paisaje y los contornos de su pueblo Pilar, la pastora, que ahora evoca frente a mí cuando iba con sus hermanas muy pequeñas a coger entre los trigales los pimpollos que arrojaban, después, de alimento a los cochinos. Ella habla como si el viento la habitara y acariciara la falda de una niña que corría por los campos con los ojos encofrados en la camisa violeta del crepúsculo. Confiesa Pilar que lo que más le ilusionaba cuando era pequeña era vivir los días de feria; su voz se transforma, se hace leve y cristalina cuando evoca la luz de la fiesta y la recrea como si estuviera, de nuevo, caminando entre los alegres puestos de turrón que, a primeros de mayo, ponían en la plaza de la iglesia, el rincón de la feria donde se instalaba el baile. Pilar se refugia en los pliegues de su espíritu y saca una luz distinta, nunca usada, que coloca deprisa en sus ojos para que éstos miren la realidad de otra manera, casi de puntillas, temiendo que ésta yazga y se descomponga triste a nuestro lado. Ella sigue evocando detalles de su infancia; pero le llega el turno a su marido, y la voz del pastor penetra igual que un rayo en el dolorido tejido de la tarde desgarrando la bruma bucólica del tiempo.

—Mi mujer te cuenta la vida a su manera, como a ella le fue —dice Andrés en un vozarrón que casi me asusta por la euforia de su tono—; pero a mí me fue bastante peor que a ella. Yo de chico pasé más hambre que un lirón. Con una sardina arenque te ibas al campo y con eso tenías que apañarte pa to el día. Ni siquiera había entoces un cachillo de pan seco que echarte a la boca pa machusquearlo. Pa que tú te des cuenta del hambre que pasaba; yo, a veces, con otros nenes de mi charpa, con más hambre que un ruso, cogíamos una cabra pa ordeñarla en el agujero de una piedra, en el hoyo de cualquier lancha de granito. ¿Y sabes cómo nos bebíamos la leche? —y me encojo de hombros, sin poder imaginármelo—. Lo hacíamos con una concha que sacábamos de algún charco del río, de ahí del Guadamatilla, y un palo de adelfa al que le hacíamos una raja con la navajilla; de manera que en el palo metías la concha y te servía como cuchara. Empezábamos a dar cucharás con mucha prisa y, si te quedabas un poco rezagao, no probabas la leche que cabía en el hoyo; si no había cuchara, la emprendíamos a lenguetazos, como los perrillos. Y no dejábamos ni rastro. La leche de cabra en la piedra sabía a gloria. Había mucha hambre. Eso era lo que había. Pasábamos hambre, más que un perro ciego.

—Y además de la leche de cabra en «agujero» ¿qué otra cosa comías?

—¡Qué cosas me preguntas! —dice Andrés sonriendo—. ¡Pues to lo que pillase! Lo pasábamos mal, pero éramos mu duros. Cuando llegaba el verano, por las siestas, uno asaltaba los huertos que encontraba pa echarse a la boca higos, tomates, uvas, ciruelas..., —se detiene un instante— también melocotones..., lo que uno pillase. El hambre era mu puta. Había que matar las ganas de comer y uno se manducaba lo que hubiese. Bueno, lo que se diese en esa época, porque al llegar el invierno, con el frío, las pasabas mu negras, y te echabas a las bellotas, si querías comer algo, y si no pues a pasar hambre.

El invierno como metáfora del hambre y de la marginación más absoluta tiene cabida en la amarga voz de Andrés. En la universidad del pastor no había cuadernos, ni tampoco tinteros, ni libros, ni pupitres; sólo había algunas veces viejas lanchas de granito donde escribían los nombres de la amada con garabatos tiernos, con señales muy parecidas a esas que aún resisten, casi temblando de frío, pudorosas, en viejos troncos de encina o de chaparro: huellas de amor muy frágiles, perdidas entre las ropas grises del invierno que, como ayer, aún tiritan marginadas bajo el callado gozo de la lluvia y de la escarcha adherida a los roquedos. ¿Cómo se amaban antes los pastores? ¿Cómo se enamoraban bajo el cielo de la pobreza y el hambre? ¿Les llovía dentro del alma y en ésta fermentaban flores de amor y semillas de ternura? Andrés y Pilar hablan del tiempo del amor con una conmovedora sencillez pero, a la vez, con la árida dulzura de quienes rozan la luz de la escasez sin jamás arrugarse ni ponerse de rodillas. El amor puro era un candil maravilloso que se encendía en los labios del zagal y florecía al llegar la primavera para ponerlo en los labios de la amada cuando los campos tremaban de silencio. Los pastores se amaban muy prematuramente, a veces lo hacían cuando casi eran unos niños.

—Yo empecé —dice Andrés— de cabrero a los ocho años, y así pasé un tiempo faenando con los chivos, hasta que tuve doce o trece añillos y ya empecé a segar y hacer más cosas, como coger bellotas, por ejemplo. Y fíjate tú que, cogiendo un día bellotas, me enamoré de esta niña tan salá —y, emocionado, señala a su mujer—. Pero eso, ahora mismo, es mu largo de contar. Te lo diré más alante, si me atrevo —y la sonrisa de Andrés se abre en la estancia y entre los gajos de sombra resplandece.

—Pues si no eres capaz de contarlo, lo haré yo. Que yo si me atrevo a hacerlo. ¿Qué te crees? —habla Pilar, cortando a su marido —. Si te dijera cómo me pretendía y me seguía a tos los sitios que yo iba —me mira sonriendo amable la pastora—. Las cosas han cambiao

muchísimo de entoces. En mi familia éramos cuatro hermanos: tres hembras y un macho. Y como había tanta hambre, es verdad que pasamos mucha necesidad, como casi toa la gente de aquel tiempo. Por eso de chica había que echar una mano en casa. Yo también he segao tanto o más que mi marío, y he arrancao de chiquilla mil matas de lentejas. De entoces recuerdo muchísimo el respeto y el cariño tan grande que había en las familias. Mi marío es también mi pariente, aunque lejano. Mi nombre completo es Pilar Cambrón Aranda, y él es Aranda también. Tengo entendío que su abuela y la mía eran parientas ya lejanas, o por lo menos eso he oído decir siempre.

El silencio de pronto se abre paso entre los muebles y la dócil penumbra que inunda el comedor. Y yo, de algún modo, me veo decepcionado, porque esperaba que hablasen de su amor, de dónde y cómo iniciaron su noviazgo. Sin embargo, al final Pilar ha derivado el tema de la conversación que manteníamos y se guarda el as del amor bajo la manga para mostrarlo luego. Eso supongo, porque ahora vuelve a narrarme otras anécdotas, y la pobreza, otra vez, vuela en su voz como una oropéndola tímida y fugaz a la que alguien robó el sol de su ropaje, el oro tibio y sagrado de sus plumas.

—Antes de enamorarnos, Andrés y yo pasamos bastantes penas. Yo era chica —la voz de Pilar abre un paréntesis en mi alma dibujando de golpe un cielo cristalino que ni siquiera quema el resplandor acerado y umbrío de la historia que ella evoca—. Había escasez de to. Se sufrió mucho. Una vez me fui andando con mis primas a la estación donde cogíamos el tren, en los Aventorros, y de aquí hasta allí hay más de seis kilómetros. Allí tomamos el tren pa Pozoblanco. Había poco dinero y, con mucho sacrificio, me pudieron comprar unos zapatos medianillos, que fueron los primeritos que yo tuve. Hasta esa ocasión nunca había tenío zapatos. Ya ves tú si seríamos pobres por entoces que yo pa vestir tenía solo un vestido —se le humedecen los ojos en la penumbra—. Me acuerdo que era de lana y, muchas veces, lo tintaba de azul cuando celebraba algo, pa que así pareciese el ropaje casi nuevo. Ese era el único vestido que tenía, y hacía de nuevo y de viejo al mismo tiempo. Yo ni siquiera tendría doce añillos el día que me compraron los zapatos y volví aquella tarde de Pozoblanco al pueblo hechita polvo del to, reventaíta, pero cargá de ilusión con mis zapatos. Y aquí me sentí la niña más feliz del mundo.

El baile de los zapatos

Andrés Aranda, el pastor, hace un par de meses pasó un delicado momento de salud y estuvo ingresado en el hospital de Córdoba durante varias semanas, en observación. Hoy se encuentra bastante bien, gracias a Dios, aunque aún se sigue quejando de una mano (se nota algo hinchada) y de alguna otra reliquia. Él no quiere, no obstante, acordarse del asunto: Andrés es un hombre muy fuerte, de alma tierna, que guarda en sus ojos el fulgor de los crepúsculos que en otoño acarician el Lote del Lanchar donde él cuidaba, hace un tiempo, sus ovejas. Ahora descansa en su casa, aunque impaciente se sigue ocupando de otros menesteres, como cuidar un pequeño huertecillo o echar de comer a los pollos y las gallinas, y recoger las puestas de sus nidos. Andrés, como él dice, es culo de mal asiento: ha sido siempre muy activo y laborioso, y no se adapta a vivir sin hacer nada. Desde que era muy niño, trabajó en diversos frentes: de segador, de porquero, de zagal... Ahora evoca los largos inviernos de su infancia con ojales de niebla bordados en la camisa y hondos remiendos de escarcha en los zapatos.

—De zapatos yo siempre estuve más bien mal —relata el pastor —. Como ésta, bien jodío —mira a su mujer, y Pilar ríe a carcajadas—. La cosa estaba mu mala pa los pobres. Los primeros zapatos que tuve, no lo olvido, fue cuando ya había cumplío los doce años. Y los tuve colgaos dos meses en el pescuezo, mu jartito de ellos, sin ganitas de ponérmelos, porque me habían dejao los pies hechos trizas. Tenía tos los calcañares doloríos. Yo estaba acostumbraíto a andar descalzo y aquellos zapatos, porque me quedaban estrechos, me llenaron los pies de callos y de vejigas. Así que, hasta que me hice un poco a ellos, los solía llevar colgaítos del pescuezo. Yo no los quería; esa es la verdad. Luego ya me compré, mucho después, otros zapatos mejores pa vestir. Eso ya fue poco antes de casarme y aquellos eran ya otra cosa, y más bonitos. Los primeros me los habían hecho a la medía. Los hacían así en El Viso y Villaralto. Antes de hacerlos, te medían mu bien los pies, igual que hacían los sastres con la ropa. Y como entoces había mu pocas perras, los ibas pagando a trancas y barrancas, cuando tenías dinero, poco a poco. Los zagalillos iban siempre descalcitos. Me acuerdo que había por entoces mozangones que andaban to el día al acecho, dando vueltas, y si veían en algún estercolero alguna goma le echaban mano y luego iban buscando por tos sitios alguna tirilla de cuero o material de zapatos ya rotos con la idea de limpiarlos y fabricarse ellos así los suyos. Eso tenían que hacer las criaturitas. La vida aquella era puerca pa los pobres.

Andrés nunca olvida la miseria de aquel tiempo y la voz se le debilita y se le nubla, porque revive escenas muy brumosas, estampas en gris de una España de remiendos, donde el pobre era pobre, y el rico era muy rico. La diferencia de clases era terrible. Los pobres, no obstante, sabían tomarse con humor —no tenían otra solución— aquella vida que para ellos siempre era un calvario.

—Es verdad que podíamos gozar de pocas cosas

—apunta Pilar— y andábamos descalzos; pero nos lo tomábamos con guasa. Si tú vieras una vez lo que me reí con mi cuñao —y empieza a desternillarse al recordarlo—, cuando dijo lo que le pasó el año del Hambre.

—¿Y qué fue lo que le ocurrió? ¿Puedes contarlo?

—¿Que qué le ocurrió? —y, nuevamente, vuelve a reírse de un modo compulsivo—. Pues que se encontró una tarde rebuscando dos tiras de material en el estercolero, y con ellas y un cacho de goma que buscó se preparó enseguía unos zapatos. Los hizo él solito, juntando las tiras y la goma con lañas de alambre. Pero ahí no acabó el tema; lo mejor le pasó en el baile de la feria. Resulta que se le ocurrió bailar con una, que llevaba zapatos con lañas como él, y, ca vez que daban los dos un paso de baile, las lañas de los zapatos se enreaban y mi primo y la otra se quedaban bien trabaos, sin poderse desenredar los pobrecillos. Así que dime tú a mí qué bailarían, que no daban un paso cuando ya estaban enzarzaos. Mi cuñao al contarlo se harta de reír, y es que la cosa fue así, como la cuento, pa partirse de risa. Así eran aquellos días.

***

Andrés se levanta y me dice que se va, que tiene que ir a cuidar de sus pimientos, porque queda muy poca luz fuera, en la calle. La tarde se arruga lenta, bulliciosa, como una liebre de felpa en las colinas y las pocas migajas que quedan ya de sol se filtran en el comedor desde el corral y levantan las sombras azules de la casa, quedando un rumor de lirios en el pasillo, un tintineo de flores de cristal que dejan flotando en el aire un olor puro. La casa tiene el temblor de esos lugares donde uno se siente a gusto y protegido. Hasta el aire parece vestirse de guirnaldas cuando Pilar recuerda emocionada los días festivos de hace varias décadas, en la época en que la feria de este pueblo aún se celebraba cuando empezaba mayo. Andrés se sienta de nuevo, a regañadientes, y la conversación sigue su curso.

—A las ferias de entoces venían mu pocas cosas

—comenta Pilar en un tono melancólico—. De tu pueblo venía el puesto de la Rematá, y también el de la Gabriela, con muñecos y algún juguetillo. Los nenes y las nenas, al no tener dinero, nos quedábamos viendo embobaos tos los juguetes; pero nuestros padres no nos los podían comprar porque pa los juguetes nunca había ni un céntimo. A mí me solían comprar, no se me olvida, una garrotilla de caramelo dulce, y me tiraba to el día chupa que chupa, más feliz que la mar con aquel regalo chico.

Relata Pilar que unos días antes de la feria ella y sus hermanas salían al campo a buscar hierba con la que iban llenando despacio varios sacos. Apilaban los sacos de hierba en el corral y, luego, se la iban echando a los cochinos. La razón de reunir en un día tanta hierba era para descansar cuando la fiesta y no tener que salir a buscarla al campo hasta que los tres días de feria no acababan. Así, descansaban Pilar y sus hermanas y se despreocupaban de un deber que, en su vida normal, realizaban diariamente. La feria de Fuente la Lancha era sublime y la sabían festejar como Dios manda todos los vecinos y vecinas de este pueblo hospitalario y sencillo como pocos.

—Pa poder sacar dinerillo pa la feria y tener pa los cuatro gastillos de esos días —relata ahora Andrés, mirando a los ojos de Pilar— los hombres arrancaban retamas y las vendían a los dueños de las tejeras. Con las ramas calentaban el horno en que se cocían ladrillos. Aunque no se pagasen mu bien, quien las buscaba sacaba unos pocos durillos pa la feria; y con unas cuantas monedas había pal gasto.

—Me acuerdo que había la costumbre de que los novios les compraran en feria a sus novias un regalillo —habla ahora Pilar, arrebatándole la voz a su marido que la contempla atento—. El regalo era una de esas cajas de caoba que llevaban bajo la tapa un espejito. Pues resulta que estábamos novios y este joío —mira a su marido de frente, sonriéndole— me quería comprar una caja baratilla, la más fea de toas las que había, pues decía que con lo que tenía de dinero no le daba.

—¡Pues claro que no me daba! —dice Andrés, levantando de nuevo su vozarrón de bruma—. Y es que la cosa no era tan sencilla —y me mira a mí—, pues pal sitio que tirase siempre estaba pillao. Y no había escapatoria. Pues si le compraba a la novia la cajita, con el jodío caprichito de los güevos me acababa quedando al final sin ningún céntimo, y a ver luego qué hacía en la feria sin dinero, sin poder

tomar siquiera un vaso vino ni poder convidar a la novia a lo que fuese. El asunto no estaba fácil. No te creas. Tirase pa onde tirase, de toas formas, sabía que, al final, iba a quedar mu mal, con el culo al aire. Y ella se enfadaría.

—¿Al final —le pregunto al pastor— qué es lo que hiciste y para dónde tiraste?

—¿Que pa dónde?¡Pues pa dónde iba a tirar uno! Tú qué crees —me dice el pastor en un tono resignado, anticipando la luz de su respuesta—. Al final, pasó lo de siempre, que mi moza se salió con la suya y fui a comprarle la cajita y me pasé la feria toa a dos velas, sin poder tomarme siquiera un chato de vino, esperando que algún amiguete se me acercara y me invitara a un trago. Así fue el tema. Uno tiene la culpa. Si le haces caso a la mujer, sabes lo que te espera. Esa no falla. La mujer casi siempre se sale con la suya.

Se queda reflexionando unos instantes y el silencio engorda y ensancha en torno a mí como uno de aquellos cochinos de alma ibérica que los pobres criaban a base de hierba y amapolas. La mujer de Andrés intuye que éste va a soltar alguna de sus metafóricas sentencias, y tiene dispuesta la risa en las mejillas con las alas casi desplegadas, como tórtola ante la dulce inminencia de su vuelo. Y la risa de la mujer vuela enseguida cuando su marido, Andrés, termina el lance con dos o tres frases de su lúdica cosecha.

—Y sabes qué fue lo que a mí más me jodió —le respondo que no, esperando su sentencia—, pues que la puta caja que compré y le regalé no servía al final pa na, porque estaba vacía, y, además, es que mi mujer no tenía abalorios con los que poder llenarla. Por no tener no tenía ni zarcillos. ¡A ver pa qué leches quería ella esa cajita! Ca vez que me acuerdo me vuelvo a cabrear y se me revuelven las tripas de pensarlo.

El pan de los pobres

Pilar tiene buen humor y se toma a chanza las gruesas palabras que lanza su marido como si fuesen pedradas sobre un río que no pierde el curso de su agua transparente. La pastora tiene un espíritu de agua, un alma muy húmeda empapada de recuerdos y de tonos azules que fulgen cuando ríe y transforma las penas oblicuas de aquel tiempo en suaves y hermosas libélulas de espuma. En el huerto de la escasez y de la penumbra ella cava los surcos asistida por el tiempo y obtiene frutos sabrosos y delicados, lentos frutos de amor que fermentan con la lluvia que guarda Pilar en su alma de arcoiris.

—Las muchachas de antes no teníamos coloretes de esos caros que hay hoy. Entoces no existían —afirma rotundamente la pastora—, o por lo menos no los conocíamos. Tampoco podíamos comprarnos pintalabios. Y sabes cómo inventábamos los coloretes —le digo que no, que no me lo imagino—. Pues comprando aquellos papeles de colores que parecían de seda. Los cogías y los machacabas con mucho cuidaíto, hasta que quedaba un polvillo muy suavito que una se restregaba por la cara. Y esos eran los coloretes que una usaba. Lo que yo no tenía era un lápiz pa los ojos. Así que salías de casa a pasear sin ningún maquillaje ni na, toa natural. Y eso pa mí tenía mucho mérito.

—Entoces nunca había engaño —dice Andrés—. La que era guapa era guapa de verdad, sin tener que llenarse la cara de pinturas. Hoy cualquier tía se llena de mejunjes; pero las mujeres de antes eran naturales, y eso a mí me gustaba mucho. Era bonito.

—Claro que era bonito..., y tan bonito. Una no pensaba siquiera ni en pintarse —comenta Pilar—. Las mujeres de esa época nos pasábamos tos los días trabajando y había poco tiempo pa salir a divertirse. Además de ayudar en la casa, ibas a segar, a por sacos de hierba, a estar al cuidao de los avichuchos, o hacer cualquier cosa que alguien te mandara.

—¿También segaban entonces las mujeres? ¿Ese no era un trabajo de hombres? ¿No era duro? —lanzo las preguntas al aire, sin saber quién de los dos responderá, y espero un instante a ver lo que sucede.

—¿Que si segaban entoces las mujeres? —responde enseguida Andrés con mucho énfasis—. ¡Había segaoras mejores que los tíos! Yo recuerdo mu bien que entré a segar junto a mi padre, al poco de haber cumplío catorce años, y empecé cobrando el jornal de una mujer, que por entoces estaba a seis reales. Nos tirábamos segando to el día

entero, desde que el sol salía hasta la noche. Y te puedo decir que vi muchas mujeres que le daban vueltas segando a sus maríos. Y encima de to había poco pa comer. Aquella vida era dura. No había pan y pasabas más hambre que un gato dando vueltas. Me acuerdo que algunas mujeres fabricaban unas tortas que hacían de harina de cebá, que era el pan de los pobres, y no había quien las mordiese, porque tenían más raspas que la leche y te dejaban la lengua como un trapo.

La mujer del pastor incide resuelta en el asunto y le da la razón, por completo, a su marido. Los pastores y los segadores de aquel tiempo pasaban apuros, muchísimas fatigas, para llevar alimento a su familia. Y lo más admirable de todo, al fin y al cabo, es que tuvieron valor para salir, aunque con dificultad, de aquella gruta donde todo era gris, árido, sombrío, y no había otra salida que la del trabajo: un estrecho pasillo que comunicaba al hambre, a la represión, al silencio y la pobreza. No obstante, al final, lo que importa es que lograron superar los escollos y las fatalidades saliendo del pozo aún más fortalecidos, con el ánimo alto, limpio e inquebrantable.

***

Dicen que sobrevivir entre la escasez fortalece el espíritu y dota a quien la sufre de una ironía sutil, rudimentaria, que reviste de humor lo que ayer pudo ser trágico, pues la memoria deforma lo pasado y reviste las horas vividas a su manera, ennegreciendo lo blanco o, al contrario, blanqueando muchísimas veces lo sombrío. El traje espiritual que viste Andrés aún le queda holgado, aunque su alma recia y fuerte ahora intente borrar el hambre y la escasez que en su escuálido cuerpo de niño fermentaron. Pero Andrés y Pilar saben reírse del pasado, y el pastor relata una anécdota curiosa en la que participa toda su familia.

—Como soñábamos tanto con el pan, que casi nunca veíamos ni en pintura, mi abuela una noche de invierno dijo en casa que iba a preparar uno grande pa jartarnos. Así que echó en la cocina un haz de jaras y levantó un candelorio exagerao. Luego apartó las brasas con cuidao y, después de limpiar la piedra que quemaba, echó encima la masa del pan mu despacito cubriéndola enseguía con un barreño pa que pudiera hacer la vez de un horno. Después de to esto, con muchísima paciencia, fue arrimando al barreño las ascuas encendías. Y allí estuvimos juntitos la familia esperando más de tres horas por lo menos, adorando las brasas hasta la medianoche.

—¿Y al final —le pregunto— cómo salió el pan?

—¿¡Que cómo salió!? ¡Cómo quieres que saliese! La madre que la parió a mi pobre abuela; yo no sé lo que hizo, pero el pan salió durísimo y no fue capaz de comérselo siquiera la mula que entoces teníamos en la casa y, al final, se murió de hambre la pobrecilla, unos meses después de aquello. Dime tú cómo estaría de malo el puto pan que ni siquiera la mula le hincó el diente. Aquello parecía piedra. No te engaño. Así que, al final, nos quedamos tos a dos velas, sin comer esa noche pan, igual que siempre. Pasábamos por entonces, como he dicho, más hambre que un gato, y la ocurrencia con el pan que tuvo mi abuela nunca se me olvida.

—Si, como me dices, la vida era tan negra, ¿cómo lograsteis, al final, salir adelante?

—La verdad es que no sé explicar cómo aún respiro. En el año del Hambre más de uno dobló el gorro. No había na pa comer y comías hasta los yerbajos. Nosotros, ese año, sembramos un poco trigo y mi padre fue y lo segó en abril o así, cuando estaba to verde pa que nadie lo robase. De manera que hizo los jaces y los echó a un horno y esperó a que se chamuscaran las espigas pa pelarlas un poco después y sacarles el grano. Al final logramos llenar un costal de trigo y fuimos a llevarlo al molino que había al lao de la la finca de María Transportes, junto al río. Y me acuerdo que fuimos tos muertos de miedo, temiendo que nos pillaran los civiles y, además de quitarnos el trigo, nos denunciaran. Si te descuidabas un poco ibas a la cárcel. Además de hambre, había un miedo grandísimo.

Los días del amor

El miedo se desvaneció en la lejanía como un sol con muletas tras el horizonte malva, y el hambre se fue con su hatillo a vagabundear por otros lugares recónditos y lejanos. Pasaron los años, y Andrés y Pilar se hicieron adultos, se conocieron un día, se enamoraron, de una manera sencilla y anecdótica. Un lustro después, pensaron en casarse. Corría por entonces la década de los cincuenta y la posguerra estaba en su apogeo, aunque las señales del hambre, sin embargo, eran menos visibles que unos años antes, cuando Andrés bebía leche de cabra a lengüetazos y su abuela a su modo hizo un pan incomestible que no lo quisieron siquiera ni las bestias. Fuente la Lancha fue modernizándose, como otro pueblo cualquiera de la zona, y sus ferias fueron más grandes y más alegres, aunque sin perder su carácter recoleto.

***

Dentro de aquel decorado recoleto, Andrés y Pilar se paseaban por la feria estrenando un amor que perdura hasta el día de hoy. Uno se los imagina caminando por el recinto ferial llenos de gozo: él, con los ojos repletos de pasión y el alma embutida en un traje de impaciencia; ella, con el corazón puesto de pie y los labios fresquísimos como amaneceres. Se habían conocido a comienzos de los sesenta, de una manera casual, casi inaudita, que el pastor cuenta hoy con un gracejo extraordinario, como si el decorado de esos días lograra imprimirlo en un fotograma límpido que podría encajar en una película de cine con guion de Rafael Azcona.

—Sé que te vas a reír cuando lo cuente; pero lo que voy a decirte es la verdad —me advierte muy serio el pastor, antes de plasmar con palabras sencillas la escena campesina donde su esposa y él se conocieron—. Por entoces la vida no era como es hoy. Yo conocí a mi mujer bajo una encina, buscando bellotas en una finca de tu pueblo. Eso no se me olvidará en la vida. El caso es que hasta ese día que te digo yo no me había fijao siquiera en ella; pero aquella mañana yo no sé qué me pasó, que estando agachaos los dos, tranquilamente, me rozó con su pelo la cara y me puse a cien, que me entraron muchísimas ganas de besarla. Y si no lo hice fue por respeto hacia su hermano, que estaba allí al lao, cerquita de nosotros. Yo había ido a buscar las bellotas con él y otro. Mi mujer llegó luego, con dos o tres amigas. El caso fue que a mí me puso encelaíto y ese mismito día me enamoré de ella.

—Es verdad que fue así —aclara Pilar, inmediatamente—. El día que nos conocimos y se enamoró, yo andaba buscando bellotas en los remachos.

—¿Qué eran los Remachos, Pilar? —digo al instante—. ¿Algún lugar de la sierra de mi pueblo?

—No, hombre, qué va. A los remachos se decía cuando ibas a buscar bellotas en cualquier sitio donde hubieran estao vareando unos días antes, cuando ya los cochinos se habían manducao toas las bellotas que había por los suelos. En la encina, de toas formas, quedaban algunas. Y después esas bellotas iban cayéndose despacio, un día tras de otro, y tú podías ir a buscarlas sin que la guardia civil te denunciase. Era la única forma de cogerlas. No podías buscarlas si no era en los remachos, porque si no, si el guarda te cogía te acababa poniendo una multa exagerá. Bueno, pero a lo que iba: sí es verdad que nos conocimos buscando las bellotas. Y desde entoces hasta hoy seguimos juntos.

***

Los amores de la posguerra no eran fáciles, sobre todo en los pueblos pequeños, porque en ellos las relaciones amorosas son más próximas y más familiares también que en la ciudad. En un pueblo cualquiera la gente se conoce; lo que en ocasiones resulta negativo. A veces, las relaciones entre vecinos pueden ser casi nulas. Hay diferencias insoslayables entre varias familias, algunas de la misma sangre. Esto ocurre en éste, en el mío, en cualquier pueblo. En la posguerra, el tema era aún más grave. A veces existían entre los padres de los novios barreras de odio imposibles de vencer. Y no sólo ocurría por matices ineludibles de tipo político (la guerra aún seguía viva), sino más bien por asuntos económicos, o de escala social: rivalidad de clases. No obstante, en el caso de arrieros o de pastores, de gañanes o porqueros, no solía ocurrir: todos ellos se hallaban a un mismo nivel económico (es decir: tenían muy poco; a veces, nada). A pesar de todo, el ambiente de esos años era tan represivo y oscuro que influía, sin duda, en las relaciones amorosas que tuviesen lugar a cualquier nivel social. La bruma anidaba en los sentimientos y en la sangre tejiendo un clima tenso y deprimente. Nadie podía eludir unas normas rígidas en el plano moral, erigidas férreamente por los conmilitones de la Dictadura. Las leyes, anacrónicas y absurdas, habían sido pensadas para castigar al pobre. Algo que está volviendo a pasar hoy. Los amores, por tanto, en la posguerra eran extraños; tenían el acre sabor de los potajes aliñados con ajo, clavo mohoso y rancio sebo, y el olor de la pana cosida por la lluvia abrazada a

remiendos de lienzo y berbetón.

A veces, las normas sociales, sin embargo, eran dinamitadas por los pobres que hacían del amor un rito cálido y audaz que daba la espalda a los convencionalismos. El amor de Pilar y Andrés, por mil motivos, cumple perfectamente esos parámetros. A una escala actual, podríamos decir que ya en su inicio la relación amorosa que tuvieron fue absolutamente incorrecta en lo político, aunque ellos nada sabían de ese tema. Ni tampoco, por suerte, le hacía ninguna falta. ¿Para qué querían saber algo de ese asunto? Para ellos sólo existía la realidad, una realidad muy hosca, dura y negra, que a través de su amor suavizaron levemente.

—Lo de nuestro amorío —dice Andrés— tuvo su miga. No te vayas a pensar tú ahora que fue fácil, pues había la costumbre entonces de ir al rosario, y ésta solía ir casi siempre con amigas —masculla, mientras señala a su mujer—. Sin embargo nosotros hacíamos otras cosas. Mis amigos y yo no entrábamos a la iglesia. Esperábamos a que saliesen las muchachas, quedándonos al acecho en las esquinas. Pero siempre las cacho cabritas, no sé cómo, pillaban la vez y toas juntas echaban a correr hasta desperdigarse por las calles. Y esta niña bonita, así como la ves —y Pilar se aguanta la risa, como puede—, no hacía más que reír y hacer burlas de nosotros; hasta que una vez me puso endemoniao y eché mano a dos o tres piedras que vi cerca, y me lié a peñascazos sin pensármelo. Y no se me olvida, que había allí cerquita un viejo y, cuando silbó una piedra al laíto suyo, dijo que vaya modales me gastaba. Pero la piedra no iba contra él. Iba lanzá derechita a esa de ahí —ahora señala muy serio a su mujer— y si la pillo ese día ésta se entera. Y así fue cómo pretendí yo a esta gachona: corriéndola por las calles a peñascazos.

Las bodas de Camacho

La humildad resplandece en mitad del comedor y un rumor de suaves ladridos invade el patio, donde un frondoso verdor cose la paz casi religiosa que flota en el ambiente. Pilar sigue removiendo por la mesa fotos sencillas, retratos de otra época, y es como si los años se posasen —lentas aves de plomo— a nuestro alrededor despertando presencias de rostros que se fueron, pero que siguen presentes en este sitio, perfumados por el vapor de la memoria que se va condensando en los muebles del silencio. Hay fotos de bodas, de comuniones, de bautizos, de fiestas lejanas compartidas en la familia. El ambiente me hace abstraerme del lugar y dejo volar mi mente hacia otras fotos y otras fechas lejanas que susurran en mis sentidos. Por un momento vuelo hacia otra época y me hundo un segundo en retratos familiares. Pero la voz de Andrés me hace volver a tocar otra vez el sitio en que me hallo. Y de nuevo me habla, en un tono vetusto, de los escarceos que tuvo con su novia, hoy ya su mujer, Pilar, cuando eran jóvenes. La voz del pastor extrañamente me consuela: es como un golpe de viento en mi conciencia donde se agolpan ecos de otros días, el lejano fulgor de mi niñez granate. Andrés me habla ahora, en este instante azul, como si amaneciese en sus palabras y asomase en sus ojos el niño que amó tanto en mitad de la bruma que ahogaba la posguerra.

—Al final conseguí la novia con esfuerzo —afirma feliz, con la voz llena de sauces—. Esta niña bonita no se dejaba conquistar, pero un día al final la pillé junto a su casa, en la puerta mismita, y ella se quería escapar y tiraba con rabia, pero no se me escapó, porque la agarré bien fuerte del abrigo, y mientras ella tiraba enrabietá, yo la paraba toavía con más ánimo. Su padre, que estaba allí tomando el fresco, se acabó metiendo pa dentro, avergonzaíto. Pero ella no quería dar conversación y no tuve ya más remedio que soltarla. Y, entoces, salió corriendo, echando leches. No la besé siquiera. La quería. Y aquella noche, además, gané la apuesta, porque me había apostao con mis amigos una arroba de vino a que era capaz de hablar con ella aunque fuera al lao de su padre o de su hermano. Y les gané la apuesta como he dicho. Le eché dos cojones y, al final, la conseguí, estuve cerquita de ella, mu juntito. No sabes tú lo que yo sentí ese instante.

—Y al final, ¿cuándo formalizasteis el noviazgo?

Andrés se queda, de pronto, pensativo, rumiando tranquilamente la respuesta; sin embargo, es Pilar la que se adelanta ahora y me responde enseguida como un trueno. Al pastor le molesta que gane su

mujer, y amenaza con levantarse del sillón para ir a regar la siembra de pimientos. Le digo que espere, que el tema está muy interesante y aún necesito saber de él muchas cosas. Por lo pronto, es Pilar quien toma la palabra y me cuenta, con gracia, cómo Andrés pidió su mano. Él la observa, entre tanto, cariacontecido, como si el tema no le concerniese.

—Como éste no se decidía a pedir la entrada —dice en un tono jocoso la pastora—, al final tuve yo que tomar la iniciativa y prepararle el terreno. Así que un día, la misma noche que él vino a verme a casa, yo cogí y me escondí en la de una vecina pa que en el momento que entrara él a la mía no estuviera yo por lo menos allí delante. Lo malo es que el mu jodío no llegaba. Y yo con la amiga dándole conversación, mosqueá porque Andrés tardaba demasiao. Habíamos quedao los dos esa misma tarde en que, cuando él hubiera entrao a hablar con mi padre, hubiera venío al ratito en busca mía. Pero se retrasaba. No acababa de venir. Así que salí de ca mi vecina despacito y, enseguía, pasé a mi casa de puntillas, pa que nadie me oyera. Luego entré en mi dormitorio, que estaba por suerte al comienzo de la casa, y me eché cansaíta en la cama a descansar. Pero éste ya estaba sentao en la cocinilla de cháchara y cachondeo con mis abuelos. Y allí estuvo to el tiempo que a él le dio la gana porque yo me dormí al final y él seguía allí. Mi marío es que era así. Nunca remataba.

***

Pilar prosigue enredada en su nostalgia y empieza a contarme ahora, en un susurro, los humildes preparativos de su boda. Relata con emoción y sinceridad, rejuveneciendo el tono de su voz, como halló un fuerte apoyo entre los amigos y los vecinos. En aquel panorama de penas y escasez, de penumbra económica, los vecinos se ayudaban y compartían lo poco que tenían. Así, se reunían en las fiestas y en las bodas para celebrarlo de un modo extraordinario.

Para el día de la boda era costumbre preparar, según la pastora, platos muy enjundiosos, recetas tradicionales de la zona: el relleno, los dulces, la caldereta de borrego, las hojuelas con miel, la gallina en escabeche. Antes de la comida, tenía lugar el convite de rueda, como en mi pueblo le llamábamos, donde iban pasando los dulces en bandejitas junto a una copilla sabrosa de mistela o de otro licor del estilo. Luego, el baile: los músicos iban tocando por las calles recogiendo a las mozas y se bailaba alegremente, y después se cenaba, y estallaba en casa el júbilo, mientras se compartía el entusiasmo y la ilusión del momento con los novios.

El hermoso sabor ancestral de aquellas bodas se perdió por desgracia hace varias décadas, cuando aquellos convites vetustos y familiares, debido a las modas, cambiaron de lugar y se trasladaron de casa a los salones modernos del pueblo más anchos y ampulosos en los que cabían más de cien personas. Aquellos espacios, no obstante, eran incómodos. Recuerdo las sillas plegables de madera, aquellas malévolas sillas de los cines que te dejaban marcadas las costillas debido a la rigidez de su respaldo. Las últimas bodas de sabor tradicional, al menos que yo recuerde, aquí, en mi pueblo, se celebraron a mitad de los sesenta, allá por el año 1966. La última que recuerdo con detalle fue la que unió a mi querido tío Marciano con mi tía Mercedes (los dos ya han fallecido) y tuvo lugar en una casa solariega, propiedad de la hermana de mi abuelo Pepe Andrada, María del Pilar, madre de mi tío. Como dato curioso del suculento ágape debo decir que fue la vez primera que probé las cigalas, manjar inalcanzable y desconocido en aquella edad pretérita donde lo gris era el tono cotidiano que, incluso en las bodas, envolvía un espacio histórico donde el cielo del mar aún quedaba lejos.

La boda de Andrés y Pilar se circunscribe, aunque fue muy distinta a la que he citado antes, a la época en que los convites se hacían en casa. Pilar la recuerda y, al hacerlo, la revive. Su voz se viste de luz y hojuelas ingrávidas que llenan mis ojos de álgida dulzura.

—El convite de nuestra boda —me comenta— lo hicimos en la casa de Andrés. Y, aun siendo pobres, ese día tiramos la casa por la ventana y te juro que allí no faltó de na. Me acuerdo mu bien que matamos tres borregos, también preparamos muchos pollos en escabeche, y de postre, hojuelas de miel con orejones, que eran trozos de melocotón puestos a secar y después se cocían con vino, canela y azúcar. A nuestra boda vino mucha gente, casi to el pueblo entero. Nosotros fuimos unos días antes invitando casa por casa a los vecinos. Y es verdad que, al final, falló mu poca gente. Al convite acudieron doscientas personas, o más, y la casa se puso llenita, a tente bonete. De bordón cogimos unas tres mil pesetas. Claro está, unos echaron más y otros algo menos. Por entoces había es verdad mucha escasez y la gente no podía estirarse mucho. Pero no se me olvida que hubo un invitao que nos dio veinte duros, que era mucho pa esa época. Hubo gente también que nos regaló algún pollo o alguna gallina pa ponerlos en escabeche. Fue una boda mu buena en comparación con lo que había y la gente se divirtió to lo que pudo y se jartó de comer, que es lo importante.

Después de la boda, empezó para ellos, por desgracia, como para

tantos pobres de esa época, una vida muy dura y sacrificada. En España empezaba la moda de la emigración y Andrés tomó un día el rumbo de Alemania, cuando ya habían nacido sus dos hijos mayores. Allí hubo de soportar tiempos difíciles, realizando trabajos de una dureza extrema que apenas le compensaban en lo económico. Cuenta que su temporada de emigrante fue sin duda la etapa más negra de su vida. Dice que lo más duro para un hombre es tener que salir de su pueblo muerto de hambre para buscarse el futuro en un país donde todo es distinto y no entiende ni el idioma. Todo esto lo explica Andrés con emoción, a la vez con ternura y con desesperanza, en un tono infeliz no exento de inocencia.

—Empecé de pastor cuando vine de Alemania. Y me vine de allí porque las pasé bien putas. Siempre estaba lloviendo y no te podías entender con nadie. Hasta la comida allí estaba jodía. Yo llegaba a una tienda, echaba en un cesto algunas cosas y luego le daba un billete al dueño o dueña, pero me devolvían lo que querían o les parecía a ellos. Yo era analfabeto y me podían engañar como quisiesen. Encontré mi trabajo en una fábrica de jaulas; eran jaulones mu grandes pa gallinas. Pero aquello era triste y nunca veía salir el sol. En to el tiempo que estuve allí puedo decirte que apenas vi el sol salir dos o tres veces. Los días en Alemania eran siempre neblinosos. Yo me vine hartito de allí. No lo aguantaba. Tos los días me acordaba de mi mujer y mis dos hijos, porque los otros dos no habían nacío. Y un día le solté a mi compañero de trabajo: «Mis nenes podrán llorar por pasar hambre y no tener pan, pero nunca por su padre. Así que mañana

preparo las maletas». Y me vine de allí, de Alemania, echando leches.

El país del frío

Bajo la hermosa cueva de eucaliptos que se abría viniendo de oriente hacia mi pueblo por la carretera antigua de la zona, pasaban los autobuses derrengados como mulas de acero, cargados de emigrantes. Los hombres se iban, pero dejaban, sin embargo, como una semilla enterrado el corazón bajo los cielos azules de esta tierra. Se llevaban los ojos repletos de nostalgias y miles de estampas que pesaban en sus adentros. Los emigrantes al irse sonreían, aunque su espíritu ya iba cabizbajo, dejando un adiós de arcilla en torno a ellos. Sus palabras pesaban en la luz del autocar o en los ojos del tren que partía hacia la nieve. Detrás de sus sombras corrían los vencejos como espectros de un cielo ya irrecuperable. Se iban con ellos fragmentos de este aire y algunos pedazos del sol ya derruido que, al final de la tarde, flotaba en la dehesa como un adiós de cerezas y nubes de óxido.

Los niños notábamos huecos en nuestra calle: ojos ausentes, voces que no estaban, cabellos de niñas dulces con cintillos que habían emigrado a un país lejano y frío del que no se volvía a veces en varios años, pues distaba de aquí miles de kilómetros. Algunos de mis amigos, aunque volvieron después de dos o tres años a veranear, acabaron fijando allí su residencia. Allí se casaron y allí hundieron sus raíces. Hoy sus hijos son alemanes, como ellos.

Hubo algunos, no obstante, que regresaron exhaustos, cansados de aquello. Huían de la nieve. No terminaron de aclimatarse nunca; como le ocurrió, por ejemplo, a Miguel «Juanón», que aprendió a leer conmigo en la escuela de las Monjas (en ese tiempo teníamos cinco años), y a veces me mira desde un lánguido retrato que mi madre aún conserva en un hermoso recipiente que contenía por entonces ColaCao y hoy alberga, no obstante, instantáneas de aquel tiempo.

La foto fue hecha en un soleado corralillo ubicado a unos metros de la antigua carbonera (donde solían encerrar a los alumnos díscolos o a aquellos que nunca hacían los deberes). De todos los niños que aparecen en esa imagen hoy viven muy pocos en el pueblo que nací; a medida que fueron creciendo se alejaron, por diversos motivos, hacia otras zonas del país, o salieron de éste a otros como Bélgica y, la mayoría de las veces, a Alemania. Miguel «Juanón» regresó una tarde fría de un país para él excesivamente gélido y, enseguida, se hizo tratante de ganado, igual que su padre, con el que estuvo conviviendo durante muchísimos años en la misma casa donde el propio Miguel vio la luz primera. Luego acabó trasladándose a Peñarroya, y no sé si lo hizo, también, a Hinojosa del Duque.

Miguel «Juanón» es un tipo excepcional: un hombre de alegre carácter, bondadoso, que se toma la vida con filosofía. Hoy vive a caballo entre Córdoba y el pueblo, y me alegra encontrarlo, de tarde en tarde, en cualquier bar, pues rara es la vez que no cuenta un chascarrillo o alguna genuina y fabulosa anécdota de las que disfrutó cuando estuvo de emigrante en pueblos y ciudades cubiertos por la nieve.

Miguel, alias Juanón, regresó un día de Alemania y nunca volvió a cruzar nuestras fronteras. Andrés, sin embargo, volvió a cruzarlas algo después con una maleta de cuadros vespertinos, y esta vez tomó un autobús que iba a Suiza, donde aún soportó más frío que en Alemania. De nuevo volvió a sufrir con el idioma y con el gélido ambiente de un país en el que, según dice, se sentía como un apátrida, absolutamente solo y sin raíces. En Suiza trabajó de peón albañil, y estuvo a las órdenes de un maestro serio y hosco que lo recogía «a gritos» de mañana para subirlo en una furgoneta que traqueteaba camino del trabajo lo mismo que un buey viejo y desollado a la hora en que lo llevan al matadero.

—Fue cien veces peor que lo de Alemania —protesta desengañado Andrés, el pastor, cuando evoca su amarga experiencia allí, en Suiza —. Eso era un suplicio. No había quien lo aguantase. Pasabas to el día en el tajo entelerío. Y encima aquel jefe soso y fanfarrón que se pasaba, el cabrón, to el día gruñendo «Amu, Amu, jron, jron, jron» y más de una vez me llegó a sacar de quicio cuando me recogía pa ir al corte. Aquello no había ni un tío que lo aguantase, y no era por el trabajo, la verdad, era sobre to por el frío que allí hacía y por aquel jefe gruñón que no entendía y me ponía cabreao ca vez que hablaba. Además me acordaba también de mi mujer y de mis dos hijos que estaban chiquinos. Yo estaba ya jarto del frío y de to aquello.

Pilar está oyendo absorta a su marido y hace gestos con la cabeza sin parar, haciéndome ver que el pastor tiene razón y que todo lo que él relata ella lo ha oído multitud de veces con lujo de detalles. Percibo entre ambos una fértil sintonía, un extraño fluido mental que comunica y a veces armoniza también sus pensamientos, aunque en otros instantes ambos no coincidan en la visión de la realidad y surjan, por ello, discusiones y diferencias. La mujer de Andrés da finalmente su opinión sobre la emigración de su consorte. Y sus palabras se ajustan claramente a lo que él me ha contado poco antes.

—Mi marío ha sío siempre un culo de mal asiento

—dice en tono jovial—. Sobre to cuando era joven; no se podía

ver quieto en ningún lao. Después se cansó y se dio cuenta que la vida donde mejor se vive es en el pueblo. A éste no hay quien lo eche ya de aquí. Ahora le encanta vivir en Fuente la Lancha. Recuerdo mu bien que, al poco de casarnos, cuando alguien decía de ir fuera del pueblo, él era el primero que siempre se apuntaba: quería ganar perras porque estábamos casaos y necesitábamos mucho pa los hijos. Aquí en el pueblo entoces no había na. Por eso, ya digo, salía pa donde fuera. Lo que pasa es que, igual que se iba, se volvía. Mi marío empezaba a acordarse de su pueblo y enseguía volvía otra vez. Siempre lo mismo. Cuando se fue a Alemania aguantó poco; ya habían nacío por entoces mis hijos grandes, mi Andrés y mi Pili. Y cuando se marchó a Suiza, mi hijo tercero, Paco, era mu chico, y decía que se acordaba de tos ellos, que él no podía vivir sin sus chavales. Así que no pudo aguantar ni medio año. Se vino otra vez. Y no volvió a marcharse más. Se metió a pastor, y poco después nació mi Félix, que es el hijo más chico de tos los que tenemos.

***

Andrés, finalmente, se olvidó del frío pasado durante la experiencia de la emigración y se quedó a vivir en Fuente la Lancha, su tierra natal, un pueblo genuino rodeado de un hermoso paisaje de encinas centenarias, suaves colinas y románticas choperas. Más de una vez he cruzado estos parajes donde el alcaraván tiende su vuelo y las retamas, mordidas por el sol, debajo de las encinas se adormecen como princesas abandonadas y mustias esperando el amor de un joven prometido que está jugando a los naipes entre los olmos. La mirada de Andrés Aranda está en el alma de estos cerros, en estas colinas llenas de saudade. En el último cuarto de siglo, su labor, ayudado siempre por su mujer, Pilar, fue cuidar un rebaño de ovejas. Sin embargo, empezó el oficio de pastor en otro lugar, en una finca que lindaba con la carretera que va hacia Peñarroya, a unos diez kilómetros de Villanueva del Duque.

—Comencé de pastor —relata— ilusionao, después de dar tumbos y tumbos por toas partes. Me pusieron a cargo de ciento y pico ovejas y estuve al cuidao de toas ellas en el Cuartanero. El terreno, me acuerdo, era de Virutas, del padre de Quico, el fotógrafo de tu pueblo que llevaba también el negocio del butano. Me acuerdo que Quico me echó más de una foto —y mira las fotografías que hay en la mesa—. Ya ha llovío desde entoces. De eso hace mucho tiempo.

Es verdad que ha llovido mucho desde entonces; pero también hubo años de sequía, inviernos muy largos huérfanos de lluvia, días en los que se colgaba arriba el sol como un viejo limón sin jugo,

inalterable en un hondo celeste, sin rastro de una nube, como si se tratase de un ahorcado que yace en la misma postura muchos meses, calcinando la tierra, los ojos y las palabras de los pastores que al cielo claman lluvia y acaban perdiendo, no obstante, la esperanza. Andrés ha sufrido en sus carnes la sequía. Recuerda la vez que, a mitad de los 90, hubo de bregar durante varios años secos con una piara de doscientas y pico ovejas, además de un puñado de vacas, más de veinte, en el hermoso paraje del Lanchar. Yo vi, por entonces, en los ojos del pastor una desesperación conmovedora, la mirada de un niño frágil, abandonado, que acaba perdiendo la fe antes de tiempo.

Hizo tanta calor durante los meses del invierno que llegaron incluso a secarse los tomillos. En el Reino de las Retamas no había trinos. Murieron de inanición bastantes pájaros. Paseando por el crepuscular paisaje, en el corazón del Lote del Lanchar, solía hallar con frecuencia algún triguero muerto y cogujadas famélicas, ya exhaustas, que ni siquiera podían abrir las alas. Fue la época dura en que las encinas comenzaron a morirse despacio, como lentos dinosaurios doblegando sus troncos rugosos en las colinas donde habían estado arraigadas varios siglos, mostrándole al sol su firme fortaleza. Desde entonces hasta hoy cientos de encinas se han secado, habiendo adquirido el paisaje últimamente un aspecto siniestro, casi fantasmagórico.

Andrés ha llorado la muerte de estos árboles; pero lloró mucho más cuando en los días de la maldita sequía vio morir ovejas y corderos ya sacados de culero, sin que nadie ni nada pudiera remediarlo. Por fortuna, al final la sequía se alejó y las lluvias tornaron al Lote del Lanchar, devolviendo al paisaje su aspecto primigenio; y los tomillos de nuevo florecieron y las retamas se irguieron con pasión vistiendo por mayo sus galas lujuriosas. Pero para las encinas fue demasiado tarde: no lograron su ansiada recuperación y muchas de ellas siguieron claudicando, muriendo al final irremisiblemente.

Le pregunto a Andrés qué recuerda de esa época.

—Como esa sequía —confiesa muy apenado— no he visto ninguna en toa mi puta vida. Es que vinieron unos años mu jodíos, y eso es difícil que vuelva a repetirse. Suelen venir años secos, la verdad, pero así tan seguíos como esos es imposible. Antes, de toas maneras, llovía más. Cuando estuve en lo de Virutas, por ejemplo, hubo temporás en las que llovió muchísimo. Las ovejas podían jartarse toas de hierba y no había necesidad de comprar pienso, o trigo y cebá, pa que resistiesen. Yo tenía, por entoces, un centenar largo de ovejas.

Y las esquilaba solito casi siempre. Las cogía en cualquier sitio y me apañaba pa pelarlas. La hora mejor era la de la siesta; las pillaba tranquilas a la sombra de un chaparro y las esquilaba sin prisas allí mismito. Na más terminar, metía la lana dentro un saco y lo ponía en el tronco de una encina. Después de llevar esquilás un puñao de ovejas, cuando tenía ya llenos ocho o diez sacos, llegaba un remolque pa llevársela pal pueblo.

El Lote del Lanchar

Antes de ser arreglada hace unas décadas, el asfalto de la carretera comarcal que va Peñarroya estaba deplorable, roto, resquebrajado, y sobre él a diario pasaban cientos de carros hacia la sierra en una plomiza y lenta procesión de lluvia y madera ya desvanecida que mis ojos infantiles miraban con asombro. Flotaba en el aire un latido quejumbroso de animales de carga sufriendo, resoplando en las cuestas más empinadas del trayecto. A veces, de tarde en tarde —aún no abundaban— pasaba un tractor renqueando a la hora del crepúsculo, deteniéndose casi en las cuestas pronunciadas que había en las cercanías del Cuartanero. Los tractores solían pasar de vuelta a casa con el remolque cargado de costales, de estiércol, de leña, o de haces de cebada. El paraje, a un lado y a otro del asfalto, estaba inundado de gente campesina: pastores, labriegos, gañanes, piconeros... La vida era un manto de hierba y horizonte tendido en el lento bullicio de una sierra que, vista desde el camino el Lentiscar, era suave y azul como los sueños de la infancia y la techumbre armónica de un cielo que acogía a los pobres en sus manos cristalinas. Allí, en aquel decorado tan bucólico, retirado del mundanal ruido y del progreso, pasó Andrés Aranda una época clave de su vida al lado de su mujer y los tres hijos que, por aquella época, tenían. Hacía poco tiempo que había vuelto de Suiza, pero ya casi había olvidado esa experiencia, dedicándose en cuerpo y alma a su ganado.

—El ganao lo guardaba entoces, muchas veces

—comenta el pastor— al laíto de la carretera. Y no podías descuidarte ni un segundo, porque las ovejas putas se cruzaban de una parte a otra sin que tú te dieses cuenta. De toas las maneras, te hablo de hace tiempo y apenas pasaban coches por allí. Lo que sí solían pasar eran muchos carros y gente que iba en sus burros o en sus bestias de un sitio pa otro; pero coches había poquitos. En ese asunto, uno estaba más tranquilo y no había tanto temor como ahora, en estos tiempos, que si ahora no fuese, gracias a Dios, por las alambrás, onde yo estaba antes, allí en el Cuartanero, hubiera tenío más de un susto y de un percance. Hoy no ves ni una finca ya sin alambrar y eso hace que el pastor viva tranquilo. A mi modo de ver, hoy es casi imposible que un coche pille a una oveja o un borreguillo.

A un lado y a otro de la carretera de Peñarroya, en la época referida, había parcelas dedicadas intensamente al pastoreo. Hacia el ángulo sur de Villanueva del Duque

—desventrado el paisaje por la carretera antes citada—, se hallaba El Quesar, a la izquierda de la dehesa, y algo más adelante estaba El Lentiscar, por donde cruzaba el antiguo tren minero. Junto al Lentiscar, se hallaba el cortijo los Medinas, y, en el kilómetro diez, justo en la linde del camino que conducía hasta el Viñón y a la vieja estación de Peñas Blancas, se alzaba la hermosa casa del Cerero, donde, a finales ya de los sesenta, estuvieron viviendo unos pastores trashumantes (los únicos que he conocido en estos pagos) que traían el rebaño a la comarca desde Soria. Recuerdo los grandes mastines que tenían; cada vez que alguien cruzaba el caminillo que llevaba, y aún lleva, al Viñón, surgían los perros y le rodeaban ladrándole con fuerza.

Por entonces, en la década ya de los 70, aún cruzaban los carros este camino bacheado que se llenaba de charcos en el invierno. Los veías pasar despacio, como espectros, antes de llegar al Cerro del Castillo, en aquellos amaneceres de frío y bruma donde todo se hacía invisible algunas horas, hasta que el sol brotaba al mediodía despertando olivos, tomillos y cantuesos. Los carros subían por el cerro mansamente, adentrándose en los territorios de la niebla. Una vez en el olivar, los aceituneros descargaban las herramientas y utensilios para empezar la faena cotidiana. Luego alzaban hogueras para combatir el frío y para deshacer el velo fantasmal que cubría la ladera del cerro del Castillo haciendo invisible el mundo, deshaciéndolo.

Los carros desaparecían entre la bruma. Se los tragaba el monte. Así era siempre. Volvían al atardecer, cuando en los campos no quedaba ni un rastro ya de la neblina. Bajaban cargados con sacos de aceitunas y algunos sencillos aperos de labranza: los palos de varear, las esportillas, la máquina humilde con la que limpiar las hojas que caían del olivo cuando era vareado. Luego ya al día siguiente, volvían imperturbables sajando de nuevo la niebla vaporosa que se aferraba a la casa del Cerero y dejaba sobre los mastines y el rebaño un monocorde mantillo de mercurio que los borraba despacio de un paisaje donde sólo se hacían visibles los ladridos y el chapoteo nervioso de los carros hundiendo sus ruedas en los charcos del sendero. La niebla era muy frecuente por entonces, cuando los inviernos eran largos, tenebrosos, y se respiraba en el campo más pobreza que hoy se respira, aunque esté el paisaje solo. Por suerte o desgracia, Andrés sabe de este asunto.

—Una de las cosas más malas pal ganao —explica tranquilo— siempre ha sío la niebla. Las ovejas, cuando hay mucha niebla, no las ves y tienes que estar llamándolas to el día, con el miedo de que se metan en cualquier lao y puedan hacer estropicios. Había ocasiones,

cuando tardaba en irse la neblina, que tenías que salir en busca de una oveja que se había perdío y también desorientao. Si era oveja paría, cogías al borreguillo pa que la madre viniera a su reclamo; pero, si no, tenías que joderte y, a lo mejor, la dabas por perdía hasta el día siguiente que ella apareciera sola. La niebla era mala también pa las ovejas porque se mojaba la hierba y, de esa forma, el ganao empezaba a dar vueltas de un lao a otro, recorriendo la finca sin probar ningún bocao. Ten en cuenta que como la hierba tras la lluvia esté mu empapá las ovejas no la tocan. Las mu putas son listas y también mu delicás. Yo sólo te puedo decir que, muchas veces, cuando ha habío mucha niebla y la hierba se ha empapao, el ganao se ha ido a dormir casi de noche sin haberle hincao el diente a un cachillo de pimpollos. Yo pienso que esto la gente no lo sabe. Pero yo sí lo he visto y, por eso, te lo cuento. No sé qué leche tendrá la hierba húmeda pa que le guste tan poco a las ovejas.

***

El atardecer, su alma de cristal, ha caído sobre el corral y se ha hecho añicos dejando paso a las sombras vespertinas que invaden la estancia humilde donde estoy. En el comedor cuajado de penumbra apenas distingo ahora mismo a los pastores. De repente da alguien a la llave de la luz y las siluetas reviven pudorosas. Pilar, la mujer de Andrés, le dice a éste que debería contarme la experiencia que tuvieron a raíz de dejar lo de Virutas, cuando echaron un rebaño de ovejas en el Lanchar junto a una veintena de vacas que, con el tiempo, en vez de alegría les dieron muchas penas. El pastor no quiere acordarse del asunto, pero, ante la insistencia de Pilar, al final se decide y lo narra en un murmullo, como si temiera invocar con sus palabras el resplandor negativo de aquel tiempo del que sólo recuerda una luz calamitosa posándose sobre los lomos de las vacas cuando éstas comían al lado del arroyo, escondiéndose entre los zarzales y las adelfas.

—De lo de Virutas me vine pa el Lanchar —comenta en sordina Andrés, sin mucho ánimo, intentando evitar la lógica tristeza que en su alma dejó la experiencia de las vacas—. La verdad es que yo allí no lo había pasao mu mal; pero, al final, compré unas cuantas ovejas, además de unas vacas, que me salieron rana y dieron por culo to lo que pudieron. Así que acabé quitándolas aburrío

porque sólo me daban quebraeros de cabeza, y te puedo decir que me quedé descansandito. Lo que nunca vendí fueron las ovejas. Tenía ciento y pico y las barajaba bien. Las ovejas son menos ruidosas que las vacas y yo, por lo menos, a mi modo las bandeo.

Recuerdo las vacas de Andrés con nitidez: sus siluetas orondas deambulando al mediodía detrás de la casa del Lote del Lanchar, donde sus excrementos y sus orines secaron la luz de un árbol centenario, del que, veinte años después, no queda rastro, ni una mínima huella de su tronco o sus raíces. Cuando salieron las vacas de la finca, crecieron los juncos que, antes, fueron devastados, y también los espliegos, los cantuesos y los tomillos. El Reino de las Retamas, en poco tiempo, se robusteció de un modo muy visible y su aroma amarillo volvió a desparramarse, durante la primavera, entre las rocas de amoroso granito y los olmos soñolientos que escoltan la finca por su ángulo norteño.

Andrés y Pilar siguieron cuidando a sus ovejas. Por entonces ya había nacido su hijo Félix: recuerdo la cálida imagen de Pilar porteando a su hijo pequeño entre los brazos de un lado hacia otro, a lo largo de la finca, cuando ella ayudaba en el pastoreo a su marido. Después de las vacas vino una época tranquila. Andrés guarda un grato recuerdo de esos años en que las ovejas tenían alimento suficiente y, según me comenta, había muy pocas bajas. No obstante, también existían dificultades y no todo, al final, era de color de rosa, como él mismo relata, afirma y reconoce.

—En el tema de las ovejas hemos avanzao y hoy se cuidan mejor que antes —dice Andrés— porque hoy conocemos avances que no había hace mu pocos años. Antes no había más que hierba, paja y grano, pa echarles a los borreguillos y las parías. Lo curioso es que ahora hay muchos más medicamentos, pero las ovejas también se ponen malas y, aunque les pones vacunas y chuminás, cuando están derrengás, después también se mueren, incluso más que otras veces se morían. Y dime tú a mí cómo se explica eso, porque la cosa habría de ser distinta. Ahora están encimita tos los veterinarios por lo de la enfermedad de lengua azul, y, al final, hemos vacunao toas las ovejas y la cosa ha salío peor de lo esperao. Anteayer mismamente se me murió la última, y antes se me habían muerto algotras más, y to por las putas vacunas. Y es lo que hay. Hace dos o tres años las vacuné pa otro malengue y casi toas las ovejas malparieron. Las ovejas de antes vivían mucho más y estaban más sanas que hoy cuarenta veces; hoy cualquier ovejucha te vive cinco años, mientras que las de antes llegaban a más de quince. Esto de las medicinas del ganao, por una o por otra razón, no me convence.

Andrés sigue hablando y su voz, celeste y sobria, como una polilla zigzaguea en el comedor alrededor de la sosegada lámpara que parece acogernos en su resplandor violáceo; no en balde en este rincón uno se halla como si estuviera dentro de un fanal, rodeado de aromas y

murmullos campesinos que te iluminan y te hacen más pequeño. Las voces de Andrés y Pilar, tan adorables y acogedoras, me entregan protección y me salvaguardan de un presente social gélido, corrupto y cainita, deshumanizado, como afirma ella misma, la romántica pastora:

—Antes éramos mucho mejores los vecinos y nos ayudábamos tos sin interés. Hoy nadie hace na por nadie. Eso es mu triste. Antes tú le ayudabas a segar a cualquier vecino y, luego, te acompañaba a meter leña. Pero hoy tos van a lo suyo, a su interés, y hay menos confianza que había en otro tiempo entre los mismos vecinos y la familia.

Dice Andrés, en este sentido, a su manera, que hoy vivimos en un mundo injusto e insolidario, y que nadie le echa una mano a un ser cercano, y aún mucho menos a aquel que no conoce:

—Hoy te encuentran caído en un pozo y no te sacan. Te dejan allí pa que te ahogues y te pudras. Hemos perdío el respeto que había antes y la gente de hoy no tiene sentimientos. Además hay muchísimo orgullo, eso es así, y cualquier tío rebosa muchísima soberbia, aunque no tenga un duro y sólo sea un pelanas.

***

Las palabras se rompen como pompas de champú, pegajosas, sutiles, limpias, vaporosas, en el aire violeta que cruza el comedor produciendo un sonido de días clausurados. Andrés se levanta para ir a regar los pimientos de su huerto, que queda a sólo unos metros de la casa. En la ventana del patio escribe el sol, con sus dedos rosados, una despedida tímida. Pilar me enseña de nuevo fotos antiguas donde aparecen ella y su marido cuando eran muy jóvenes. Al verlos me emociono. Entre mis dedos de sombra, los retratos son pájaros grises que vuelven de la infancia y en sus frágiles alas arrastran sensaciones, sonidos y aromas de un tiempo que regresa a dejarme en el corazón su claridad de abejas labrando el panal de la inocencia. Pilar me regala un último recuerdo que sirve como colofón a su breve historia; en su voz, tan sonora, vuelan abubillas y una fina hojarasca de chopos bajo

el céfiro.

—Yo he vivío con mi marío de to un poco —reconoce ante mí, en un tono muy limpio que extrae de mi corazón sombras lejanas—. Habremos pasao muchas penas, sí es verdad, pero hemos tenío también mucha alegría. Mi recuerdo mejor de aquel tiempo es, sin dudarlo, cuando yo iba detrás del ganao con mi hijo Félix, que era mu

chiquinino por entoces. Me acuerdo que lo porteaba con un brazo, y en el otro llevaba la cesta la costura. Y como corrían las ovejas de un lao a otro, y tenía que estar mu pendiente de mi niño, por más que quería atender, no atendía na. Y un día perdí las tijeras, otro, la aguja, y la última vez perdí una radio chica. No se me olvidará, porque ese día me llevé un disgusto mu grande, la verdad. To por lo que te he dicho: mi hijo Félix era mu chiquinino por entoces y, a ca dos por tres, pedía de mamar. Así que imagínate tú, cómo andaría. Este chico mío, mi Félix, fue mu vivo, y le estuve dando la teta mucho tiempo, hasta los cuatro años o quizá más. Venía muchas veces despacio, se hacía el cojo, y apenas le daba el pecho se alegraba y se le iba enseguía toa la cojera. La verdad es que yo he sío feliz con tos mis hijos. Y aunque he pasao bastantes fatiguitas, no tengo derecho a quejarme. Siempre digo que otra gente ha pasao muchas más calamidades. El que no se consuela es porque no quiere.

El colofón de Pilar me deja atónito por su tono especial de conformidad feliz. Ella y Andrés, su marido, son personas humildes y geniales, dignas de admiración por muchos motivos, igual que otros pastores que he conocido a lo largo de mi vida. Algunos de ellos han dejado aquí constancia de cómo entendieron la vida aquellos años donde la luz fue rota por la niebla y los hombres cerriles que la propiciaron abrieron en el viento zanjas irremediables.

Hoy la claridad, no obstante, yace invicta superando decenios de olvidos e infortunios. Hace sólo un momento he podido comprobarlo a través de las voces que me han acompañado. En ellos la luz supera la penumbra y en sus corazones de oro no atardece, porque en sus almas no cabe el rencor, ni tampoco la envidia, el odio o el desprecio.

He salido sin prisa de casa de Pilar, con el pecho inflamado de olmos luminosos, y al mirar la línea gastada del poniente, donde se acaba de derrumbar el día, he visto tendida mi infancia entre los montes apenas violáceos ya de Extremadura. En un pueblo pequeño detrás de esas montañas, donde comienza el Valle de la Serena, yo viví los primeros meses de mi vida. No recuerdo de Peñalsordo, ese es el pueblo, nada más que la voz de mi padre joven aún y el aroma esponjoso de la tienda de tejidos donde se apilaban las sábanas de lienzo con las piezas de pana, gamuza o berbetón. Ahora mismo mi espíritu siente aquel espacio cuando miro la sierra de Cabeza del Buey.

Ahí, detrás de esos montes que ahora observo envuelto por una tenue desazón, también se encierran historias de pastores, vidas de extrema pobreza y sacrificio que no he podido contar ni aún

vislumbrar, por la simple razón de que las desconozco, pero sé que se hallan ahí, llenas de frío, aposentadas en los hilos de la niebla como camisas de fieltro remendadas y abandonadas dentro de un establo, entre el vaho de las bestias y la lana amontonada en el vértice ocre de la desolación. Todo está sumergido en el légamo del tiempo. Algunos espacios donde esas vidas sucedieron (casas viejas de adobe y chozos de lentisco) acabaron cubiertos por las aguas de un pantano y de su memoria no queda ni un vestigio, ni una mínima huella de su fantasmal recuerdo. Pastores antiguos, de los de garrote y honda, ahí, en la Serena, no quedará ninguno. Los de aquí, de mi tierra, se adentraron en la penumbra, en la extrema escasez, y la niebla dio cobijo a los lejanos sonidos de sus pasos desdibujados y rotos por el aire que sopló en las veredas de la dictadura. Aquellos que sobrevivieron y aún resisten la zarpa del tiempo así me lo han contado. A sus palabras sólo me remito, mientras miro los montes de la ancha Extremadura, a donde aún pertenezco de algún modo, tendidos como dinosaurios en el silencio, sobre un horizonte ligeramente malva que marca el espacio de la mansedumbre y la soledad más bella

del planeta.

La lengua del cielo lame las colinas. El grito de un alcaraván rasga los campos y abre un instante el mar de los caminos. Miro atrás y veo brillar Fuente la Lancha, los vencejos cosiendo el mapa de la brisa, las golondrinas chillando como niñas en derredor del bosque del Lanchar. En la azul lejanía el pábilo del sol aún deja un eco dorado en las retamas. No volverán los años de la niebla a sepultar la luz del corazón. El paisaje, a mi espalda, se hunde y difumina. Fuera y dentro de mí empieza a oscurecer, mientras oigo a lo lejos, detrás del horizonte, donde yace el olvido, el silbo de un pastor cubriendo los campos de serenidad, de una profunda y sutil melancolía.

Córdoba, enero 2018

Table of Contents

Table of Contents